LA REGIÓN

CALCHAQUINA

PÁGINAS DE HISTORIA

PRE Y POSTCOLOMBIANA Y DE ARQUEOLOGÍA

CALCHAQUINA

POR

J. TOSCANO, PRESBÍTERO

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE "LA VOZ DE LA IGLESIA"

449 — Rivadavia — 449

1898

LA

REGIÓN CALCHAQUINA

PÁGINAS DE HISTORIA PRE Y POSTCOLOMBIANA

Y DE ARQUEOLOGÍA CALCHAQUINA

Aprovechando momentos desocupados que alguna vez nos deja el ministerio de Párroco que ejercemos, en el centro de la región cachalquina, en el Departamento de Cafayate, hemos trabajado este pequeño escrito: « Páginas de Historia Pre y Postcolombiana y de Arqueología Calchaquina », de esta misma región, para la Sección de Ciencias Históricas del Congreso Científico Latino-Americano que ha de celebrarse en la capital de la República, bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina.

Lo que ofrecemos no son sino datos descarnados, destituídos de todo mérito literario, sin más pretensiones que conservar la memoria de los restos que aún quedan de la raza que habitó esta región, y como lo hemos significado al señor Presidente de la Sociedad Científica, manifestar la buena voluntad de responder al honor de la invitación que nos hiciera.

Quedarémos perfectamente recompensados si en las líneas trazadas, se encierra algo que se armonice con los fines del Congreso, y despierta á plumas mejor cortadas para la investigación científica de estos y otros acontecimientos que ilustren doblemente la historia de esta región, con los restos de preciosos monumentos de la primitiva raza pobladora, que aún subsisten, á pesar de la acción destructora de los tiempos.

He aquí nuestros mayores deseos.

———

ANTECEDENTES

Cafayate, Agosto 12 de 1897.

Señor don Angel Gallardo, Presidente de la Sociedad Científica Argentina.

Muy distinguido señor:

Recibí oportunamente su atenta carta de Mayo próximo pasado, invitándome á asociarme al Congreso Científico Latino-Americano que deberá celebrarse del 10 al 20 de Abril del año venidero, bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina.

La idea y la realización de este gran torneo es una prueba muy manifiesta de los grandes propósitos que absorben la atención de la Sociedad Científica Argentina, y la labor decidida que emprende para hacer palpar sus frutos en beneficio del país y de las ciencias.

No puedo menos que aplaudir fines tan levantados y asociarme á la idea iniciada, de cuyo éxito brillante no es posible dudar, y dado el vasto programa de las materias que abarca, esperar confiados sus resultados con el contingente de nuestros hombres de ciencia, de tantas asociaciones científicas que se han organizado en nuestro país, que son un orgullo y una gloria para la nación.

Residiendo de muchos años en esta region, me haré un honor de presentar un pequeño trabajo para la Sección de Ciencias Históricas pre y postcolombianas, sobre toda la región Calchaquina, su raza, orígen, religión, costumbres, civilización, artes, y su conquista militar y religiosa.

Tanto se ha hablado sobre esta región, de su parte arqueológica, y dadas las apreciaciones más ó menos ligeras, con que se han clasificado los monumentos de historia que ha dejado de su edad primitiva, me ha inducido á escribir la invitación del señor Presidente de la Sociedad Científica Argentina, y ofrecerle este pequeño contingente, que solo lleva la buena voluntad de responder al honor que se me ha dispensado, y significarle el gran interés con que miro la realización del primer Congreso Científico Latino Americano, llevado á cabo por una sociedad argentina.

Con los sentimientos de mi más profundo respeto, saludo muy atentamente al señor Presidente.

J. Toscano.

CONGRESO

CIENTÍFICO LATINO-AMERICANO

10-20 ABRIL DE 1898

Buenos Aires, Mayo de 1897.

Señor Presbítero Julián Toscano.

Cábeme el honor de dirigirme á Vd. invitándole á asociarse al Congreso Científico Latino-Americano que se verificará en Buenos Aires, del 10 al 20 de Abril del año venidero de 1898.

La reunión de este Congreso, iniciada por la Sociedad Científica Argentina, con motivo del vigésimo-quinto aniversario de su fundación, propiciada la idea por los poderes públicos nacionales que le prestan su ayuda moral y material y acogido el proyecto con entusiasmo por numerosos cuerpos científicos y hombres de estudio del país y del exterior, no es posible dudar del éxito brillante que espera á éste primer gran torneo, en que van á exhibir su labor intelectual las repúblicas hermanas de la América Latina, así como tampoco es dable desconocer los grandes beneficios que la realización del pensamiento está llamada á producir.

La vecindad geográfica, el parentesco de sangre, la identidad de idioma, la similitud de organización política, la analogía de composición en la estructura del cuerpo social, la unidad de cultura, la comunidad de intereses, de aspiraciones y de ideales hacen de las Repúblicas Latinas de América un mundo aparte, una familia distinta en la comunidad internacional; familia cuyos miembros, por motivos fáciles de explicar como dignos de ser lamentados, han permanecido hasta el presente en un estado de aislamiento intelectual casi absoluto.

Romper ese aislamiento, aproximar á los estudiosos, estableciendo entre ellos relaciones científicas cordiales y permanentes, confrontar trabajos y estudios hechos en países distintos sobre idénticas cuestiones; discutir soluciones dadas en naciones diversas á un mismo problema industrial, mecánico, médico ó sociológico; iniciar el útil y fecundo intercambio de verdades conquistadas ó de observaciones recogidas acerca del cielo, la geografía, la topografía, la hidrografía, el clima, los meteoros, la fauna, la flora, la gea, las razas, los idiomas, las religiones, las costumbres, etc., etc., de un continente en gran parte inexplorado é ignoto todavía bajo todos estos aspectos; plantear las proposiciones que han de ser objeto del estudio y la deliberación de los congresos científicos subsiguientes; emitir los primeros votos sobre reformas á realizarse ó iniciativas á promoverse en lo futuro: tales son, á grandes rasgos, el programa de los trabajos y los fines de este Congreso, cuyos resultados no podrán menos de traducirse en ventajas positivas para el progreso de la ciencia, en todas sus ramas.

Estas consideraciones me mueven á pedir á Vd. su más decidido concurso y apoyo y esperar que se dignará concurrir al Congreso ó adherirse

simplemente, para recibir en oportunidad la publicación de los trabajos.

Saluda á Vd. muy atentamente.—Angel Gallardo, presidente.—*Antonio Dellepiane*, *Tiburcio Padilla (hijo)*, *M. R. Candiotti*, *Antonio Orfila*, secretarios.

CONGRESO
CIENTÍFICO LATINO-AMERICANO

BASES Y PROGRAMA

10-20 Abril de 1898.

1º La Sociedad Científica Argentina, á objeto de conmemorar el 25º aniversario de su fundación, se hace iniciadora de un Congreso Científico Latino-Americano, que deberá reunirse en la ciudad de Buenos Aires, el 10 de Abril de 1898 y sesionará hasta el 20 del mismo mes, fecha de su solemne clausura.

2º La Sociedad Científica pone este Congreso bajo el alto patronato del Excelentísimo señor Presidente de la República y de los señores Ministros de Relaciones Exteriores, y Justicia, Culto é Instrucción Pública.

3º El señor Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública, será el presidente honorario del Congreso.

4º El Comité de organización solicitará del señor Ministro de Relaciones Exteriores, quiera tomar á su cargo la invitación de los gobiernos de las Repúblicas de la América Latina, para que envíen representantes á esta solemnidad científica.

5º Serán miembros del Congreso:

a) Los delegados oficiales de las Repúblicas adherentes;
b) Los delegados de las sociedades y centros científicos, tanto nacionales, como del resto de la América Latina;
c) Los señores adherentes al Congreso, cualquiera que sea el país en que residan.

Todos los miembros del Congreso tendrán derecho de asistir á él, tomar parte en las discusiones y recibir las publicaciones del mismo, mediante una cuota de cinco pesos m/n oro.

6º Las adhesiones y trabajos, se recibirán hasta el 1º de Febrero de 1898.

7º El comité comunicará á los miembros del Congreso los temas de los trabajos, á medida que se reciban.

8º El Congreso se dividirá en siete grupos.

I. CIENCIAS EXACTAS

a) Matemáticas puras y aplicadas.
b) Astronomía, Geodesía y Topografía.

II. INGENIERÍA

a) Ingeniería civil.
b) Ingeniería militar.
c) Ingeniería naval.
d) Arquitectura.

III. CIENCIAS FÍSICO-QUÍMICAS

a) Física general y aplicada.
b) Química general y aplicada.

IV. CIENCIAS NATURALES

a) Biología.
b) Fauna y Flora americana.
c) Agronomía y Zootécnica.
d) Mineralogía, Geología y Paleontología.

V. CIENCIAS MÉDICAS

a) Medicina y Cirujía.
b) Higiene internacional, pública y privada, Climatología, Aguas medicinales, Geografía médica.

VI. CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

a) Antropología y Arqueología precolombiana.
b) Antropología, Arqueología y Etnografía de la época colombiana.
c) Etnografía y Antropología actual.
d) Lingüística.
e) Historia colombiana y post-colombiana (colonial).

VII. SOCIOLOGÍA

a) Sociología general.
b) Estadística y Demografía.
c) Antropología y Sociología criminal.
d) Economía política.
e) Geografía americana.
f) Historia y Filosofía del derecho.

9º Cada uno de los siete grupos constituye una sección y puede subdividirse en varios, en caso

que así fuese necesario, ó refundirse dos ó más en uno solo.

10º El 10 de Abril tendrá lugar la sesión plena preparatoria, á fin de organizar los trabajos y elegir las autoridades del Congreso.

11º Se designará en dicha sesión un presidente, un vice-presidente y dos secretarios generales para el Congreso. Además cada sección nombrará las autoridades que crea necesarias.

El 10 de Abril se celebrará la sesión solemne de apertura, clausurándose los trabajos con la sesión plena del 20.

12º Además de estas dos reuniones generales y de la sesión preparatoria, las secciones celebrarán separadamente cuantas reuniones se requieran para llenar su cometido.

13º El Comité de organización hará entrega al definitivo de los trabajos, antecedentes, etc., en seguida de constituído este último.

14º Cada comité seccional marcará oportunamente los puntos, sitios ó establecimientos especiales para excursiones, si se creyese conveniente, para realizar las cuales el Congreso gestionará las mejores ventajas.

CAPÍTULO I

LA REGIÓN CALCHAQUINA

SUMARIO: — Territorio del Tucumán. — Tribus que lo componían. — Otras parcialidades. — Objeto de este escrito. — La región Calchaquina y su extensión. — El Paso de las Flechas. — Origen de este nombre. — Límites. — Sierras. — Geología del terreno y de sus montañas. — Volcanes. — Altura. — Minas. — Yacimientos de sustancias salinas y calizas. — Cristalizaciones. — Flora. — Tormentas de viento. — Calor. — Lluvias. — Fenómenos. — Vegetación. — Vertientes de agua. — Curso de los ríos Calchaquí y Santa María. — Residencia de las tribus indígenas. — El nombre Calchaquí. — Etimologia. — Interpretaciones varias. — Feracidad del terreno. — Climatología. — Puna. — Fisonomia primitiva. — Aspecto general. — Industria vitivinicola.

La antigua provincia del Tucumán, antes de la conquista española, estaba formada de los dilatados territorios habitados por las tribus indígenas de los Juries, Comechingones y Diaguitas, y por las tribus del Chaco y Calchaquíes, que confinaban entre sí.

Las dos primeras ocupaban, respectivamente, los territorios de las provincias actuales de Santiago y Córdoba; la de Diaguitas, parte de los límites jurisdiccionales de San Miguel de Tucumán y las provincias de Catamarca y La Rioja, hasta confinar con Chile; las provincias de Salta y Jujuy, las del Chaco y Humahuacas, y la Calchaquí, del valle del mismo nombre, situado al

occidente de Salta, y perteneciente á esta misma provincia casi en su totalidad.

Cada una de estas grandes secciones componíase de innumerables parcialidades indígenas que sería infinito enumerar, sujetas cada cual á un jefe titulado cacique, que asumía la representación de la tribu.

Nuestro intento sólo se reduce, por ahora, á tratar de la región calchaquina y de su población pre y post-colombiana, que fué la más famosa entre las demás, y legó á la historia un nombre que ella misma lo conserva con admiración por los caracteres marcados que la distinguieron de raza altiva é independiente, cuyo temple guerrero y decidido revestía un valor bien probado, lleno de estrategia.

Esta región, tan memorable en los fastos de la conquista, se extiende en un trayecto de 400 kilómetros, de Norte á Sud, formando una faja de tierra, cuya mayor anchura no excede de 20 kilómetros, y se enangosta en estrechas gargantas de pocos metros, como en el Paso de las Flechas, para dilatarse luego en dimensiones diversas, hasta tocar sus confines por uno y otro extremo.

El Paso de las Flechas, cerrado en algún tiempo y abierto después por las corrientes de las aguas del Río Calchaquí, debe su nombre á la configuración y estructura de las montañas de uno y otro lado, en aquel punto, cuyas capas de formación geológica al aplanarse y aproximarse para formar la unión primitiva, hacen un descenso rápido que semejan flechas arrojadas que convergen á un solo punto.

La región calchaquina, propiamente dicha, toca por el Norte el Departamento de la Poma de la provincia de Salta, y por el Sud el de Santa María, de Catamarca, aunque en los primeros tiempos de la conquista se dilataban más allá sus confi-

nes, á mérito de la relación de unidad de miras que ligaban á las diversas tribus ó parcialidades de indios naturales que habitaban estas regiones, para defenderse del poder de la conquista española.

Formada por dos cordones de sierra que corren paralelos, ha permanecido silenciosa al través de largos siglos, envuelta en sus fantásticas soledades, en la aridéz de su suelo de movediza arena, viendo como testigo mudo las generaciones que se sucedían á la sombra de una paz cimentada por las energías del temple indomable de sus hijos que se habían impuesto con orgullo de su raza ante las demás.

Las montañas del occidente, ramificaciones ó desprendimientos de los Andes argentinos, que llamarémos sus últimos contrafuertes por este lado, están formadas de rocas ígneas ó plutónicas, dominando el granito (1), y hacia sus extremos, por el Norte, hállanse también rocas de formación volcánica, muy cerca de la Poma, cuyo nombre le viene del extenso campo que se atraviesa cubierto de piedra pómez, de las erupciones antiguas de volcanes apagados que se distinguen á corta distancia.

Los picos más altos de este cordón de montañas llegan á 4000 metros sobre el nivel del mar. Ricos veneros de minas de plata y cobre se encuentran casi en toda su longitud, inexplotados hasta este momento.

En la montaña paralela, situada al oriente, domina la formación sedimentaria ó rocas estratificadas, cuyos senos abundan en calizas, areniscas en capas superpuestas todavía en estado de formación, y arcillas que la revolución geológica ha amontonado en sus períodos de formación.

---

(1) Poseemos fragmentos de lapislazuli recojidos en la misma.

Encuéntranse también en algunos puntos de esta misma montaña, sustancias salinas en estado de cristalización, en abundancia, de las que no se saca utilidad alguna como industria, ni para la economía doméstica, ni para la medicina. De otros puntos se han extraído pequeñas piedras del grandor de una naranja, más ó menos, huecas por el interior y en estado de cristalización perfecta en forma de conos (1). Se hallan cubiertas por capas de arcilla en pequeñas lomadas de esta misma materia.

El suelo es arenisco en lo general y pobre en vegetación. Las montañas y la mayor parte de sus faldas y declives, están cubiertas de cactus; en las quebradas y en lo llano crecen el algarrobo con particularidad, el churqui, el molle, la tala y el chañar; las partes bajas que se distinguen por alguna ciénega, están bordados sus contornos de arbustos de jume originario de dos especies, y por una gramínea áspera, cuyo verdor contrasta con la árida desnudez de las faldas cubiertas de breales raquíticos y grandes rodados de piedra de las cercanas montañas.

Los fuertes vientos periódicos que corren en invierno, removiendo la arena del suelo, forman médanos y lomadas que apenan el ánimo y hacen pesado y dificultoso el camino. Como en las tormentas de los desiertos de Arabia y Africa, el huracan se desencadena con ímpetu terrible, levantando torbellinos de polvo que oscurecen por completo el horizonte, y derribando cuanto encuentra á su paso; la atmósfera parece arrojar llamas, á semejanza de las emanaciones de un horno, y el calor se refleja con más intensidad en la región del aire por el reberbero producido por la arena con el contacto de los rayos solares.

---

(1) Poseemos también una colección de estas piedras.

Es un calor que abrasa mientras el huracan ruge con terrible estrépito y furia.

Las lluvias son escasas. Los cordones de montañas del oriente y del occidente son generalmente obstáculos infranqueables por su elevación para los vientos alicios del océano que los producen.

Es digno de contemplar, en el verano, el fenómeno que producen estos vientos cuando vienen del Atlántico. Mientras en la región calchaquina se goza de una tarde tranquila y de una noche plácida, se oye al otro lado de la montaña oriental, en las hondas quebradas que llevan torrentes de agua, producidos por la tempestad, el fragor del trueno que, como un vivo cañoneo, se prolonga durante largas horas; la vista se entretiene con las líneas espirales de luz de las corrientes eléctricas que bordan el espació, como las ramificaciones de luz, en los fuegos inventados por la pirotecnia.

Sin embargo de la sequedad del suelo, donde cae una gota de agua la vegetación aparece rápidamente, por el humus que encerrado en las grietas y aberturas de las rocas y arrastrado por las corrientes de las aguas, se deposita sobre las sábanas de arena que lo cubren.

Las lluvias, cuando son tempranas, se producen por el mes de Noviembre, y cuando no, de Diciembre adelante, hasta los comienzos de Marzo.

Pero esta carencia de lluvias está compensada en parte por los muchos filones de agua, más ó menos abundantes, que descienden de la montaña occidental, á consecuencia de los deshielos de las nieves perpétuas que cubren su cima.

El río Calchaquí baña de Norte á Sud, y el Santa María, de Sud á Norte, uniéndose ambos frente á Cafayate, para formar la quebrada de las Conchas y seguir en un solo curso hácia el N. E. hasta desembocar en el río Juramento.

Merced á esos filones de agua, las tribus indígenas calchaquinas se habían posesionado á lo largo de la extensa falda de la Sierra de los Quilmes, desde Santa María, hasta la Poma.

El nombre de *Calchaquí* le viene, según el erudito P. Lozano, de que con motivo de las rebeliones y alzamientos de los indígenas contra la conquista, los capitanes encargados de someterlos recibieron «orden apretada que destruyesen » á todos sus moradores; y que de ahí le vino al » Valle, en el idioma peruano, el nombre de cal» chacuí, que quiere decir, asolado, usando la me» táfora del verbo calchaní que usa el indio » cuando acaba de cosechar maíz, abate al suelo » la caña y alterando poco el vocablo se llamó » desde entonces Valle Calchaquí».

Algunos han interpretado, como Lafone, que la palabra calchaquí significa «indios fieros, alzados, indómitos, ó *Kallchaky* el furioso». Otros, con menos autoridad, interpretan por *pie desnudo* el mismo vocablo, escrito así: *Ckala-Chacki;* pero más nos inclinamos á la interpretación que da Mellado, en su «Enciclopedia Moderna».

Dice así:

«El valle se abre entre cerros muy elevados y fragosos al Oeste de la ciudad de Salta, y fué en otros tiempos sumamente fértil y poblado. Tal vez aluda á la fecundidad de su territorio el nombre que le dieron sus antiguos moradores. *Callcha*, en la lengua *quechua*, quiere decir amontona; *callcchani*, cosecha, y *hucqui* es rincón; así, pues, *callcchani* ó callcha-hucqui, y por síncope *calchaqui*, es un rincón donde se cosecha y amontona».

No obstante la aridéz de su suelo, como decíamos anteriormente, basta una lluvia para que se cubra de exuberante vegetación, y cualquier sembradío se haga notar por una abundante cosecha.

La fertilidad va hasta lo increible: además de la abundancia fabulosa en la cosecha de cereales, hemos visto plantas de vid de más de cien años, con sus nudosos troncos de sesenta y seis centímetros de diámetro, y recoger de una sola planta tres hectólitros de vino; ya se ve que el ramaje abarcaba un espacio de 30 metros y los racimos semejarse á los de la tierra de promisión, del antiguo pueblo israelita. Aun hoy se ven racimos de peso de dos kilos y medio.

La elevación mínima sobre el nivel del mar es de 1600 metros, en lo plano; de aquí que la rarefacción del aire produce el fenómeno de la *puna*, en las personas débiles, extrañas al clima, cuando se ha hecho un ejercicio violento á pie.

La región calchaquina, vista desde las alturas de las montañas del Oriente; ahí está con sus inmensas sábanas de arena, con su aridéz que apena, y con la fragosidad imponente de sus sierras, donde solo anidan las serpientes, y en las partes altas y frías, la llama y el guanaco montaraces.

La vegetación que se distingue en alguna de sus faldas es artificial, lo mismo que sus bosques de álamos y sauces, que forman como puntos negros en el espacio, propagados con mucha abundancia.

Los bosques de algarrobos casi están agotados. En el verano, las sierras toman un tinte verdoso, apenas perceptible, por la escasa vegetación que las lluvias hacen brotar, y en lo llano, las sábanas se cubren de pequeñas y variadas flores, cuyo aroma satura el ambiente que lo hace muy agradable.

He aquí la fisonomía general de la región calchaquina, conservándose sin transformaciones notables que alteren su aspecto, tal como era siglos antes del descubrimiento de América.

Eso sí, que en algunas de sus áridas faldas en

donde se han levantado las poblaciones de Colalao, Tolombon, Cafayate, Animaná, San Carlos, Angastaco y otras, hoy se ven cubiertas de extensos viñedos, cuyo producto forma el comercio y la industria principal de esta región, en una escala bastante considerable.

Solo Cafayate tiene viñedos para producir más de veinticinco mil hectólitros de vino, y su viticultura se desarrolla cada año en proporciones gigantescas.

Es el gran porvenir de esta región.

CAPÍTULO II

POBLACIÓN

SUMARIO: — Teoría del origen americano.—La Antropologia.—Error en la clasificación de las razas en especies.—Juicio del P. Caussette y de Humbolt.—Emigraciones por el Estrecho de Behering.—Otras hipótesis.-Origen de la raza calchaquina.—Razas Peruanas.—La raza calchaquina antes del imperio de los Incas.—Organización de este.—Conquista por Huiracocha.—Resistencia de los calchaquies.—Sometimiento.— Conquistas de Jupanqui.—Primer camino por la Cordillera.—Mensaje al Inca Huiracocha.—Antigüedad de la raza calchaquina.—Población en la época de la conquista.—Decadencia.—Población actual.

Es por demás conocida la teoría del origen de los americanos, elevada á una verdad inconcusa por la ciencia antropológica, que ha venido á derramar torrentes de luz y á prestarle su sanción científica, á despecho de los delirios de la moderna filosofía de nuestro siglo.

Convertir en especies humanas cuantas razas habitan la redondéz del globo terráqueo, son las fantasías de los enemigos de la unidad de la especie humana, tal vez por contrariar la narración del texto bíblico que da un solo tronco, que comienza en Adán y Eva.

«Si las razas constituyen troncos auctóctonos, dice el erudito P. Caussette, ¿por qué ha terminado su multiplicación? ¿Por qué ha concluído la

semilla que debía producir nuevos seres? ¿En qué consiste que se haya agotado el seno maternal? Ponednos, pues, de manifiesto una nueva especie, y dejarémos de creer en la unidad de las antiguas.

La parte adversa hostiga también á los que sostienen la monogenia, preguntándoles de qué modo explican científicamente que pueda atribuirse á una sola pareja primitiva, procreada en el Asía, la población del Nuevo Mundo, descubierto casi sesenta siglos después.

Hagamos notar desde luego, que si los pueblos de América tienen, entre sí, no pocas semejanzas, bajo el punto de vista de la extructura craneana ofrecen diferencias que así les asemejan á la raza mongólica como á la malaya. La semejanza entre la raza americana y la mongólica, dice Humbolt, se observa principalmente en el color de la piel y el pelo, en la barba, que es escasa, en los pómulos, que son prominentes, y en la dirección de los ojos. La especie humana no encierra razas que guarden entre sí más analogía que la americana y la mongola, así como las de los Mandchoux y los Malayos (1).

Admitidos estos hechos, la emigración del Antiguo Mundo al Nuevo ha podido realizarse por el estrecho de Behering, que, en el punto más reducido, mide únicamente diez millas de anchura. Los Esquismales que habitan en las regiones hiperbóreas, pertenecen al tipo mongol, que se halla extendido sobre todas las comarcas vecinas al polo norte.

Posible es que otros pueblos mongoles hayan pasado del Asia á la América por la cadena de las islas Aleutianes: al sud del Asia, en la dirección de la América meridional, existe igualmen-

---

(1) Citado por Pritchard, p. 363.

te una extensa série de islas agrupadas en una extensión de cien grados, con la circunstancia de que los otros cincuenta grados ofrecen una laguna completa; lo que prueba que dicho archipiélago, hasta las islas Sandwich, ha sido poblado primitivamente por los Asiáticos, es la conformidad de sus habitantes, bajo el punto de vista de la constitución física, de los idiomas y de las costumbres, semejantes en un todo á las asiáticas (1)».

Con esto queda suficiente y científicamente demostrado el origen de la raza americana, y por ende, de los primitivos pobladores de la región calchaquina, no obstante que nuevas hipótesis, más ó menos fundadas, presentan otras teorías sobre lo mismo, trayendo colonias del oeste de Europa á las costas orientales de América, por Islanda y la Groenlandia, pero que en uno y otro caso, la raza americana obedece al principio monogenista, llegándose hasta afirmar, para patentizar más la posibilidad, que de Groenlandia hay menos distancia á las costas del Canadá, que de Groenlandia á Islanda, y de aquí á Noruega.

Es fuera de duda, repetimos, que si la raza americana trae su origen de alguno de los puntos cuya exposición acabamos de hacer, la raza pobladora primitiva del territorio del Tucumán, y la calchaquina, que es parte integrante de este, deben su origen á ramificaciones de las tribus peruanas, que en una época remota debieron emigrar, es decir, que se desmembraron de las tribus cuzqueñas, quechuas, cuyo idioma trajo la raza calchaquina, así como sus creencias y costumbres, y muchos otros caracteres que la identifican con aquellas.

---

(1) *El Buen Sentido de la Fé*, tom. II, p. 409.

«Una vez admitida la pluralidad de razas peruanas, dice Lorente, en su Historia de la Civilización del Perú, se ha pretendido reducir á un cierto número las de los indios civilizados, únicos que se prestaban á observaciones generales. D'Orbigni ha admitido las razas quechuas, aimarás, atacamas y changos, fijándose, no tanto en los rasgos físicos, cuanto en los usos é idiomas.»

Encontradas estas huellas bien marcadas, que nos sirven de derrotero, nos hacen remontar hasta su fuente, con toda certeza, para entrar luego en el terreno de una deducción lógica, no menos importante.

Penetramos.

¿La raza calchaquina y la pobladora del territorio del Tucumán, sentado el antecedente que dejamos consignado, puede considerarse de un origen preincásico?

La solución para nosotros no admite dudas, y decimos que sí.

La organización del imperio de los incas, comenzando por Manco-Capac, se efectuó por el siglo XI, y la conquista del Tucumán se verificaba á principios del siglo XIV, por la dinastía incásica, dos siglos después, con poca diferencia, tiempo estrecho para que todo un territorio tan dilatado como el de *Tucma* haya podido ser poblado por los centenares de miles de tribus indígenas, y formarse dialectos tan diferentes unos de otros, aunque esto podría probar también emigraciones sucesivas, independientes, que se verificaron en diversas épocas.

Por otra parte, ese lapso de tiempo de dos siglos ó un poco más, es demasiado corto, para que los calchaquíes pierdan los recuerdos y memoria de sus antepasados, al grado de ignorar, como dice Lozano, la existencia del imperio de los incas, tanto más que la longevidad en aquellas épocas era siempre secular.

La conquista del Tucumán es atribuída al inca Huiracocha, quien parece hizo la primera tentativa en este orden, y no pudiendo sojuzgar estos territorios por medio de las armas, para ensanchar sus dominios, echó mano de medios pacíficos y diplomáticos, y coronó entonces sus aspiraciones y propósitos absolutistas.

La resistencia debió ser más vigorosa entre los calchachíes, acostumbrados á no tener amos extranjeros y á gobernarse por sí mismos, con independencia absoluta; las armas conquistadoras fueron impotentes para dominar el ardor bélico de esta raza, que por diversas ocasiones debió rechazar con energía el yugo que se pretendía imponerle.

Es verdad que más tarde entró bajo el dominio de los incas, pero voluntaria y libremente, como quien hace alarde de que sabía rechazar la fuerza con la fuerza.

Molina, en su historia de Chile, dice: «Después de la conquista pacífica del país de Tucma y sumisión voluntaria de las tribus calchaquíes al cetro de los incas, los monarcas del Cuzco, informados por los indios de los Andes de la existencia de poblaciones numerosas sobre la vertiente occidental de la gran cordillera, resolvieron anexarlas al imperio. Fué Yupanqui, décimo inca, el más pequeño de los hijos de Huiracocha, el colonizador de Tucumán, que tentó esta conquista (1).»

Las conquistas proyectadas por la dinastía y llevadas á cabo por las tropas de Yupanqui, no consiguiendo durante dos años consecutivos con toda la habilidad de su genio emprendedor, dominar las tribus chiriguanas, según Garcilaso, llevó sus armas al territorio de Chile probable-

(1) Citado por M. de Moussy, tom. III, p. 433.

mente por el Valle Calchaquí, por los abundantes recursos que aquí podía encontrar, auxiliado por estas tribus amigas, y lo sujetó á su imperio.

Fué el primer camino que se abrió por el Paso de San Francisco para Chile, y aprovechado un siglo después por Almagro, para arribar á este mismo país, en prosecución de su conquista (1).

Lozano, agrega: «Que nunca fueron señores los incas de esta provincia (la calchaquí), sino de sus extremos que miran al Perú, ni la mayor parte de ella tenía noticias del imperio peruano, como gente bárbara y de poco ó ningún comercio con los vecinos (2).»

Sin embargo, después del sometimiento voluntario de los calchaquíes, las tribus todas del territorio del Tucumán, reunidas en convención, dirigieron el siguiente mensaje, que la historia ha conservado hasta nosotros.

Es el fruto que Huiracocha recogía, como consecuencia de su habilidad diplomática, para atraerse las voluntades amigablemente, ya que no pudo por medio de la fuerza y de las armas.

Dice así:

«Capac Inca Huiracocha! La fama de las hazañas de los incas, tus progenitores, la rectitud é igualdad de tu justicia, la bondad de tus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de tus súbditos, la excelencia de tu religión y las grandes maravillas que tu padre el Sol nuevamente ha hecho por tí, han penetrado hasta los últimos confines de esta tierra y aun pasado adelante; de cuyas grandezas admirados los curacas de todo el reino de Tucma, envían á suplicarte tengas á

---

(1) Obra citada.
(2) *Historia de la Conquista del Paraguay*, etc., tom. I, p. 173.

bien recibirlos debajo de tu imperio, y permitas que se llamen tus vasallos, para que gocen de tus beneficios, y te dignes darnos incas de tu sangre real; para lo cual, en nombre de todo nuestro reino Tucma, te adoramos por hijo del Sol y te recibimos por rey y señor nuestro; en testimonio de todo lo que te ofrecemos nuestras personas y los frutos de nuestra tierra».

Bien satisfecha debió quedar la vanidad del inca con palabras tan lisonjeras como las del mensaje, formuladas por un reino, objeto de su codicia, tan dilatado como importante por sus veneros de riquezas.

Por las razones que insinuamos más arriba, y la lógica misma de los hechos, de que no habrían podido adueñarse de estos territorios sus tribus pobladoras, sin la venia de los monarcas incas y crecer al extremo de formarse potencias formidables, independientes, á vista y paciencia de los mismos, en caso de verificar su traslación durante el imperio incásico, se verá como sube á épocas muy remotas el origen de la raza calchaquina, y tanto más remotas, cuando llegaron á perder el conocimiento del origen de su procedencia, y el grado de civilización que pudieron traer de la tribu madre como una de las razas mas civilizadas, por una degeneración paulatina, según los vestigios que se reconocen llegados hasta nosotros.

La parte que puede adjudicarse á su edad, para nosotros no es menos de dos mil años en el territorio calchaquino.

Además, dado el origen de las montañas que circundan esta región, pertenecientes al periodo arqueano unas, y las otras, aunque de formación posterior, sedimentaria, ya pudo contar con la tierra que la albergó dos ó tres mil años antes de la era cristiana.

Trasplantada á esta región, la hizo suya, vivien-

do entre sus fragosidades y asperezas tan propias para su sinstintos montaraces y criadero de salvajes.

La población que se encontró en la época de la conquista fué muy numerosa. Puede calcularse por los vestigios que hoy todavía aparecen de sus viviendas y los lugares escojidos para asiento de cada tribu, parcialidad ó familia de esta raza, la existencia de más de cincuenta pueblos, con un número de habitantes no menor de doscientas mil almas.

Puede juzgarse de la exactitud de lo afirmado por el crecido número de indios que se adjudicó á cada una de las ciudades fundadas por Zurita, de solo las tribus diaguitas, al decir de Lozano que: en la ciudad de Londres repartió doce mil indios en encomienda, y con poca diferencia lo mismo en las otras dos ciudades.

Esos indios se enumeraron en un trayecto de distancia menos que la mitad del Valle Calchaquí y solo de personas aptas para el trabajo, por lo que se vé cuan poblados estaban aquellos territorios, igualmente que la región calchaquina, que conservaba una población compacta, casi sin interrupción, en toda la extensión de su zona.

Extinguida la raza, su decadencia se manifestó desde los primeros tiempos de haberse inaugurado la conquista.

Hoy escasamente cuenta con una población total, incluyendo la parte sud, perteneciente á la Provincia de Tucumán, de veinticinco mil habitantes, según los datos del censo levantado en 1895.

La conquista, sin duda alguna, ha traído inmensos beneficios, no lo negamos; pero la despoblación á que dió origen es uno de los males que también justamente se le imputa y deplora, como consecuencia del pésimo sistema de colonización que implantó desde el primer día que enarboló su pabellón.

La historia ha consignado este cargo, que no ha sido levantado por los que pretenden impugnarlo, para aminorar uno de los efectos más odiosos de la conquista; pero este mal nada tiene de extraordinario, si se piensa en los resultados de todas las conquistas que se han llevado á cabo, así antiguas como modernas, por la fuerza de las armas.

CAPÍTULO III

IDIOMA

SUMARIO: —Modificación en el idioma.—Puede cambiarse y ser hablado por muchas razas á la vez.—Idiomas principales del Perú.—El Kaká, dialecto del quechua.—Dificultad para aprenderlo.—Terminaciones en *ahaho*.—Afinidades y derivaciones con el hebreo y sanscrito de la quechua.—Ley gramatieal en el hebreo y quechua.—Extructura.—Importancia de la filología para la ciencia antropológica.—Descuido sensible.—El kakano en los diaguitas.

La raza calchaquina, creando nuevas costumbres con la influencia de su suelo, de su incomunicación y de sus diversos cultos idolátricos, ejercitó cambios radicales en su constitución, y con ellos, si no llegó á dejar por completo el idioma quechua genuino, primitivo de sus progenitores, hizo una modificación que la adoptó como propia.

«Un mismo pueblo puede cambiar de idioma con el transcurso de los siglos, y un mismo idioma ser hablado por diferentes razas», ha dicho Lorente.

«En el antiguo Perú, la coexistencia de muchas lenguas indicaba claramente la pluralidad de razas; fuera de las muchas que las conquistas hicieron desaparecer, hallamos todavía entre los indios civilizados, la quechua, que, no sin razón, ha sido llamada lengua general; la aimará, bastante ex-

tendida en el Collao y serranías inmediatas; la puquina, menos empleada en la misma región; la cauqui, relegada en Yauyos, al pueblo de Tupí, y la mochica, que sólo se habla en el de Eten. Entre los salvajes han contado unos ciento cincuenta dialectos y más de cuarenta idiomas diversos los jesuitas Velasco, en su *Historia de Quito*, y Hervás, en su *Catálogo de las lenguas conocidas*, refiriéndose sólo á los hablados en las misiones del Marañón y sus dependencias.»

Hablaba, pues, la raza calchaquina un dialecto derivado del quechua, llamado kakano, «extrañamente difícil, dice Lozano, por ser muy gutural, que apenas le percibe quien no le mamó con la leche, aunque los diaguitas y yacampis le usaban más corrupto, pero igualmente imperceptible.»

En este dialecto, las palabras terminadas en *ahaho,* significan pueblo, de las que se encuentran muchísimas que hacen referencia al lugar ó residencia del jefe principal de una tríbu, como Pallinao, Jasimanao, Colalao, Pichao y otros, que se conservan con el mismo nombre primitivo.

El idioma quechua, más rico en voces que muchos europeos, es cosa averiguada que tiene sus derivaciones del hebreo, según las últimas conclusiones de los filólogos modernos, y todavía más, según lo han observado otros filólogos con el Sr. Fidel López, los idiomas principales del Perú guardan afinidades muy significativas con el sanscrito.

«La observancia de una misma ley gramatical revela, dice Lorente, cierta comunidad de idiomas: por ejemplo, la posesión de la primera persona se expresa en hebreo y en quechua añadiendo una *y* al nombre de la cosa poseída: el judío dice Adonay (mi señor), y el peruano Jaytay (mi padre), identidad que sería inexplicable si no recordásemos que antes de la confusión de Babel, el género humano hablaba un solo idioma,

del que deben haber quedado restos en los idiomas más heterogéneos.»

Las afinidades de la lengua quechua con el hebreo, y aun dirémos del lenguaje americano, sean cuales fueren los innumerables dialectos que se hablaban en la época precolombiana, todos están entrelazados y presentan una misma fisonomía en la extructura gramatical, como la colocación del verbo antes del pronombre personal y del régimen antes del verbo.

La filología, apoyada en nuevas observaciones é investigaciones de escritores, tanto americanos como europeos, está llamada á abrir nuevos caminos á la antropología, para patentizar más los innumerables puntos de contacto que ligan á las razas americanas con las semíticas.

Es por demás deplorable que no se haya cultivado un idioma como el quechua, que no cede ni en dulzura ni en riqueza de voces, ni en vocablos gráficos que expresan con tanta propiedad la cosa ú objeto que se quiere designar, á cualquiera otro de los más conocidos entre nosotros, y de cuyos modismos han debido participar todos sus dialectos, entre ellos el kakano.

El dialecto kakano traspasó los límites de la región calchaquina, y se lo hablaba por las tríbus diaguitas casi en toda su extensión, con especialidad en la parte que confina con aquélla, aunque un tanto corrupto, como dice Lozano.

Es el idioma de las montañas, como si la etimología de su nombre trajera de ellos su origen ó significado y revelára al propio tiempo el origen común de las tríbus que habitaron la región diaguita y calchaquina, derivadas de una misma fuente.

CAPÍTULO IV

ARTES Y CIVILIZACIÓN

SUMARIO: — Descuido en las artes. — La arquitectura. – *Pircas*. — La Cerámica.—El Vilqui—Puruña.—Pucu.—Urnas funerarias.—Sus pinturas. — Arqueologia calchaquina. — Antigüedad de los objetos de alfarería. —Metalurgia.—Rodelas de cobre.—Campanas.—Pedazos de otros objetos.—El P. Techo.—Brazal.—Escultura.—Fetiche.—Agricultura.—Acequias —Tejidos.—Decadencia.—Objetos de piedra—Platos, morteros y Pskanas.—Hachas y sierras.

Emanando la raza calchaquina de la quechua, como lo acabamos de decir, una de las tríbus peruanas civilizadas primitivas, si cultivó en un principio sus artes, si observó los preceptos de su civilización y cultura, más tarde todo lo descuidó y se asimiló en su salvajismo á las asperezas de sus ágrias montañas.

En arquitectura nada ha dejado que merezca examinarse.

La casa, la vivienda confortable no eran una necesidad para la vida ordinaria. Criado el salvaje á la intemperie, su piel resistía lo mismo el frío que el calor; y si se le preguntára si no sentía frío en su estado de desnudéz, en un día de riguroso invierno, pódría responder lo que contestó un mataco del Chaco á una pregunta igual: todo es cara.

No hay un solo vestigio de un puente, de un arco ó columna, ni siquiera una pared por sus formas arquitectónicas, que presente algo de ingenio en su fabricación. Pero se ve que sabían llevar, muy bien, el plomo en sus *pircas*, paredes de piedra de un metro cincuenta de alto, pues de otro modo no habrían podido resistir en pie cuatro, ocho y más siglos, hasta nuestros días, como un monumento eterno que sigue desafiando la sucesión de los tiempos.

Es admirable ver esas pircas, en número casi infinito, en los desfiladeros y descensos rapidísimos de las montañas.

La cerámica, por el contrario, le ha proporcionado un vasto campo de trabajo; es en donde más ha descollado, y nos ha dejado preciosos recuerdos, en obras perfectamente pulimentadas. Infinidad de vasos de tierra cocida se han extraído de sus cementerios por los coleccionistas, de toda forma y gusto, desde lo más ordinario y rústico, hasta lo más fino, imitándose los colores con admirable perfección. Allí está el *Vilqui*, el más grande en tamaño, la tinaja, la *puruña*, cántaro de boca estrecha, el jarro y el *pucu*, el más diminuto de los objetos manuales.

Las urnas funerarias revisten igual valor, pero más por sus pinturas: la preparación de la greda para éstas es defectuosa, por cuanto no presenta la pulidéz que los objetos pequeños. Las pinturas con que se adornaban todos estos objetos reviven y adquieren su primitivo color, como si recién hubiesen sido ejecutados, al extraerse dichos objetos y volver á tomar consistencia de ese estado de reblandecimiento en que se hallan debajo de tierra.

Llama la atención lo delicado de los colores, pues las pinturas son policromas, como los dibujos, que indudablemente deben encerrar algún significado, predominando siempre algo que represente una divinidad ó una leyenda.

La arqueología calchaquina no es, pues, de las más pobres en esta parte, y bien merece que se le dedique un estudio sério por los entendidos en la materia.

Esos objetos, que muchos se interesan en hacer remontar su antigüedad á una edad fabulosa, para darles valor pecuniario, no tienen más existencia que de dos siglos ó un poco más, á lo sumo. Sin embargo, es ya un lapso de tiempo muy importante para que la etnología pueda darnos luces sobre los habitantes de esas épocas, de los usos y costumbres que venían transmitiéndose de tríbu en tríbu, de generación en generación, como herencia de sus antepasados.

En metalurgia no ha sido más adelantada que en arquitectura. Raros son los objetos que han llegado á encontrarse, lo que prueba ó que no se conocía este arte, sus procedimientos para fundir el oro, la plata ó cobre, ó no se tenían las herramientas apropiadas para los trabajos.

Alguna rodela de cobre que se ha encontrado, hecha á martillo, imitando á las de los conquistadores, con dos agujeros en el centro, sin duda para colocar allí una asa de cuero, extraída de un sepulcro indígena con un manojo de puntas de huesos, á manera de flechas (nos referimos á la que hemos visto), no cabe duda de que esto pertenece ya á la época de la conquista. Igual cosa ha de juzgarse de las campanas de formas irregulares, encontradas también enterradas y que pertenecieron á alguna de las misiones religiosas establecidas en el Valle Calchaquí, en aquella época.

Y esto es tanto más verosimil, cuanto la hostilidad que recibían los misioneros es una verdad comprobada, no sólo de parte de los indígenas, sino mucho peor de los mismos conquistadores, y que al abandonar sus puestos ocultaban esos objetos, para que no fueran substraídos y poderlos emplear en una ocasión más propicia.

Hánse encontrado igualmente pedazos de aros de oro, adorno para las orejas, como otros objetos de plata, prendedores representando el sol y la luna, una especie de yunque de cobre, muy manual, todo de fabricación posterior á la conquista, por los signos que llevaban grabados dichos objetos.

Y aunque el P. Techo, hablando de los calchaquies dice: «Que se cubren los brazos hasta el codo con láminas de plata ó bronce, para servirse de ellas cuando pelean á flecha y en algo para adornar sus personas; que los principales del pueblo se ciñen las sienes con un *orbe* de plata ó bronce asegurado en una corona», nada de esto ha llegado hasta nosotros. Y las láminas, como se ve, no son sino una imitación del brazal español, muy usado en los tiempos de la conquista, como un defensivo de la armadura y vestido militar de aquella época.

La escultura no ofrece tampoco cosa alguna digna de investigación: es el arte más pobre de la raza calchaquina.

Se han encontrado pequeños bustos de ídolos, completamente groseros por sus formas. Por el fitiche de la figura 11 se verá hasta donde llegó su perfeccionamiento en este arte.

Dada la fertilidad propia del suelo, regado con la suficiente agua, los terrenos cultivados producían excelente y abundante maíz.

La agricultura se desenvolvía, en su parte principal, en el cultivo de este cereal, aunque el de la quinua, el maní, el haba y alguna otra legumbre entraba también en menor escala.

Aún subsisten los pequeños radios de terrenos marcados con piedras enterradas hasta la mitad y escalonados, á veces en partes casi inconvenientes por su posición, que se preparaban rellenados con tierra vegetal, sobre las vertientes de la sierra occidental y en las primeras graderías de sus declives, para los sembradíos.

Algunas acequias hemos visto de difícil construcción de aquellos remotos tiempos, por la nivelación indispensable que debía haberse practicado; pero conservamos la duda de si pertenecen á ellos ó si fueron obra de los padres misioneros, en la época de sus fatigas, que creemos lo más probable, ya para acostumbrar al neófito al trabajo pesado y provechoso, cuanto por el bien que redundaba en beneficio de las mismas poblaciones indígenas.

La mujer hilaba y tejía, aprovechando la lana de llama y guanaco, para la confección ordinaria de sus vestidos, reducidos á una especie de túnica corta, ceñida á la cintura, la misma que usaban los hombres, sin cuello ni mangas.

Las telas no debían ser muy finas, pareciéndose más á los tejidos de alambre grueso que vemos en la actualidad; pero de todos modos, servían á su objeto. El *inchi* ó costal, la *chuspa* ó pequeño bolsillo, la jerga que debió constituir la *calcha* principal de la cama, creemos que era cuanto de más notable producía este arte mecánico.

Como se ve, son tan ténues los rasgos de la civilización incásica, ó anterior á esta de la tribu de su procedencia, que presenta la raza calchaquina, que con razón decíamos todo lo descuidó.

No sólo no ha sabido conservar sus artes, sino que decayendo lo poco que trajo, tendía á desaparecer por completo.

Objetos de piedra, como platos, se han encontrado también, y aun hoy se ven sus morteros para moler el maíz y triturar la algarroba, hechos por centenares en piedras planas grandes, con sus agujeros perfectamente trabajados; y las piedras *pskanas,* de que se valían igualmente para reducir á harina el maíz, que son una plana para el asiento con otra manual un poco curva que se hace mover sobre la primera.

Entre los útiles domésticos está el hacha de

piedra, de formas diversas; la sierra con sus dientes perfectamente trazados, también de piedra, de dos y tres milímetros de grueso, que dada la dureza de la hoja, podía aserrarse palos delgados, aunque duros.

Nada más conocemos ni hemos encontrado en nuestras investigaciones que merezca mencionarse y pueda arrojar mayores luces para estudios de la arqueología calchaquina.

Cuanto se ha extraído de los cementerios indígenas, todo no va más allá de lo que queda ya mencionado; la raza calchaquina, careciendo de preparación para la explotación de metales de las minas de su zona, ha dejado manifiesta allí su misma pobreza como en los objetos y útiles de uso particular, en sus armas, adornos personales y en cuanto ha producido su ingenio industrial y mecánico.

CAPÍTULO V

ESCRITURA

SUMARIO:—Quipos.—Opinión de Lozano.—Pinturas. — Inscripciones antiguas. — Caracteres petrográficos calchaquinos. — Interpretaciones erróneas.—Alfabetos.—Semejanza de las petrografías con los alfabetos griego y egipcio.—Caracteres informes.—Petrografía de las Flechas.—Antigüedad.—La Piedra de Calango —Ruinas de Tiahuanuco.—Civilización superior á la incásica.—Relación de las escrituras peruanas y calchaquinas.—Petrografía de Tafí.—Causa de su ruina.—Importancias de las petrografías.—Petrografias de Quilmes — Otras inscripciones.

La materia que comprende el presente capítulo es una de las más interesantes de nuestro trabajo.

Guiados por un espíritu sincero, no tememos en declarar que ni la arqueología, ni la filología han entrado en nuestros estudios: en la exposición que presentamos al lector no hacemos sino seguir lo que ofrece, como más razonable, una crítica sensata á la vez que científica.

No hay monumentos que atestigüen que la raza calchaquina usó de los *quipos*, hilos nudosos de diversos colores que los Incas del Perú y en otras secciones del continente americano, como en Méjico, usaban, supliendo maravillosamente la escritura para conservar los acontecimientos más notables de la historia.

Sin embargo, el P. Lozano, en su «Historia del Rio de la Plata,» afirma: «que pasaron dos padres á Andalgalá, donde había unos indios cristianos, pero totalmente ignorantes de sus obligaciones, pues se admiraban de oír hablar del sacramento de la Penitencia..... y por ser gente de buenos sentimientos se hicieron capaces, y era tierno espectáculo ver la devoción y compunción con que se llegaban al tribunal de la Penitencia, armados con sus *quipos*, que son unos hilos con sus ñudos, por donde declaraban el número de sus pecados, con la facilidad que si los llevasen escritos y con la expedición que si lo hubieran acostumbrado de muchos años.» (1)

Esto sucedía en los indios andalgualas de las tribus diaguitas, con quienes los calchaquíes mantenían relaciones muy cordiales y estaban unidos por lazos de sangre, por pactos estrechos y sagrados en sus luchas por la libertad é independencia de su raza y de su suelo.

Puede ser un caso aislado allí, y tal vez no desconocido el mismo para algunos de los principales entre los calchaquíes por la comunicación constante entre ambas tribus; pero juzgamos que no se cultivó ni tuvo aplicación práctica entre estos, pues no se conocen vestigios de donde se desprenda alguna deducción al respecto.

Lo que parece indudable, es que la raza calchaquina usó de la pintura y signos de las primeras edades del mundo, cuyo arte ha sido tan universal que todas las razas han dejado páginas inmortales estampadas en las rocas, en los vasos de barro de uso doméstico y en mil otros objetos. En el capítulo que dedicamos á la pintura hablarémos más latamente sobre este tópico.

Lo mismo ha de raciocinarse de los preciosos

---

(1) Lib. VI, cap. V, pág. 22.

monumentos de escritura que ha dejado en caracteres indelebles, aunque variados en forma, como si todos quisieran poner de relieve la identidad de civilización que ligó á unas con otras, ó se trasmitió de unas á otras en el curso de los siglos, remontándose á una fuente común de donde partió.

Esos caracteres equivalentes á palabras, y palabras que envuelven un pensamiento, reclaman un análisis mejor preparado que los que se han hecho hasta hoy, de las antiguas escrituras ó petrografías calchaquinas, que nos enseñe la verdad de los hechos que encierran en secreto, de un pasado que se pierde en la oscuridad de lejanas edades.

Los trabajos que conocemos sobre esta materia, hechos de la región calchaquina, para nosotros no tienen valor científico alguno, porque no encontramos fundamento sério en qué apoyarlo.

La verdad se manifiesta más peregrina en las interpretaciones, á medida de la ligereza con que se han clasificado las escrituras ó caracteres petrográficos.

Las inscripciones calchaquinas, y por ahora nos referimos á las de Cafayat y de las Flechas, tomadas personalmente del original, difieren en algunos de sus caracteres de las que ha copiado el señor Ambrosetti en su folleto de «Las Grutas Pintadas.»

Téngase en cuenta que, un punto que se quite ó añada, ó una línea cualquiera, basta para cambiar por completo el sentido, palabra ó pensamiento que expresa el petroglyfo; sin embargo que ni el facsimil nuestro lo conceptuamos exacto en algunos caracteres por el deterioro iniciado en la piedra.

Véase la lámina adjunta, figura 1.ª

El juicio interpretativo emitido por el señor

Ambrosetti es el del señor Ten'kate, cuya opinión sigue.

Dice así:

«El señor Ten'kate cree que dado el carácter

PETROGRAFÍA DE CAFAYATE

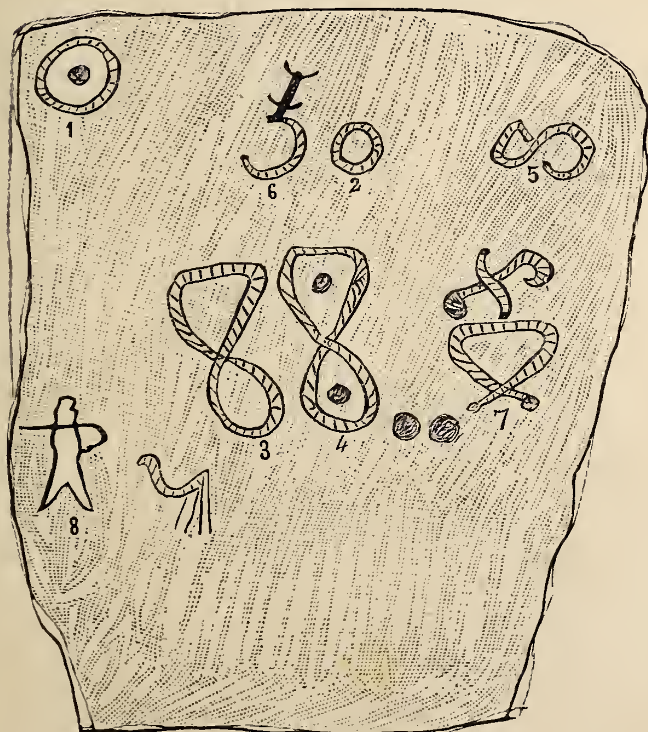


Fig. 1

de la localidad, hubo también allí en los tiempos antiguos una caverna de sacrificios, más ó menos como las de los *pueblos* antiguos y modernos, y que estas petrografías constituyen rituales.

«Fijándose en el petroglyfo, uno encuentra en primera línea la imágen del sol, representada por un círculo con un punto central, como veremos más adelante.

«La figura del indio se halla en actitud de súplica, con los brazos dirigidos al cielo—de modo que si no ha sido una caverna de sacrificios, bien puede ser una piedra votiva que indique un pedido ó súplica á la divinidad, por ejemplo un pedido de agua.» (1)

El lugar de la inscripción no indica caverna ni cosa que se parezca: se halla al aire libre como á la mitad de una alta colina, en una piedra plana, que nace de la misma, cortada verticalmente, de dos metros de alto, por un metro ochenta de ancho, sin vestigios en las cercanías de otros restos que hubiesen formado parte, á una altura no pequeña del nivel general del suelo, y en una posición nada cómoda.

La interpretación de piedra votiva no explica el sentido general de las petrografías, por el solo hecho de interpretarse por el sol el primer círculo con un punto central, y la figura que se toma por indio con los brazos levantados, que en la reproducción nuestra no tiene tal forma, como no la tiene el original, si bien representa una persona con acción diferente. Véase el número 8 de la lámina antedicha.

Es cierto que entre los egipcios se representaba el sol con un círculo, y la raza calchaquina lo tuvo en la categoría de sus dioses; pero no creemos que sea aplicable en este caso, sino que toda la inscripción obedece, bajo de otra forma, á un pensamiento, á una leyenda que es necesario buscar su interpretación en fórmulas más apropiadas con la escritura de la piedra.

---

(1) Pág. 28.

Ni nosotros vamos á explicar también, porque, como ya lo hemos manifestado anteriormente, no tenemos preparación alguna en arqueología, pero entregamos nuestras reflexiones al erudito y le invitamos á entrar en este terreno que no ofrece camino viable para nosotros.

Observamos, con todo, que sería una coincidencia muy casual que las petrografías calchaquinas tuvieran perfecta semejanza con el alfabeto griego primitivo, particularmente, representado por caracteres convencionales, inventados para abreviar la escritura monumentaria en épocas remotísimas.

Puede haber algunas diferencias de formas en la construcción de los caracteres, pero el fundamento principal siempre es uno en estas escrituras antiquísimas, aunque los *signos* correspondan á dos ó más alfabetos, como ha podido comprobarse en escrituras del siglo octavo con otras posteriores, y con las que usaron diversos pueblos de Oriente primitivamente.

El enigma, el gran misterio á descifrar, estaría en conocer si las escrituras petrográficas calchaquinas pertenecen á una sola época, á una era de civilización, correspondientes á la cultura de los primitivos pueblos, si á los fenicios ó á los egipcios, como inventores del alfabeto, ó á los griegos, como propagadores del mismo, ó pertenecen á épocas posteriores.

Las relaciones con el griego son más pronunciadas, si bien se notan afinidades con el egipcio en estas escrituras, como igualmente con el griego romano, á la vez que puede clasificarse como una derivación de los primeros.

A este respecto podemos decir lo que escribía Masdeu, en el siglo pasado: que la época más general de las escrituras que se llaman desconocidas, con que escribían más comunmente los pueblos cultos de Europa, es puntualmente aque-

lla en que iba cayendo la cultura griega y naciendo la romana. (1)

Todos los alfabetos primitivos guardan muchos puntos de semejanza, demostrando con ello un orígen común y derivaciones sucesivas que se modificaban sobre la base de lo conocido, con el aumento de otros signos convencionales que completaban el alfabeto: esto se vé en los alfabetos fenicio, egipcio, griego, hebreo, etc.

FORMA ORIENTAL

Caracteres usados en Europa antes del Imperio Romano

A B C K E

P ó PH H I

L M N P

R S T

TH U V

X

Ahora, compárense los caracteres de la petrografía de Cafayate con las del alfabeto que extractamos de la obra del citado autor, para facilitar su estudio, y se encontrará la perfecta semejanza que hemos afirmado.

---

(1) *Historia Crítica de España,* tomo XVII, págs. 10 á 33.

Por desgracia, la leyenda petrográfica no está completa: muchos caracteres parecen faltar por rotura de la piedra y desprendimientos que ha comenzado á sufrir.

De un ligero exámen practicado vemos que los números 1 y 2 corresponden á TH ó Theta del alfabeto griego; en el fenicio solo hay el número 2 que corresponde á tres H; algunos han tomado por *O* este mismo signo, pero rarísima vez. Los números 3 y 4 equivalen á F y PH, que se representan con los dos últimos caracteres griegos de la letra F, según el alfabeto de Masdeu; el número 5 es igual á la S; el 6 contiene tres letras: una C inversa, y la línea vertical cortada por dos curvas, equivale en ciertos casos á T, en otros á S, y también la toman algunos por CH y PH. El número 7 pueden ser dos ó tres letras, ó equivaler á una palabra. En el fenicio el mismo número 6 corresponde á R.

Los demás caracteres de la petrografía no presentan exactitud en el dibujo por el deterioro del original que hemos indicado, lo que hace imposible poner la letra exacta para completar la inscripción.

De las petrografías de las Flechas, tomamos cuatro insçripciones al acaso, pues las hay muchísimas en los contornos, que reproducimos en la figura 2ª del número primero al cuatro.

En la del número primero y restantes tenemos los mismos círculos con y sin puntos centrales, correspondientes á los caracteres del alfabeto ya citado; pero si se quisiera hacer un estudio comparativo con el egipcio ó fenicio á la vez, se encontrará que la mayor parte de los signos tienen igualmente perfecta analogía con ellos.

Ya hemos insinuado que puede haber diferencias en las construcciones de los caracteres de un alfabeto á otro, por manera que leyendo uno no se sepa el otro, como es natural, pero esto

no será un inconveniente insalvable, dado el orígen único, puede decirse, á que pertenecen, por donde se podría penetrar en ellos.

Creemos, aún más, que las inscripciones cal-

PETROGRAFÍAS DE LAS FLECHAS

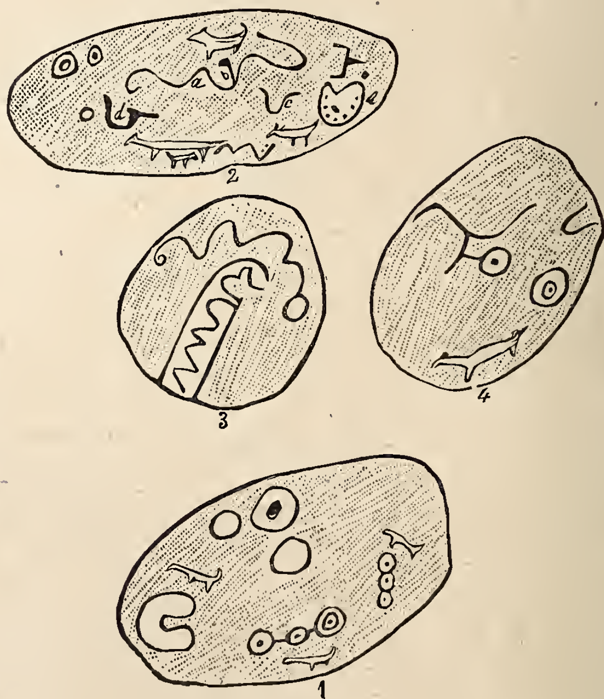


Fig. 2

chaquinas pertenecen á dos épocas, mejor dicho, están compuestas de caracteres pertenecientes al período geroglífico y alfabético.

Podríamos tentar un pequeño ensayo, nada

más que para comparar los signos equivalentes en aquellos alfabetos con los caracteres petrográficos.

Sospechamos que si la línea curva *a*, del número 2, no representa una serpiente, como uno de los dioses de esta raza, á quien rendía culto, equivale á la letra N; el signo *b* á J, el *c*, *d* á T, el *e* á ó; los puntos ¿no serán cifras?

Los círculos con punto central á R, l, y los círculos sobrepuestos ¿no corresponderán á la cuerda trenzada de los egipcios también? Es fuera de duda que los cuadrúpedos equivalen á un signo simbólico, como tantos otros usados en la antigüedad, que expresan una palabra ó un pensamiento completo.

Creemos, pues, que la antigüedad que revelan las petrografías de la región calchaquina, debe despertar un interés mayor que el que se le ha prestado hasta hoy, á fin de hacer un análisis científico con mejor preparación, que nos aproxime á la verdad. La luz que ellas reflejan todavía es de aprovechar; es posible que puedan ilustrarnos en el estado en que actualmente se hallan.

¿Qué contienen esos signos ó caracteres esculpidos á profusión con tanta regularidad como arte?

No sabemos.

Pero es seguro que un trabajo de esta natutaleza no se hace al acaso, tanto más cuando él parece responder á un fin, hallándose en una misma región y escalonado en las tribus principales que poblaron esta zona de tierra, con su orígen que parece remontarse á épocas completamente remotas.

¿Pertenecen á una misma era de civilización de los antiguos pueblos y razas? Es más probable.

Lo que no admite dudas es que son ante-

riores á la conquista y al descubrimiento de América.

Mientras tanto, ponen de manifiesto que si la raza calchaquina usó de esta escritura en su primitiva época, la civilización que pudo corresponderle luego no más comenzó á perderla con la confusión y mezclas de cultos idolátricos, supersticiones extravagantes en todo sentido, y la corrupción de las costumbres que tomaban un vuelo ascendente, amén del aislamiento á que se sometió entre sus breñas, sin comercio ni contacto alguno con las tribus que podían despertar sus ideas é infundirle otros sentimientos y otras aspiraciones.

Sin embargo, constituye la nota más alta que legaron los antiguos pueblos en su arte de comunicación, que la raza calchaquina ha hecho suya con la misma elocuencia y altura para consignar, tal vez, allí su historia, sus glorias y quién sabe cuántas cosas más.

Las escrituras calchaquinas son un dato precioso, lo repetimos, que aboga muy principalmente en favor de la antigüedad de esta raza, remontándola á tiempos completamente lejanos, antes de la dinastía de los Incas.

Y decimos así, porque la arqueología americana no ha descubierto huellas del uso de estas escrituras mientras la dominación de los monarcas peruanos, ni los historiadores que se ocuparon de narrar cuanto vieron, las costumbres y civilización reinantes en aquellos tiempos, tampoco han hecho mención alguna de ellas.

Luego, pues, pertenecen á una época anterior.

Si datáran de los tiempos de la conquista, los misioneros nos habrían dejado en sus relaciones noticias al respecto; pero nada observaron que se hiciera en este sentido, sino que las tribus indígenas por toda civilización manifestaron la barbarie más completa.

Cuanto se ha encontrado en el Perú por el jesuita Vázquez, desde 1570, como la piedra de Calango, sube á épocas muy remotas, igualmente que las ruinas de Tiahuanuco se remontan, según el testimonio de notables historiadores, como Desjardins y otros, á tiempos anteriores á la dinastía peruana.

El aspecto que ofrecían esas ruinas cuando la organización del imperio, dan claro testimonio de la cultura muy superior que hubo antes de los Incas á la de éstos, y que los hijos del sol con toda la nueva civilización que importaron, vivieron en una época de decadencia, ni trataron de conservar esas mismas ruinas, sino que, por el nuevo culto del sol que introdujeron las abandonaron, de modo que apenas resistían á la llegada de la conquista.

«Calango está á 15 leguas de Lima. Está una peña grande de más de doce piés de largo, en un altillo de ladería sobre unos andenes como grandes pasos de escalera; es esta peña blanca muy lisa y bruñida, diferente de las otras que hay por allí, que cuando le dá el sol ó la luna, hace visos como si fuera de plata; tiene una huella de catorce puntos, en ella hundida como si fuera de blanda cera y á una parte muchas letras en renglones: unas griegas y otras hebreas..... lleváronse los caracteres por todos los conventos de la ciudad de Lima (1615), y ninguno supo griego ni hebreo, si bien conocían que eran letras hebreas y griegas, y alguno que sabía, no las declaró, por estar no muy señaladas algunas letras y confusos algunos puntos. Otra de la misma forma me dijeron los caciques estaba de la otra parte del río.» (1)

---

(1) Noticias citadas por Cappa de la Crónica A. del Perú por el P. Calancha.

Desde luego, se ve cierta relación en las escrituras peruanas con las calchaquinas, si bien se nota la diferencia accidental de estar trazadas aquellas con caracteres griegos y hebreos, y éstas con signos convencionales, en uso, equivalentes á las mismas letras del alfabeto griego.

En Tafí, de la Provincia de Tucumán, hay otra petrografía, continuando el valle Calchaquí hácia el S. E., como á una legua de Río Blanco al occidente.

Muy interesante debe ser por los muchos caracteres esculpidos, que forman una regular inscripción, según se nos dice: no la conocemos ni sabemos la forma de los signos.

Lo que sabemos es, por noticias de personas conocedoras, que manos codiciosas quebraron la piedra, creyendo encontrar *tapados* ó tesoros escondidos debajo de ella; la inscripción tuvo así esa interpretación ridícula que no produjo el hallazgo ansiado. Es increíble que este hecho haya podido producirse por persona ilustrada como se sabe, es la que descifró tan erróneamente la leyenda de ese modo.

¡Cuánto pierden los estudios arqueológicos con esas devastaciones llevadas á cabo en pleno siglo XIX!

Aquí es de repetir aquel célebre mote que un día se encontró en la estátua del Pasquino de Roma, con ocasión de haberse comenzado á derribar una parte del Coliseo, para utilizar la piedra en un palacio que se construía: *Quod non fecerunt barbari*, *fecerunt barberini,* aludiendo á un miembro de este apellido, que había ordenado la demolición de ese gran monumento de historia.

En nuestro caso, lo que fué respetado por el salvaje, no lo respetó el civilizado del siglo de las luces.

Por lo demás, descifrar y combinar letras es algo que requiere tiempo y conocimientos espe-

ciales; por nuestra parte, dejamos constatado, por la semejanza de caracteres, la importancia que envuelven las petrografías calchaquinas, semejanza que se relaciona en mucho con las numerosas pinturas que se hallan en toda esta región y con otras descubiertas en el Valle de Lerma y las de Carahuasí.

La importancia de las escrituras petrográficas, resalta más cuando se estudian las de la sección de Quilmes, tan variadas como numerosas, de las cuales damos algunos facsímiles, debido á la amabilidad del señor Manuel Alvarez, uno de los vecinos más caracterizados de aquellas cercanías.

Son tan numerosas que aún pueden llenarse páginas enteras con las que quedan.

La tribu de los Quilmes, procedente de emigraciones de la parte de Chile, cuyo orígen no es otro que las mismas tribus peruanas quechuas de quienes se desmembró, fué una de las últimas colonias que arribaron á la región calchaquina.

No hemos dudado que algo importante debían encerrar las ruinas de la ciudad de los quilmes, si bien las petrografías se hallan en diversos parages, de uno á cuatro kilómetros de distancia, pero siempre entre los límites de la población.

Lo que llamamos ciudad, la parte más compacta de la población, hoy mismo no se la puede dar mérito alguno, porque casi todo está enterrado. Algo que aparece, y es tal vez la obra mejor trazada, es un acueducto que se comunica con una represa ó estanco para agua, para la servidumbre de la población.

Pero, las escrituras que ha dejado están allí desafiando la inclemencia de los siglos para acercarse á las edades modernas, y enriquecer los conocimientos arqueológicos con la revelación ó desciframiento de los misterios de la antigüedad que encierran.

Sentimos haberlos recibido á última hora, cuando terminábamos este escrito, porque ofrecen un campo más vasto estudio, y con toda probabilidad, resultados mejores para el investigador.

El estudio que demandan estas escrituras es un hermoso trabajo para nuestros sábios, entre los cuales las letras americanas cuentan no pocos eruditos.

Agregar los alfabetos que tienen relaciones ó afinidades directas con estos últimos caracteres petrográficos, creemos demás, porque sólo facilitaría un estudio superficial, sin arribar á conclusiones definidas. Ya lo hemos dicho anteriormente, los caracteres fenicios, egipcios y griego-latinos tienen mucha analogía con la construcción de los signos calchaquinos; y luego, nosotros no hacemos más que consignar un dato para los que son llamados á abordar estas materias, á las cuales no se les ha dado toda la importancia que tienen por los que han conocido los petroglyfos de la región calchaquina.

Esperamos confiadamente que estas reliquias de una civilización cuyo orígen se pierde en la antigüedad de los tiempos, no quedarán con el secreto que encierran, sin que la arqueología penetre y saque á la superficie lo que esconden en su fondo, al parecer impenetrable por el momento.

Con mucha probabilidad deben encontrarse otras petrografías en las demás secciones de la región calchaquina, particularmente donde se sabe fué el asiento de una tribu importante; pero desgraciadamente no hemos reconocido más allá de las Flechas, por el norte, ni hemos tenido tiempo para registrar los fragmentos de las petrografías de Tafí.

En Ampajango, departamento de Santa María, se nos asegura que existen otras petrografías con numerosos caracteres, y además, otras pie-

dras llenas de pinturas perfectamente conservadas.

Con tiempo más desahogado, coleccionarémos todo lo que hay en esta región de las escrituras primitivas, de modo que faciliten un estudio más completo y perfeccionado.

PETROGRAFÍA DE QUILMES

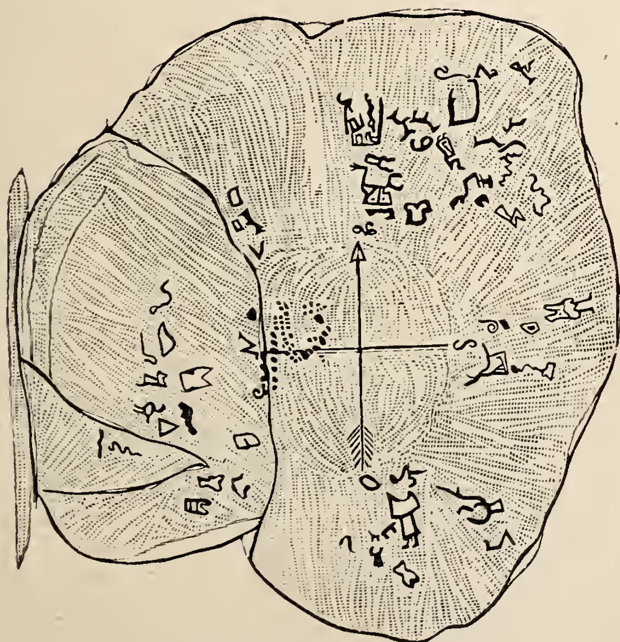


Fig. 3—Quebrada de Tala-Paz en Quilmes

PETROGRAFÍA DE QUILMES

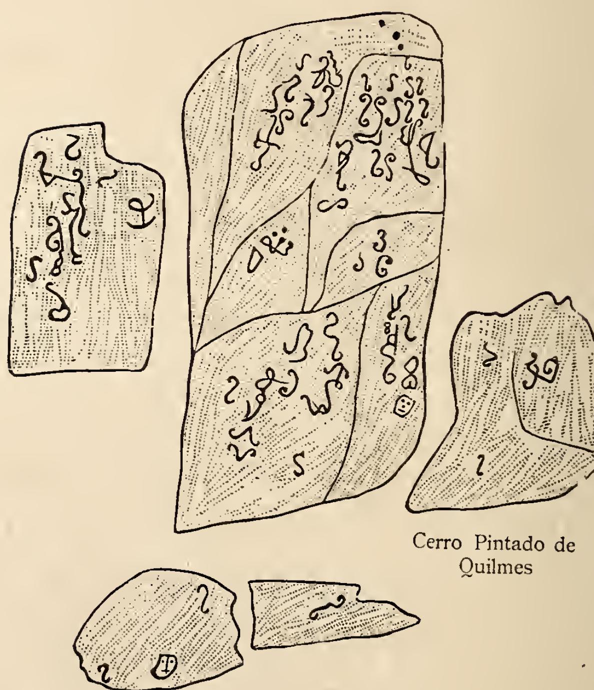
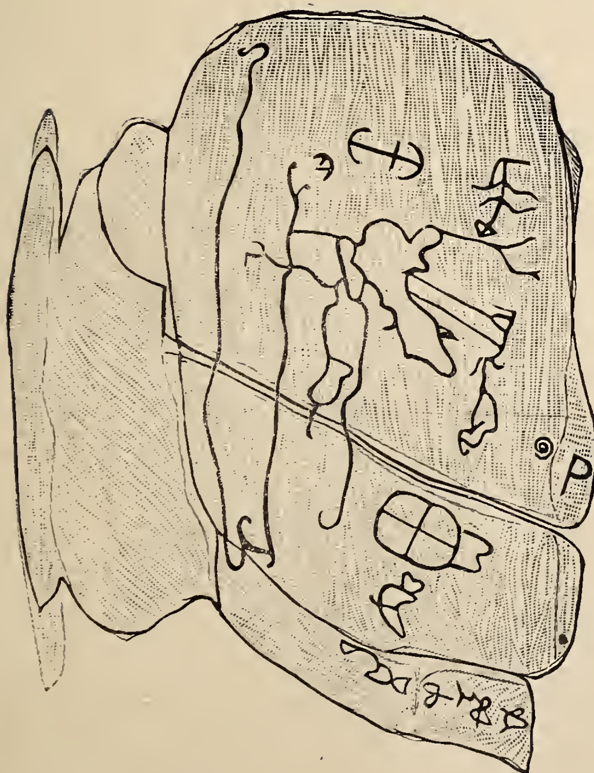


Fig. 4

PETROGRAFÍA DE QUILMES



ig. 5—Condor-Huasi de Quilmes

PETROGRAFÍA DE QUILMES



Fig. 6—Quebrada de Chilca en Quilmes

PETROGRAFÍA DE QUILMES

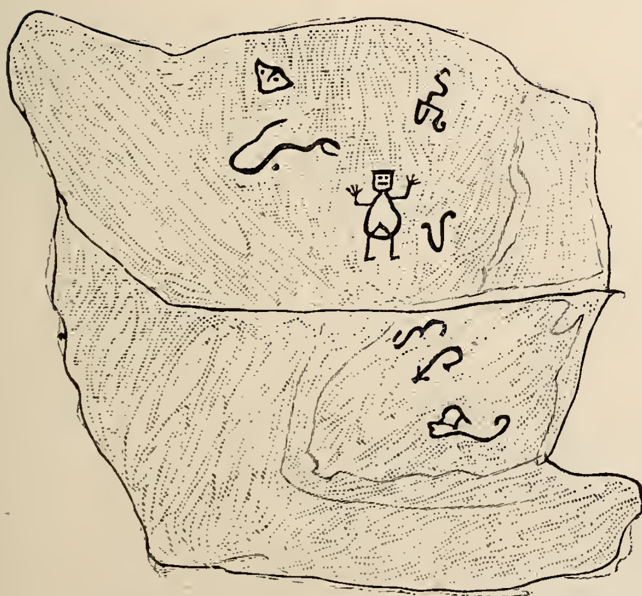


Fig. 7--Fuerte antiguo de los Quilmes

CAPÍTULO VI

PINTURA

SUMARIO: — Gusto especial del salvaje por la pintura. — Juicio de Bergier. — Color de las pinturas. — Pinturas de un adoratorio. — La Llama, el Cui ó Conejo. — El Avestruz, como signo simbólico egipcio. — Sacrificios. — Juicio de M. E. Soldi. — Otras pinturas. — Pinturas de Tolombón. — Pinturas de las Flechas.

El salvaje en todos los tiempos y en todos los lugares ha manifestado una pasión especial ó un gusto decidido por los signos expresivos, por las imájenes, por los símbolos y por las alegorías, dice el abate Bergier.

«Los que han conocido mejor la antigüedad han podido observar en ella esto.

Un altar, una pirámide, un trofeo, una columna elevada, y un árbol marcado con caracteres, eran en otro tiempo los únicos monumentos de historia. En las primeras edades del mundo, los hombres hablaban poco y obraban mucho; pintaban los objetos de que querían dar idea.

Este método era especialmente necesario antes de la invención de la escritura; y este arte precioso extendiendo nuestros conocimientos, no ha suplido quizás bastante á la elocuencia muda de los antiguos.

Los cánticos, la danza, las ofrendas, los sacri-

ficios, los convites comunes, las abluciones, las libaciones y las efusiones de aceite y de perfume, son de todos los tiempos y de todas las religiones. Suponer que son signos arbitrarios, sin fuerza y sin utilidades, es desconocer al hombre; si se los quitais, lo sumis en la estupidéz y en la inercia». (1)

La raza calchaquina nos ha dejado en la lengua de sus signos y pinturas, precisamente marcados los sentimientos íntimos que informaban su espíritu en materia de religión; sus afecciones, la necesidad de los signos palpables para mover su alma y trasmitir á la posteridad su historia, perpetuando así el lazo de sociedad que debía unirla con las generaciones sucesivas.

Las pinturas calchaquinas son muy abundantes y polícromas: coloradas, amarillas blancas, y negras: este último color ha tomado un tinte ceniciento; el segundo y tercero se conservan con su primitiva viveza, y el rojo un tanto decaído; las líneas son gruesas, de un centímetro de ancho, recargadas algunas con dos manos.

En las pinturas del adoratorio de la figura 12 se destaca una central, de la cual es imposible formarse idea, tan desperfeccionada está por las capitas de piedra que han comenzado á desprenderse, como se verá en la figura 8ª, número 1. Luego se vé otra perfectamente conservada, forma de calabaza, número 2, con líneas cruzadas: es una *mamasara*, piedra larga, dios protector de las cosechas y sembradíos; una otra especie de columnita, número 3, con la ofrenda ó sacrificio consumiéndose por el fuego. Los números 4, 5, 6, 7 y 8 son letras que corresponden al alfabeto citado en el capítulo anterior.

Algunas llamas muy perfectas, números 9, 10

---

(1) Bergier, *Trat. de la Religión*, tom. 1, pág. 345.

y 11. Estos animales predilectos para el salvaje, se mataban después de los sacrificios á los dioses, y su carne se repartía al pueblo, quien solo con este motivo podía comerla; con la misma carne se hacian igualmente las ofrendas y sacrificios antedichos, á la vez.

La pintura de una llama representa el lugar de un sacrificio, como su mismo nombre lo indica, y por consiguiente, lo sagrado del lugar.

Los sacrificios eran verdaderos festines públicos, y convenía al pueblo que se repitieran con la mayor frecuencia posible, por la carne que se le repartía.

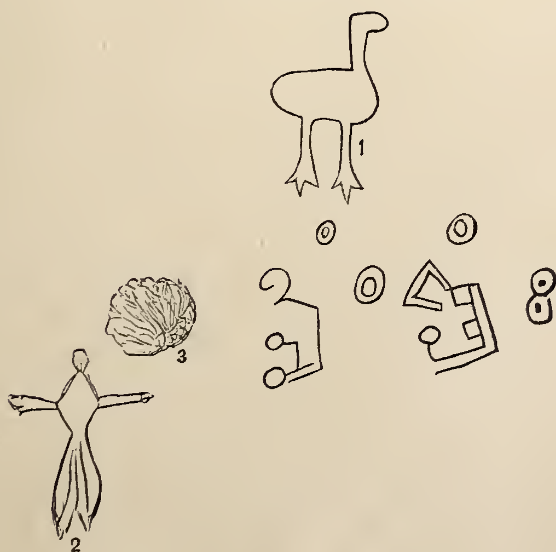
El *Cui* ó conejo silvestre, carne noble propia para confecionar las viandas y manjares de los principales de las tribus, servia con mas generalidad de víctima en los sacrificios, y con su sangre se rociaban los adoratorios, los ídolos, y se pintaban las plumas, varas y otros objetos de adorno de esos lugares; las líneas que se ven en las mamasaras se hacían con la sangre de este mismo animal.

Aún aparecen muchas otras pinturas cuyo significado no conocemos, y otras más deterioradas en la piedra, que se hace difícil trazarlas con sus propias formas.

Un segundo adoratorio, ó más propiamente caverna de sacrificios, es una gran cueva-salón, formada de un solo peñasco, figura 9ª. Allí se destaca, dominando todas las demás pinturas, un hermoso avestruz que mira hácia la puerta de la caverna, véase la misma figura 9ª, número 1, á un extremo el indio agorero sacrificador, al parecer, número 2; el 3 semeja llamas de fuego, y otras pinturas, cuyas formas no son exactas, aunque parecidas, y algunas letras iguales á las que se ven en las petrografías.

Entre los egipcios se representaba la justicia por una pluma de avestruz: quien sabe si él no





Figs. 8 y 9

indica el lugar donde se hacía la mactación de las víctimas no solo para los sacrificios religiosos, sino también de los prisioneros que se tomaban en tiempo de guerra en sus combates con las tribus enemigas, y después de entre los soldados de la conquista.

Estas pinturas están al aire libre, expuestas á las lluvias, y mucho es que aún puedan conservarse algunas intactas.

Lo que hemos dicho de la escritura, de los caracteres petrográficos, igual cosa debemos decir del estudio especial que merecen todos estos restos de pinturas de las edades primitivas entre nosotros, por que ellas encierran regueros de luz sobre los oscuros tiempos que pasaron, y porque aún muchas pueden restaurarse, empleando un análisis más prolijo.

A cuantos descubrimientos no se prestan!

M. E. Soldi, dice el diario *La Nacion*, de nuestra capital federal, cree ver el génesis de todos nuestros idiomas y la prueba irrefutable de la unidad de nuestas creencias, de nuestra civilización y aún de la fraternidad universal.

Según el sábio escritor, la escritura sagrada universal y misteriosa aparece en los libros sagrados de las primitivas religiones y se revela en el arte y en la ornamentación.

Las simples líneas, dice M. E. Soldi—rectas ó espirales, grabadas sobre los túmulos y las rocas de la India y de Bretaña, de América y del Africa; el decorado geométrico de los vasos griegos arcáicos; el marco de los espejos etruscos; el canto de las monedas galaicas; los agujeros y cúpulas de las piedras célticas; los trajes de los antiguos y muchos de los conservados tradicionalmente en diversas comarcas; la arquitectura de los templos de todos los cultos; la ornamentación de los tapices de oriente, antiguos y modernos; los más humildes objetos del salvaje y los

más ricos de nuestra civilización ocultan una verdadera lengua ideográfica». (1)

Ese lenguaje, indudablemente, allí está estampado en los numerosos dibujos y pinturas que la raza calchaquina ha dejado en los vasos de arcilla de uso ordinario, que aún se extraen de sus cementerios; en las urnas funerarias, cuyas pinturas son tan abundantes; en las inumerables pinturas de sus rocas, en las escrituras grabadas en las piedras, y en muchos otros puntos que hemos insinuado más anteriormente.

La pintura y petrografía calchaquinas obedecen á una regla común que se usó en los primeros tiempos por esta raza; regla queno trepidamos en denominarla general en todo el dilatado territorio que ocuparon las emigraciones de la primitiva raza quechua peruana. Idénticos caracteres, figuras simbólicas correlativas, se ven en puntos tan apartados que podía decirse con verdad que un mismo pincel lós dibujó.

Encontrar la clave es el gran secreto y el estudio que ellas demandan.

Las pinturas de la figura 10ª son de la tribu de los tolombones, que semejan á una cuadrilla de indios armados, con la cabeza cubierta hasta más de medio cuerpo. Probablemente representan alguna de las posiciones que tomaron en los últimos combates con los conquistadores, cubriendose con pieles de llamas ó guanacos, creyendo de este modo evitar el golpe mortífero de las balas, como lo hacían para con el de las flechas

Hemos notado que las pinturas se encuentran con más profusión en las cercanías de los adoratorios, y especialmente en los muros de piedra de estos, con las que se decoraban sus paredes. Creemos que todas ellas deben guardar íntima

---

(1) Número 8508, correspondiente al 3 de Agosto de 1897.

relación con el fin á que son destinados esos lugares, particularmente con la representación de los dioses, á quienes se les ofrecían sacrificios.

Para hacer un estudio detenido de las pinturas y petrografías calchaquinas, y de cuanto merece conocerse de lo que ha dejado esta raza, estudiando con seriedad los lugares que habitó, no

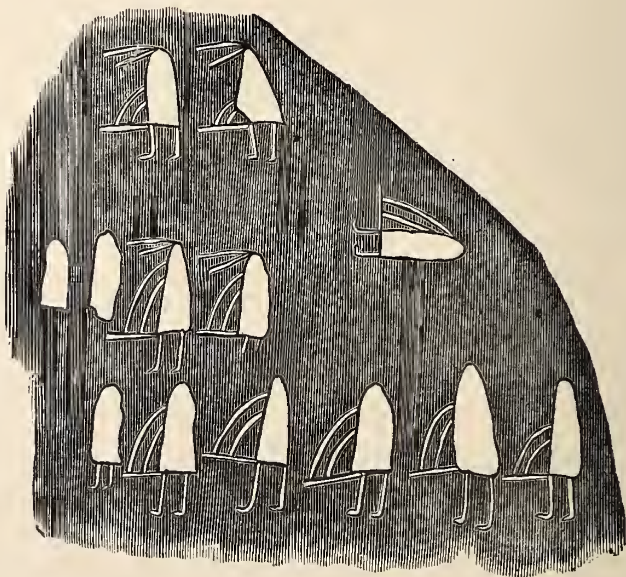


Fig. 10

bastarán seis meses consecutivos dedicados á este solo objeto.

Hé aquí por que este escrito ofrecerá vacíos, á pesar nuestro, por no poder disponer de todos nuestros momentos.

En el mismo lugar de las Flechas que hemos mencionado en el capítulo anterior, en la már-

gen opuesta del río que corre por allí, se encuentra el adoratorio que tenían los indígenas de esa parte para sus cultos y sacrificios, hallándose las paredes llenas de excelentes pinturas, las mismas que se ven con no menos profusión entre las petrografias y separadamente en diversos peñascos de las cercanías.

La brevedad con que escribimos nos priva de copiarlas, como tantas otras de que no hacemos mención.

CAPÍTULO VII

RELIGIÓN Y CREENCIAS

SUMARIO:—La idolatría antes de J. C.—El Politeismo.—Un Fetiche petrificado.—Culto del Sol y de la Luna.—Creencias y dioses.—Teogonía calchaquina.—La Astrolatría.—Adolatorios primitivos.—Dioses Conopas y Guasicamayoc.—Sus categorías.—Divinidades Egipcias, Fenicias, Griegas y Romanas.—Mamasaras y Guazas.—Manifestaciones de culto.—Otros dioses.—Caclla.—Pachacamac y Pachamama.—Culto á la tierra.—Ex-votos y Deprecación.—Estrellas fijas.—Culto al diablo.—La serpiente.—Espíritu supersticioso.—Restos de paganismo.

Es frase de Bossuet que el mundo no ha sido más que un vasto templo de ídolos: *todo era Dios, excepto el mismo Dios.*

Tan grande y dilatado era el reinado de la idolatría antes de Jesucristo, que la expresión del sabio Obispo de Meaux es la palabra genuina de la verdad.

La raza calchaquina en su segregación de las tribus cuzqueñas quechuas, había traído sus creencias y sus dioses, y es tal vez lo único que ha conservado con religioso cuidado.

No tenía un culto fijo: profesaba el politeismo, ó sea la admisión de la pluralidad de dioses, yendo por este motivo á abrazar los errores más groseros y á abandonarse á las aberraciones más insensatas de su espíritu, como todos los pueblos

gentiles no iluminados por la luz del Evangelio del Salvador de la humanidad, Jesucristo.

Idólatra desde su origen, conservó todas las supersticiones, puede decirse, inventadas por el paganismo en que ha sido tan fecundo.

Ni el deforme y monstruoso fetiche faltaba en



Fig. 11

la gran lista de sus dioses, en el culto que tributó divinizando las cosas insensibles, la materia.

Fabricaba sus divinidades en barro cocido, piedras, palos ó en cualquier otra materia.

Nosotros poseemos un fetiche de barro cocido, ya petrificado, lo que prueba á parte de su antigüedad, sino que esta se remonta, por lo menos,

al siglo XVI, época en que se establecieron las misiones religiosas en esta región.

En efecto, la primera medida del misionero, al tomar posesión de su puesto, era ordenar la destrucción de los ídolos, y los naturales, en el caso del fetiche de que hablamos, prefirieron enterrarlo, antes que cometer un acto que para ellos constituía una profanación.

Una casualidad nos le hizo encontrar el día 27 de Junio del corriente año de 1897, en la choza de un indio, quien el dia anterior lo había desenterrado, con motivo de un trabajo de agricultura. Mide 20 centímetros de alto; debía pertenecer á la categoría de los dioses caseros, de entre las divisiones que formaban sus divinidades. Véase la figura 11ª.

El culto que tributaba al sol y la luna, solo debió comenzar después del sometimiento de esta raza á la dinastía incásica, por que era regla general observada por los monarcas incas, de imponer su religión, ante todo, á las tribus que reconocían su dominio y dependencia, ya por razón de conquista, ó de voluntaria sumisión.

Igual cosa debe decirse del rayo, del trueno, de las estrellas, que se consideraban también en la categoría de dioses, como una emanación del Sol.

La raza calchaquina preexistente á la formación del imperio de los incas, dirémos dos mil años (?), debió cultivar desde su primera época, únicamente las creencias de los dioses que trajo de las tribus de donde se desmembró, y las que siglos después, ella mismo forjó en su espíritu supersticioso.

Es sabido que las tribus quechuas cuzqueñas no cultivaron el culto del sol antes de la dinastía, sino qué fué impuesto por esta.

La teogonia calchaquina admitía, pues, todo género de dioses, y el sol vino á ocupar la primera categoría de monarca entre todos ellos.

La preocupación que ha absorbido á todos los pueblos gentiles ha sido una misma, en este sentido, dice Bergier.

Para el salvaje, aún los seres inanimados estaban dotados de un genio ó espíritu superior, capaz de hacer el bien y el mal, y de aquí el culto á los montes, árboles y fuentes, á los astros y á cuanto podía concebir su ignorancia, como soberanos de la naturaleza y de los hombres.

Los seres animados revestían igual poder.

Así vemos que Menfis adoraba al buey Apis, Heliópolis al buey Mnevis, Mendes á la cabra, Tebas á la comadreja, Troades al ratón, Meris al cocodrilo, Leontópolis al león, y Licópolis al lobo.

La astrolatría, con todo, ha sido un culto muy general, especialmente en los pueblos del Oriente. El historiador Eusebio dice á este propósito que: «los egipcios y los fenicios *fueron los primeros* en conceder la divinidad al sol, la luna y demás astros, considerándolos como únicas causas ó agentes de producción y destrucción.»

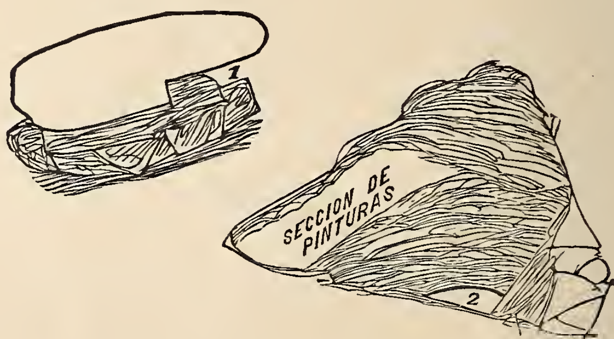
Los adoratorios que, al través de los siglos, aún se conservan en grutas formadas por la misma naturaleza con enormes peñascos, ó fabricados por los mismos indígenas, son preciosos monumentos aunque de rústicas formas y de ningún valor por su aspecto; pero sí por los restos de pinturas que se conservan adheridas á los muros, que ilustran su historia y la unen con las historias de todos los pueblos desde las primeras edades del mundo.

Hemos visto estos adoratorios, y dos de ellos están sobre la vertiente occidental de la montaña, frente á Cafayate.

El primero, más pequeño, se halla á pocos pasos de una antigua población indígena y numerosa que supo allí existir. Hoy se llama San Isidro ese lugar. Véase la figura 12.

Una gran piedra plana, como de tres metros de largo, por dos de ancho, sobrepuesta sobre otra no menos grande, forma un intermedio de espacio cuadrado, como de un metro de alto; la parte interior perfectamente resguardada de la acción del tiempo se halla cubierta de pinturas, la mayor parte informes.

El segundo, un poco más distante, está formado de un enorme peñasco, hueco por el interior; mide más de veinte metros de largo por diez de



Figs. 12 y 13—1. 2. Puertas de entrada

ancho. Aquello es un verdadero salón al natural, con una pequeña entrada que apenas cabe un hombre, y un agujero en algún punto superior, para respiradero. Figura 13.

Un amigo nuestro que nos acompañaba penetró y registró ligeramente sus rincones con la escasa luz del fósforo, que apenas ardía por la falta de aire.

La parte izquierda de la puerta está llena de pinturas.

Damos la reproducción de estos adoratorios en las figuras antedichas.

Participando, como llevamos dicho, la raza calchaquina, de los ritos gentílicos de sus antepasados, tenía como aquellos sus dioses Lares y Penates, que denominaban *Conopas*, Dios individual, y *Guasicamayoc*, dueño de casa.

El individuo en particular, como la casa de una familia indígena, estaban bajo el amparo y la protección de un dios especial, á quien según las circunstancias, debía recurrirse por su ayuda.

La raza calchaquina, en este órden, aunque había degenerado un tanto en disminuir el número de sus divinidades, su teogonía conservó la fisonomía mitológica de los antiguos pueblos en la multiplicación y variedad asombrosa de dioses, divididos en primera, segunda y tercera categorías.

Los egipcios llegaron á colocar en sus templos hasta dos mil y quinientas divinidades; los fenicios no eran menos fecundos; Grecia y Roma heredaron los dioses de aquellos pueblos, se apropiaron de mucha parte de su mitología y formaron una particular propia; por manera que había un dios para cualquier cosa.

Los calchaquies, además del dios particular para cada individuo y del que debía cuidar la casa, tenían dioses para las sementeras, cosechas, aumento de estas; para conjurar las plagas, enfermedades; para las guerras, sin exceptuar el culto á satanàs, y muchos otros.

Entre ellos, se llamaban *Mamasaras* á unas piedras labradas y perfectamente pulimentadas, que se colocaban en medio de las sementeras para que tuvieran agua oportuna y abundante, atribuyéndoseles virtud especial para producir la lluvia.

A otras piedras largas, colocadas también en los mismos sembradíos, á la puerta de entrada, se las llamaba *Guazas;* debían estar un poco inclinadas, y eran consideradas como el señor pro-

tector que tomaba á su cargo el aumento de la cosecha.

Cuando el año era propicio, los maizales producían abundante fruto y la algarroba cubría los montes, entonces las cosechas se celebraban con danzas y regocijos públicos, al son de un tamboríl; las mamasaras y guazas recibían cultos especiales en los adoratorios, ó bien eran conducidas á las *guacas*, donde enterraban sus muertos, para ofrecerles allí sacrificios, tiñéndolas con sangre de conejo silvestre, llamado *Cui*.

Las manifestaciones de culto externo se significaban por convites generales, entonándose cantos supersticiosos, mezclados con danzas y saltos extravagantes, á los que seguían las ofrendas y los sacrificios: con ello se aplacaba la ira de los dioses y se los volvía propicios, según el propósito ó intención del sacrificio.

El indígena calchaquí, además encontraba dioses á cada paso, lo mismo en los peñascos de sus sierras, en las cascadas de los ríos, como en las montañas y asperezas de sus quebradas, porque el fanatismo dominante supersticioso de que estaba impregnado su espíritu, le hacía forjar divinidades imajinarias en cada objeto que podía tocar con sus manos, para gozar de su protección y ponerse al abrigo de su poder.

El *Caclla*, rostro ó mejilla, era un pequeño ídolo, cuya imágen se la formaba en barro que luego se cocía al fuego; no pasaba de seis á diez centímetros su tamaño, porque siendo de la categoría de los dioses individuales, debía llevarse consigo, como preservativo contra todo género de males.

Entre las ruinas de las posesiones de los angastacos se ha encontrado una planchita de cobre de 15 centímetros cuadrados, más ó menos, con un lagarto cincelado en el centro; en cada ángulo de la plancha había un agujero y otros más en

diversas partes, que correspondían á la posición ó lugar como se quisiera llevarla en el cuerpo.

Las personas principales de las tribus cargaban estos amuletos de mayor valor artístico, en cuanto podían disponer de algún pedazo de metal. Tan grande confianza se tenia en ellos, que no había mejor blindaje contra los estragos de las epidemias y de cualquier otro género de males y enfermedades.

No hay tradición que se rindiera culto al *Pachacamac* de los peruanos, tenido como el padre de todas las cosas. A no ser que la *Pachamama*, madre tierra, sea una corrupción de aquel vocablo, porque á ésta se le guardaban los honores de dios por los alimentos ó frutos que produce; sin embargo que puede considerársele también como diosa madre, de segundo órden, á diferencia del Pachacamac, que era el dios padre omnipotente.

Hoy en dia el indio descendiente llama todavía á la tierra Pachamama. Allá en sus soledades, cuando viaja, ó si por algún motivo se reune con sus amigos, para apurar un sorbo de aguardiente y masticar unas cuantas onzas de coca, todavía asoma á sus labios la invocación de sus antepasados: descúbrese reverentemente, esparce algunas hojas y derrama las primeras gotas de alcohol acompañadas de palabras apropiadas, como una manifestación reverente de culto hácia ella.

Para las ofrendas ó sacrificios públicos se buscaba al indio agorero, adivino ó consultor: este, haciendo las veces de sacerdote, ofrecía los dones á la divinidad, en estos ó parecidos términos:

«Señor, aquí vengo y te traigo estas cosas (chicha de maíz ó de habas, coca, alguna llama ó cuyes), que te ofrecen tus hijos y tus criaturas: recíbelas y no estés enojado, y dadles vida y bue-

nas chacaras». Terminado el ofrecimiento se derramaba delante del ídolo lo que era líquido, y lo que no, se consumía por el fuego, ó se soplaba, como la coca.

Por de contado, semejante acto jamás se practicaba en silencio: gritos descompasados partían de la multitud espectante, con exclamaciones de ser un dios bienhechor y lleno de poder. Los que no podian permanecer arrodillados en actitud de adoración al ídolo, levantaban la mano izquierda, pues esta acción equivalía á cualquier manifestación de culto.

En las estrellas fijas, por ser las más relumbrantes, se creía ver á los grandes hombres, jefes principales, caciques ó curacas de las tribus transformados en esos astros, á donde iban al morir, esperando ser ayudados desde allí, especialmente en sus grandes aprietos por motivos de combates y de guerras.

El culto al diablo estaba sumamente arraigado en la raza calchaquina. En las grandes empresas, en los negocios árduos era el oráculo favorito para la consulta, en cuya honra se hacían solemnes sacrificios y votos, acompañados de bailes y borracheras, que rayaban en delirio.

La declaración de guerra, sus preparativos, un ataque al enemigo, una victoria alcanzada, los momentos de entusiasmo y expansión eran circircunstancias muy oportunas para los cultos luciferinos, como cualquier otra coyuntura, aunque fuera de menor importancia.

Como en todos los pueblos gentiles, el culto al diablo se extendía y cultivaba lo mismo en calchaquí que en las tribus peruanas, de una manera tan familiar á la vez que llena de confianza.

El culto á la serpiente, compañero del luciferino, parece estaba en menos práctica en esta parte del nuevo mundo que en Méjico y la América del Norte; no obstante, se hallan algunos ves-

tigios de pinturas de este dios en los adoratorios.

En la población de las tribus quilmes es en donde más se ven, en las rocas próximas, esculpidas diversas formas de serpientes.

El espíritu supersticioso dominante en la raza calchaquina, después de tres siglos de su conquista, aún persevera, si bien con formas más atenuantes, en el indio originario actual que habita en las montañas de sus antepasados.

Muchas son las reliquias que aún quedan por extirparse, sin que sea dado concluir con ellas, por mayor empeño que se ponga, por el arraigamiento de prácticas que se apoyan en la rusticidad semisalvaje de esos habitantes.

Necesitárase medio siglo más, hasta que la civilización penetre con luces más profundas, para que se borren estos últimos rastros de barbarie.

El ministerio que ejercemos nos pone en contacto contínuo con toda clase de gente, y hemos podido ver hasta donde llegan esos restos de superstición y salvajismo dejenerados.

Cuando encontramos el fetiche de que hablames en otra parte, lo sacamos de un pequeño nicho de guardar imágenes sagradas, entre las cuales habia sido colocado; preguntando la causa de haber sido puesto allí, se nos contestó por que debía ser algún santo ó cosa sagrada. Es así como instintivamente el indio se deja arrastrar del espíritu que lo informa, y manifiesta lo que hay en el fondo de sus sentimientos.

Las enfermedades largas, los males crónicos, cuyas causas explica la medicina con claridad absoluta, son, según el criterio de esta clase de gente, señales inequívocas que ha dejado la mano de alguna bruja ó hechicera.

No acabaríamos de relatar cuanta creencia se tiene sobre esto, y hechos que parecen inverosímiles que puedan concebirse, y sin embargo tienen numerosos secuaces.

Fáciles para tomar agüero de cualquier nimiedad, déjanse arrastrar con el entusiasmo más supersticioso á semejantes patrañas.

Son huellas gentílicas que ha dejado el antiguo paganismo, cuyas raíces las echó tan profundas en el espíritu de esta raza, que en sus descendientes ha hecho carne y sangre con la carne y sangre de sus antepasados.

CAPÍTULO VIII

USOS Y COSTUMBRES

SUMARIO: — Tribus antropófagas. — Percance del Virrey Toledo. — Vida frugal de la raza Calchaquina. — Hábitos de trabajo. — Bebidas. — Borracheras. — Hogar. — Poligamia. — Infidelidad. — Moral. — Vestidos. — Arreglo personal. — Pinturas. — Casa. — Ciudades. — Costumbres nómades. — Carácter guerrero. — Armas. — Guerras. — Táctica. — Tratados de alianza. — Veneno en las armas. — Gobierno. — Sistema decimal. — Música y canto. — Entierros. — Comida para los muertos. — Lavatorio. — Purificación del espíritu. — Matrimonios. — Vida futura. — Inmortalidad del alma. — Apoteosis de los principales hombres.

La raza Calchaquina aunque dominada por instintos saguinarios como salvaje, no ha sido antropófaga.

Muchas otras, y entre ellas las tribus chiriguanas se distinguían, al decir de Garcilaso, como gente sin ley ni gobierno, que pasaban una vida peor que bestias, sin tener villas ni casas, haciendo guerra á las provincias vecinas para comerse los prisioneros, sin respetar ni edad ni sexo; bebían la sangre de los que degollaban y se comían á sus propios parientes cuando morían, enterrando después con gran sentimiento los huesos en las aberturas de las rocas y de los árbo-

les, como también tenían unión ilícita con las hijas, hermanas y madres (1).

No fué poco susto el que se llevó el Virrey del Perú, D. Francisco de Toledo en 1572, cuando tentó personalmente sujetar estas tribus. Derrotado y obligado á tomar la fuga, apenas pudo salvarse sobre las espaldas de sus soldados, de los afilados dientes de los indios chiriguanos que le seguían con grandes alaridos y gritos, apostrofando á los soldados de cobardes. *Dejad*, decían, *cobardes á ese viejo chocho que llevais metido en esa canasta*, y *vereis como nos lo comemos todo vivo.*

Menos feroz en sus costumbres la raza calchaquina, en lo general había adoptado una vida frugal.

Se alimentaba de la caza, de carne de guanaco ó llama, especialmente después de las fiestas públicas en los sacrificios á los dioses, en que se repartía esta última; de *cui* ó conejo silvestre, muy abundante en esta región.

El maíz, ante todo, formaba su principal alimento, ya tierno, en *choclo*, tostado al fuego en *ccallana* para *ancua;* triturado ó hecho harina se hacia el *zancu.*

La algarroba se preparaba de diferentes maneras: fermentada se la tomaba como bebida; de la harina se hacían unos panes cocidos al fuego, llamados *patay*; mojada y humedecida con agua quedaba en *añacpa*; pero el uso general era tomarla al natural, especialmente al comenzar á madurar, ó cuando había llegado á su completa sazón.

Nosotros creemos que el indio calchaquí no debía tener una afición decidida por el cultivo de la tierra, dada la falta de actividad en el na-

---

(1) Citado por Moreri, tomo III.

tural de estos lugares, dominado siempre por una inacción y pereza, que son los dolores de cabeza del patrón; por el contrario, esta clase de trabajos debía de correr á cargo de la mujer, mientras el hombre pasaba el tiempo en correrías y ociosidades.

Del maíz y de la haba se fabricaban bebidas fermentadas, llamadas chicha, cuyo uso se ha perpetuado hasta los tiempos presentes, especialmente del primero, y con los que se entregaban á borracheras y bacanales interminables.

Cada vez que se preparaban estas sustancias había motivos para reuniones y convites entre las familias indígenas, reuniones que no cesaban sino con la última gota de licor que se apuraba, para ir á continuarlas en la vecindad, por igual causa.

La borrachera ha sido una de sus pasiones dominantes, y tan grande la afición á la bebida que parecía estar ya en la sangre que se trasmitía de padres á hijos y mujeres.

Los misioneros habían hecho prodigios en dominar la rusticidad salvaje, en convertir á la fé católica á una raza indómita, pero nunca pudieron quitarle semejante vicio: ya se vé, el ejemplo constituye las costumbres que se heredan á manera de usos sagrados, y los vicios y las degraciones se copiaban al pie de la letra, como enseñanzas recibidas de sus mayores.

Tenía muy vagas nociones en la constitución de la familia; pero llegaba á formarla aunque de una manera siempre salvaje, á su modo, con libertad é independencia absolutas.

La poligamia no estaba admitida en lo general, tal vez por lo oneroso para sostener más de una mujer y no verse obligado el indio á trabajar para proporcionarse los medios de subsistencia, dadas su pesadéz é inacción; los caciques creemos serían los únicos en permitirse tal licencia, siguiendo las costumbres de sus aborígenes.

La infidelidad se ha considerado siempre como un delito y se la castigaba severamente en la mujer; como pena benigna podía repudiarse simplemente, pero daba pleno derecho al ofendido á la muerte de la parte delincuente.

Aunque el paganismo trae el desorden más completo en las costumbres, no tiene fuerza bastante para ahogar el sentimiento de la moral primitiva, que nace espontáneamente de la ley natural.

Así, al través de una naturaleza degradada, y en medio de los errores más groseros, sobrenadan ciertos tintes de moral que se conservan y permanecen con la misma existencia humana.

Los vestidos se los fabricaban de lana de llama ó guanaco, muy abundantes aún todavía en las montañas occidentales, haciendo de ella una especie de tela con que se cubrían el cuerpo, en forma de una corta túnica, ceñida á la cintura.

El cabello cortado sobre la frente, á manera de flequillo ó echado todo para atrás, era apretado con una *huincha*, faja de cuero ó lana, cayendo sobre las espaldas trenzado ó suelto, como mejor convenía.

El P. Techo dice que los principales de las tribus se adornaban con un orbe de plata ó bronce.

Pintábanse las piernas, brazos y cara con diferentes colores, y aún todo cuanto quedaba descubierto.

La mujer tenía el largo afán de aderezar al marido, en cuyo *toillet* empleaba largas horas, además de las necesarias para el propio.

La pintura tenía un triple objeto de conveniencia: seguir el uso general de las tribus salvajes, que la consideraban un adorno propio de hombres y mujeres; transformar el rostro y aspecto general del cuerpo para aparecer más feos, como medio de inspirar temor para acobardar

al enemigo; y hacer resistente la piel para soportar la intemperie de frío y calor.

Grandes aros se colgaban de las orejas y se aplicaban unos brazaletes un poco más arriba de la muñeca de las manos: estos brazaletes generalmente confeccionados de conchitas y caracoles pequeños, fueron reemplazados por láminas de cobre, con que se cubrían los brazos en el tiempo de la conquista de los españoles, cuyo brazal imitaron con ellas, como defensivo en sus guerras, y continuaron usándolos de adorno para sus personas en tiempo de paz.

La casa habitación formada de piedra, á manera de corral, de poca altura, se dividía en pequeñas celdas, que apenas daban cabida á una ó dos personas; ó se construían aisladamente pequeñas *pircas* con su cobertizo de *pichana* sobre vigas de cardón que les daba un aspecto de verdadero tugurio.

Algunas tribus, como la de los angastacos y quilmes, llegaron á fundar una especie de ciudad con sus estrechas callejuelas, pero muy informe por el local que se escojía, los descensos de las montañas; nunca se fabricaban en lo plano.

La de Pucarilla sobre las cabeceras del Río de Angastaco, tiene más ó menos el mismo tipo de la edificación usual entre ellas como la de quilmes, las mismas *pircas*, sin que se destaque cosa alguna notable en el largo trayecto que ocupan de dos, tres y más kilómetros de extensión.

La población indígena de Cafayate fué muy numerosa también por los vestigios que bordan la vertiente de la sierra occidental, sin obedecer á método y forma alguna de ciudad.

Se ha dicho que la raza calchaquina ó las tribus que poblaron el Valle Calchaquí, eran nómades, pero creemos lo contrario, ya por el indicio que nos dejan sus conatos de ciudades, cuanto por la diversidad de nombres con que bautiza-

ron sus residencias todas las parcialidades calchaquinas que se han trasmitido como propios y fijos de sus primitivos moradores hasta los tiempos de la conquista. Y el Valle Calchaquí no es de aquellos que se prestan á cambios de localidades para mejorar, porque fuera de las quebradas y sus contornos, donde se posesionaron las primitivas tribus, por la facilidad de encontrar agua, lo demás del terreno es completamente inhabitable por la escaséz de aquel elemento y la completa aridéz del suelo.

Las tribus calchaquinas amaban con pasión sus montañas, el suelo aspero que les vió nacer; no consta que hubiesen abandonado sus hogares, sino cuando subyugadas por la conquista, fueron trasportadas muchas de ellas á diferentes lugares.

En todo tiempo habrían considerado deprimente semejante calificativo; su altivéz indómita manifiesta que solo la fuerza pudo sacarlas de las asperezas de su suelo, de sus antros, para obligarlas á hábitos regulares de paz y de sociabilidad.

Dotadas de un carácter guerrero, su ocupación principal consistía en el adiestramiento de las armas que manejaban, en cuya fabricación debieron emplear la mayor parte de tiempo. El arco y la flecha era su arma favorita, fabricada de palo de guayacan, arbusto muy abundante en el valle de Lerma, de donde se surtían.

Sin los instrumentos adecuados de metal para su pulimento y trabajo, se comprende la obra magna de su fabricación y el tiempo que debía emplearse, valiéndose de instrumentos de huesos y piedras por herramientas, trabajadas también quien sabe como.

Si alguna vez han usado de comercio, la flecha ha sido uno de los artículos de compra-venta, como el más noble y necesario y de difícil cuanto lenta fabricación.

Sus guerras contra la conquista manifiestan hasta donde llevaron su tenacidad de no consentir planta extranjera que las subyugára, arrebatándoseles el suelo que consideraban como dádiva de sus dioses.

Los ataques eran llevados por cuadrillas compactas, acompañados de alaridos atronadores. En los momentos adversos por la superioridad del enemigo, no había más salvación que la fuga y la dispersión, refujiándose en las crestas y altas cumbres de las sierras, en donde construían fortalezas.

La sorpresa sobre el enemigo ha sido uno de los actos de su estrategia militar, y para dar sus malones tenían fechas fijas, rigiéndose por la luna y los astros como los mejores guías para salir victoriosos en sus arremetidas, y acabar con todo con un solo golpe.

Cuando la guerra á iniciarse requería mayor número de tropas, se invitaban las tribus limítrofes, especialmente las diaguitas, á tomar parte, y para ello la aceptación del envío de una flecha por medio de un *chasqui*, correo, por el cacique principal, quedaba constituído de hecho el más solemne tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Los preparativos de guerra tenían un ceremonial larguísimo para enherbolar las flechas con el sumo de la zizaña que llamaban *ccora*, y á la que atribuían la virtud de acobardar á sus enemigos, por más que la experiencia muchas veces los desengañára de lo contrario. La superstición, principal elemento en estas ocasiones, ejercía un papel importante en las ceremonias religiosas y sacrificios ofrecidos á los dioses, para tenerlos propicios.

En la constitución de cada tribu no había más forma de gobierno que cierta subordinación al cacique principal ó curaca de ella, y esto solo

en tiempo de guerra. Por lo demás, como ya lo hemos dicho, había libertad ámplia en todos y para todo, adquiriendo desde niño, puede decirse, el indio salvaje una independencia completa.

Es muy probable que estas tribus en su organización y división hayan guardado el mismo sistema de grupos como las del antiguo Perú, de diez, cincuenta, cien y mil para conocer el número de soldados aptos para la guerra, obedeciendo así en sus formaciones al primitivo sistema decimal de los razas peruanas.

La raza calchaquina, poco aficionada á la música, no ha cultivado esta rama de las bellas artes; tal vez la vida montaráz que absorbía su existencia le quitaba las gratas expanciones de esos sentimientos de belleza armónica, que tanto han cautivado á los pueblos más salvajes del mundo.

Algún rastro, sin embargo, se ha encontrado de que no adolecía de una carencia tan absoluta, por algunas flautas halladas en sus cementerios. Nosotros poseemos una, de tibia humana, que, sin duda, debió alegrar con sus sonidos armónicos los oidos salvajes y suavizar algún tanto sus instintos feroces.

Era inclinada más hácia el canto, acompañado por golpes acompasados de un tamboril de pellejo de llama: la dureza de este sonido se armonizaba más á su rusticidad salvaje.

Su canto monótono y lánguido, cuyos tonos se asemejan á un silabeo, es más ó menos el canto popular que se oye en las montañas, entonado por algún pastor de cabras, ó en las reuniones al derredor de una tinaja de chicha ó de un *noque* de aloja.

Los entierros tenían también su ceremonial especial: los cadáveres se colocaban sentados en las urnas funerarias confeccionadas de barro cocido, que llenaban de pinturas policromas, con

todos los útiles, armas, etc., que pertenecieron al finado; otras veces se construían sepulcros á propósito para tres y cuatro cadáveres á la vez, que eran colocados en la misma posición. Así los hemos visto.

La posición de sentado indica cierta libertad de acción en el finado, que aunque muerto, guarda la postura conveniente para hacer uso de sus armas en un caso dado.

Todos los pueblos salvajes han participado de cierta identidad de costumbres que las han hecho común, lo mismo en la manera de colocar los muertos como en el uso de poner comida para que nada les faltára en el viaje que emprendían.

Hasta hoy se conserva esta costumbre entre los naturales semi-salvajes de las montañas. Y el hecho se explica así:

Después de reducidos á cierto grado de civilización, han unido lo religioso con la superstición: la Iglesia Católica que destina el día dos de Noviembre para sufragios espirituales de todos los fieles difuntos, ellos han agregado los usos heredados, y confeccionan en ese día las mejores comidas para las almas de sus deudos. Las comidas se depositan en lugares apropiados, y constituyen un indicio de buenaventura y alegría en los finados cuando han desaparecido de los platos, y de sufrimiento cuando nó; pero es lo cierto que el festín preparado es una cena exquisita para los perros de la casa de quienes ni se cuidan ni se dan cuenta que ellos se toman el afan de despenar á los finados devorándose á veces con tiestos y todo.

Igual cosa debemos decir de la ceremonia del *lavatorio* que se hace todavía entre los mismos, á los ocho ó quince días de enterrado el muerto, porque todo esto no son sino restos de las abluciones gentílicas en práctica y uso muy común en los pueblos primitivos.

Es la purificación del espíritu lo que simboliza esta práctica, de las manchas que pudo contraer en la tierra: lavando los objetos que le pertenecieron, purificándolos por medio del agua, se purifica también el espíritu y se le aminoran las penas. Es un verdadero sufragio entre ellos.

Todas estas prácticas, aunque van envueltas en un motivo de religión, pero llevan otro fin con que se las hermana: de convertirlas en medios de oportunidad para saciar su intemperancia, que dificilmente se satisface con las bebidas alcohólicas, y formar repugnantes bacanales.

Estos restos que aún se notan, y muchos otros han podido subsistir solo por herencia, recojidos de un salvajismo supersticioso por otro que tiene no pocos puntos de contacto con aquel.

Para la celebración del matrimonio bastaba cierta afición entre hombre y mujer, sin que medie contrato ni promesa en algunas ocasiones; en otras intervenían el agorero y los padres de ambos contrayentes; á veces el acto se acompañaba con promesas mútuas: el hombre de buscar leña, preparar la tierra, etc., y la mujer de no hacer faltar la chicha, amén de las demás ocupaciones que recaían sobre su estado, como de tejer, hilar, etc., etc.

Por esos usos á que nos hemos referido más antes, que ni lo largo de los siglos ha podido borrarlos, vemos que la raza calchaquina creía en una vida futura, y por consiguiente, en la inmortalidad del alma.

Las transmigraciones ó metempsícosis de las curacas en los astros más brillantes, la comida preparada para los muertos, el hecho de poner en los sepulcros toda clase de útiles, sus armas, para que nada faltára en el largo *viaje* de ultratumba; la purificación del espíritu por las abluciones, son pruebas que no dejan duda al respecto.

La raza calchaquina no ha hecho más que seguir esa ley invariable, en este orden, que ha regido á todas las razas, que ha estado encarnada en todos los pueblos y climas, en quienes, por más apartados que se les considere, siempre ha predominado la idea de una divinidad, verdadera ó falsa, que se cierne sobre el resto de los hombres, de donde nace como consecuencia lejítima, esa otra idea que lleva naturalmente á la humanidad á pensar en otra vida que comienza desde las puertas del sepulcro.

La inmortalidad del alma así se destaca con los propios caracteres que ofrece la admisión de una divinidad, como una verdad inconcusa.

La apoteosis de los grandes hombres, el uso de rendirles los honores divinos después de la muerte, son muy antiguos entre los pueblos politeistas, dice Bergier, y jamás se hubieran introducido si se hubiese creído que el hombre muere enteramente.

No cabe duda que la medicina debía ejercerse también entre las tribus indígenas, pero por el sistema admitido de brujerías y *malhechos*. Conocían las hierbas venenosas, especialmente para el enherbolamiento de las flechas, y los antídotos para destruir la misma acción tóxica.

Muchas cosas más podríamos agregar, pero nos concretamos á lo principal que ya queda consignado en las anteriores páginas, por donde se puede discurrir sobre las primitivas costumbres y civilización de esta raza.

CAPÍTULO IX

CONQUISTA MILITAR

Sumario:—Huaina-Capac.—División del Imperio.—Guerra entre Huascar y Atahualpa.—Pizarro.—Causas favorables á éste.—Engaños sufridos por Atahualpa.—Su muerte.—Botin.—Juicio de Gomara.—Nuevo Gobierno.—Diego de Rojas, primer conquistador que vino á Calchaquí.—Su muerte.—Primer Virreinato.—La Gasca.—Núñez de Prado.—Fundación del Barco.—Juan Pérez de Zurita.—Traslación del Barco.—Londres, Cañete y Córdoba de Calchaqui.—Error sobre la ubicación de esta última.—Verdadera situación.—El Valle de Yocavil.—Caida de Zurita.—Asedio de Córdoba.—Prisión de D. Juan Calchaquí.—Su libertad.—Nuevos alzamientos.—Destrucción de Córdoba.—Combates de Castañeda.—Valor heróico de los calchaquies.—Las madres y sus hijos.—Despoblación de Cañete y Londres.—Victorias del Jefe Calchaquino.—Importancia de las ciudades destruidas.—Derrota de Aguirre.—Trégua.—Ramirez de Velasco.—Silpitople.—Pacificación.—Zárate y Mercado.—Nuevos levantamientos y ajustes de paz.—Fundación de San Juan de la Rivera.—Quiñones afianza la paz calchaquina.—Nuevas alteraciones.—Sofocamiento por Cabrera.—Derrota de éste en otros combates.—Crueldades.—Peligro de la Rioja.—Ardor bélico de los calchaquies.—Sus juramentos.—Coronilla.—Temor general.—Auxilios del Virrey del Perú.—Nueva expedición de Cabrera.—Efectos de la superstición en los indígenas.—Traslación de la Rivera á Poman y S. Fernando de Catamarca.—Tréguas de paz.—Mercado de Villacorta.—Último esfuerzo de la tribu de los tolombones.—Su derrota.—Golpe decisivo de Villacorta.—Capitulación de los quilmes.—Su destierro con otras tribus.—Despedida á los dioses.—Pacificación completa.—Las misiones religiosas.

Después que Huaina-Capac, duodécimo monarca de la dinastía incásica, hubo gozado por largo

tiempo, en su apogeo, de los beneficios de sus conquistas y del vasallaje que le rendían los pueblos sometidos por su padre Tupac-Iupanquí, todo el esplendor de su largo reinado vióse de pronto desaparecer, así como la paz y estabilidad del reino.

Al morir dividió el imperio entre sus dos hijos, Huascar, heredero lejítimo del trono, y Atahualpa, hermano solo de padre, de Huascar, pero muy predilecto de Huaina.

La paz fué poco duradera entre los dos nuevos monarcas: luego no más, estalló la guerra por cuestiones de territorio, cuyos desastrosos efectos fueron la consecuencia de la pérdida de los dos imperios.

De ambas partes levantáronse ejércitos formidables, inclinándose primero la suerte de las armas á favor de Huascar.

Reanudadas las hostilidades, la guerra vuelve á encenderse con mayor encarnizamiento, y esta vez Atahualpa quedó dueño del campo con dos espléndidas victorias. Huascar en poder de las tropas de su hermano, no tuvo más medios de acción: Atahualpa tomó la borla roja de los Incas, que equivalía á declararse y ser reconocido por único monarca de todo el antiguo imperio de Huaina-Capac.

La guerra que acababa de terminar fué larga y desastrosa: las faldas del Chimborazo quedaron cubiertas de cadáveres, que hasta muchos años después se veían en grandes montones, los huesos humanos que atestiguaban el ardor bélico con que se combatió por una y otra parte.

Con semejante estado de cosas, el imperio quedó, como es de suponer, sumamente debilitado, aumentándose más este mismo debilitamiento con las sanguinarias represálias que Atahualpa ejerció sobre las poblaciones adictas á Huascar, haciendo matanzas generales, sin perdonar ni á mujeres ni á niños, desde el grande hasta el menor.

Así hallábase el imperio de los hijos del sol, cuando pocos meses antes de la ejecución de Huascar, aparecía con sus huestes Francisco Pizarro, en 1532.

De aquí arranca la primera etapa de la conquista del imperio de los monarcas incas por los españoles.

No queremos repetir las circunstancias que rodearon el desenlace fatal del malogrado Atahualpa.

Juzgue cada uno los hechos con el criterio que quiera; el nuestro está formado, y no es el de los más favorables á Pizarro.

Por una parte, la guerra intestina que hemos mencionado, y por otra, el juicio supersticioso formado por Atahualpa, basado en la respuesta afirmativa de sus dioses, de salir victorioso de los nuevos huéspedes, favorecieron sobremanera los planes de la conquista y fueron la perdición del Inca.

Confiado en la protección de sus dioses, creyóse por el momento invencible; nada hizo para conjurar el peligro que le amenazaba, y confiado también en la lealtad del extranjero, su huésped, vióse envuelto en un doble engaño que acabó juntamente con su vida y con el imperio que cinco siglos antes fundaron y organizaron Manco-Capac y Mama-Ocllo.

La sombra de Atahualpa había contenido por el momento, mientras estuvo con vida, á los conquistadores de caer sobre la presa codiciada, el rico botin que les llevaba el alma, el oro, no obstante que las sumas convenidas por el rescate, pronto comenzaron á llegar.

Apenas rodó su cabeza, el reparto no se hizo esperar, así como las camorras que se sucedieron y el anarquismo que sentó sus reales, y no acabó sino cuando se vió rodar la última cabeza de los aventureros que atentaron contra el imperio y la vida de su monarca.

No hay que reprender, decía el historiador Gomara, á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después; todos acabaron mal.

Sobre los escombros del imperio derruido, levantóse otro trono: los asesinos de Atahualpa, titulándose gobernadores, desaparecieron á su vez en el torbellino de las guerras civiles con que incendiaron el país.

Entonces, una nueva organización emanada directamente de la corte de Carlos V vino á implantarse en esas regiones.

Vaca de Castro, enviado de España con ámplios poderes, sucedió á Pizarro en el gobierno, y fué en esta época que vino desde el Perú el primer conquistador, Diego de Rojas, en 1543, á Calchaquí, y llegó al territorio ocupado por las tribus diaguitas, en donde sentó sus reales en el pueblo del cacique Tucmanahaho por las cercanías de Andalgalá, con trescientos hombres que le acompañaban en la expedición.

El cronista Herrera dice: «Partido Diego de Rojas, pasó los Andes por muy ásperos caminos, y entró en la provincia de Tucumán que tenía cuatro leguas de travesía, y Chicuana.»

Pero la ruta de Diego de Rojas no fué otra que la de Almagro en 1535, cuando salió del Cuzco para Chile, pasando por Charcas y el Valle de Humahuaca hasta Chicoana del Valle de Lerma, y luego por Calchaquí.

Por donde se ve que Rojas, recorriendo las tribus pulares del Valle de Lerma, penetraba por el boquete de las Conchas probablemente á la región calchaquina, recorriéndola en toda su longitud sud.

Rojas, al fin, sucumbe á consecuencia de un flechazo que recibió en la pierna en un encuentro con las tribus capallanes.

Inaugurado el primer virreinato en el Perú por

Blasco Núñez en 1544, apenas llegó á gobernar dos años, sucediéndole D. Pedro de la Gasca.

Compuestos y arreglados por éste, con mano firme, los negocios del Virreinato, extendió su acción de labor en mejorar las condiciones precarias de los pobres indios, y proveer á la conquista y población de estos territorios explorados seis años antes por Rojas.

Como una consecuencia de esto, Juan Núñez de Prado hizo su entrada á Calchaquí en 1550, llegando al mismo pueblo del cacique Tucmanahaho por las huellas frescas que había dejado Rojas, su antecesor.

Diez y seis años habían corrido desde la muerte de Atahualpa, hasta la venida de Prado.

Era la tercera vez que la raza calchaquina veía hollado su suelo por planta extranjera, y esta última ocasión con los visos de una verdadera conquista.

Prado fundó la primera ciudad, que llamó del Barco, en 1550, en la actual provincia de Tucumán, sobre las márgenes del río de Escoba, que después la trasladó á Calchaquí, pero que verdaderamente se ha de entender á territorio diaguita, siendo asolada por los mismos indígenas, en la refundación que hizo Francisco de Aguirre de ella, en el Valle perteneciente á la jurisdicción del cacique Gualan, en 1553.

No pudiendo Aguirre, sucesor de Prado, resistir los asaltos de las tribus calchaquinas que daban contra la ciudad, á fin de no dejarla tomar cuerpo y estabilidad, volvió á levantarla para abrir nuevos cimientos sobre las márgenes del Rio Dulce, llamándola del nombre que actualmente tiene, Santiago del Estero.

Juan Pérez de Zurita había entrado al gobierno del Tucumán en 1558, en cuyo año refunda la ciudad del Barco, con el nombre de Cañete, y trazó los fundamentos de la de Londres en Quinmivil, siempre en las tribus diaguitas.

Ahora le llega su turno á la ciudad de Córdoba de Calchaquí, fundada en el mismo año por Julián Sedeño, en representación de Zurita.

La palabra *calchaquí* ha desorientado á no pocos que han tomado ese vocablo por el *propio valle*, de donde ha resultado el error de ubicar la fundación de la mencionada ciudad en el Valle Calchaquí, conocido y tenido en la actualidad como tal.

Debemos hacer un paréntesis á nuestra narración, para agregar dos palabras sobre esto, á título de rectificación, para salvar la verdad histórica.

Todo el error viene de la confusión anterior indicada por la palabra calchaquí, con la que solo quiso distinguirse la ciudad de Córdoba de las demás, pues era la única que llevaba este nombre originario, no obstante hallarse fundadas las otras tres en el mismo valle calchaquí por extensión.

Según la acepción lata que le da Lozano al Valle Calchaquí, pudo llamarse del mismo modo, Barco de Calchaquí, ó Cañete, ó Londres de Calchaquí, sin embargo de hallarse en territorio diaguita, y *calchaquí* por extensión, como lo hemos dicho, pero de ningún modo en el *propio valle calchaquí*, aunque Lozano, hablando en términos generales, dice que fué fundada en el valle calchaquí.

Ninguno de los historiadores anteriores á Lozano afirma que la fundación de la ciudad de Córdoba de Calchaquí se hizo en el propio *valle calchaquí*, como ni el mismo Lozano lo dice.

Lo que se conoce por Valle Calchaquí y se puede denominar como *propio*, dejamos consignado ya al principio de este escrito, sin que pueda pasarse una línea más allá de sus extremos.

Sedeño fundó, pues, la ciudad de Córdoba de Calchaquí en el territorio de las tribus diaguitas en su comienzo por el norte, continuación del

propio valle calchaquí, por las inmediaciones del actual pueblo de San José del departamento de Santa María, hácia el sud, aunque no á las cuarenta leguas exactas de Londres, calculadas por Lozano.

D. Juan Calchaquí, célebre cacique mandatario de todo este valle, que actuó en la época que se verificaron las fundaciones de las ciudades mencionadas, ejercía pleno ascendiente sobre las tribus diaguitas, como se ve por el consentimiento que otorgó para la fundación de la ciudad de Londres, que todas acataron sumisas.

Para las fundaciones de las ciudades de Cañete y Córdoba, hechas casi conjuntamente, no consta que el jefe calchaquino dió su consentimiento, sino que Zurita las mandó fundar administrativamente, contando con el consentimiento tácito de aquél.

Es, pues, lógico suponer que nunca permitió la fundación de ciudades en su propio territorio.

Por otra parte, al fundarse dichas ciudades, los diaguitas se levantaron protestando con las armas, lo que no hubiera sucedido á hallarse Córdoba en el propio Valle Calchaquí, donde no ejercían autoridad alguna.

Ahora copiamos á Lozano, en corroboración de nuestro aserto.

«En la ciudad de Londres, repartió doce mil indios en encomienda, y con poca diferencia lo mismo en las otras dos ciudades, como que todas crecían, y sus vecinos se prometían toda prosperidad, aunque estas esperanzas calmaron algún tanto, muy á los principios con la *rebelión de los diaguitas*, gente mal hallada con los *nuevos señores*, y que como belicosos se arrestaron á morir ó vencer, por no consentir la fundación de Cañete y Córdoba, que miraban como padrastos de su libertad.»

Inútil es buscar la ciudad de Córdoba por las

inmediaciones de Tolombon, donde la coloca unas veces el Sr. Lafone, ó en el espacio de catorce leguas que media entre este lugar y Angastaco, ó bien según sus afirmaciones últimas, entre Cafayate y San Carlos.

¿Será en Animaná?

Es menos verosímil.

El valle de Yocavil, punto intermedio entre las tribus quilmes calchaquinas por el norte, y las diaguitas por el sud, no abarcaba sino la parte de Santa María, asiento del cacique de Encamana, cuya jurisdicción limitaba por San José, más ó menos, y desde donde se puede ubicar la ciudad de Córdoba, tomándose igualmente inextenso el territorio diaguita hasta este confin.

Por otra parte, D. Juan Calchaquí conservaba muy buena amistad con Zurita; nunca tuvo disgustos con este conquistador, y Zurita le guardó los mismos respetos en todo tiempo.

En esta época, cuando el asedio de Córdoba y Cañete por los diaguitas, Zurita acudió desde Santiago del Estero con tal celeridad, que batiendo á los sitiadores los puso en fuga, y tomó prisionero al cacique Chumbicha de aquellas tribus, hermano de D. Juan, quien consiguió su rescate con promesas de paz por parte de su hermano, que se cumplieron con fidelidad hasta el último día del gobierno de Zurita.

La conquista de la región calchaquina había tomado grandes creces durante la gobernación de Zurita en el Tucumán; á haberse cuntinuado su política de conciliación y de paz, el camino á recorrerse quedaba más corto y menos difícil para los encargados de ella.

La traición de Castañeda que ocasionó la caída de Zurita, trajo nuevos alzamientos de parte de los calchaquíes confederados con los diaguitas.

El gefe calchaquino no tuvo mas miramientos con Castañeda, y mirando el peligro que inspira-

ban las ciudades de absorber los territorios de su región, y el pesado yugo que cargaban los pobres indios con la servidumbre que se les había impuesto, se puso al frente de cuatro mil combatientes, con que sitió la ciudad de Londres.

No pudiendo asolarla por la resistencia vigorosa que encontró, volvió sus armas sobre la ciudad de Córdoba.

El territorio diaguita afortunado con la fundación de cuatro ciudades, fué el teatro de todos los levantamientos y guerras que suscitaron los calchaquies durante un siglo entero.

Trabada la lucha en las cercanas sierras á la ciudad, la victoria quedó por los capitanes Carrizo y Sedeño de Castañeda, con mas el rico botín de la captura del gefe calchaquino.

La fama de este gefe, y el temor consiguiente que inspiraba á los conquistadores, ejercieron tal influencia en el ánimo de los vencedores, que muy luego le otorgaron la libertad, creyendo por este medio tenerle de su parte.

Fué un engaño, porque quien se defiende contra la opresión, quién defiende la integridad de su suelo, el derecho propio de la justicia que salvaguarda los intereses, á la vez, de una comunidad, no puede ni debe abandonar la defensa que clama por su triunfo y responsabiliza individualmente á los que deben afrontarla.

Volvió, pues, á encenderse la guerra, hoy con mas crudeza, y las armas conquistadoras tuvieron una suerte adversa.

Repetidos los encuentros y en las alternativas del combate, Córdoba quedó en poder de los calchaquies en 1562. Asolada y destruida la ciudad, no dejaron piedra sobre piedra, salvándose tan solo seis personas para que pudieran dar testimonio del exterminio y crueldad con que se efectuó la matanza.

El ódio y la venganza encegueció á los natu-

rales de tal modo, que solo así se explica el salvajismo repugnante ejercido en sus torturas.

El suceso favorable á sus armas les hizo cobrar mayor ánimo para poner sitio en seguida á Cañete y Londres.

D. Juan Calchaquí, ébrio de gloria con la victoria y destrucción de Córdoba, había jurado acabar con todas las ciudades españolas en esta región y borrar las huellas de la dominación extranjera.

Castañeda picado en su amor propio por las batidas de los indios y los sucesos favorables á ellos, se preparó á llevarles un ataque certero, librando al efecto una batalla sangrienta en la que logró algunas ventajas.

No faltaron, sin embargo, buenas represálias que tomaron los indígenas en diversas ocasiones y con un valor heróico digno de una raza altiva.

Cuando Castañeda movía su ejército de Calchaquí, para prestar socorro á Cañete, sitiada por los naturales, y abandonada luego por sus moradores que se habían trasladado á la ciudad de Santiago, fué vivamente hostigado por los indígenas, de cuyo valor puede formarse una idea por el siguiente párrafo de Lozano:

«Al querer montar una sierra por donde era paso forzoso, le salieron á disputar la subida trecientos rebeldes, con resolución tan gallarda como arrojada.

Los españoles empezaron á subir ó trepar tan deseosos de ostentar sus bríos, como confiados de quebrantar los del enemigo. Este los recibió muy determinado, sin hacer caso ni de las balas, pero ni de las lanzas, y como brutos desenfrenados se arrojaban á la muerte, sin temor de las heridas. Favoreciólès la ventaja del sitio, y aunque cayeron algunos, hacían fiera resistencia hasta mezclarse con los nuestros, creciendo nuestro peligro y menguando el suyo, por embarazar

la defensa el cuidado de no ofenderse los españoles unos con otros».

Y era todo el grueso del ejército de Castañeda el que se batía con los indios, superior en número y armas y con excelentes oficiales por su valor.

La experiencia adquirida en los contínuos combates, y la necesidad de librarlos en lo llano, enseñó á los gefes indígenas á buscar y rodearse de recursos bélicos, y los crearon también á su modo.

Ni la mujer indígena quedaba sin parte en las guerras, sometiéndose voluntariamente á la dura suerte de las armas: las madres que veían caer á los suyos bajo el plomo mortífero del enemigo, armaban hasta los pequeñuelos, como lo hacían las madres juries, dotadas de indomable bravura, mientras otras corrían en defensa de sus maridos, revestidas igualmente de un coraje espartano.

Así es, como á la vez, manifestaban su valor y el ódio mortal que las animaba contra los conquistadores, cuyo nombre era execrado por el grande y por el pequeño, prefiriendo precipitarse de las alturas, antes de caer rendidas en manos del enemigo.

Londres también fué puesta en asedio.

Turbado Castañeda y sintiendo flaquear sus fuerzas para abordar nuevos combates, desengañado de poder dominar esta raza belicosa, mandó despoblar las ciudades de Cañete y Londres, lo que no dejó de ser un acto de verdadera debilidad y cobardía.

D. Juan Calchaquí, alma de toda la resistencia indígena, después del alejamiento de Zurita del gobierno, auxiliado poderosamente por sus aliados las tribus diaguitas, paseó sus armas triunfantes desde Jocavil hasta Londres.

Cumplió su palabra y sus juramentos, al po nerse al frente de los suyos, haciendo desapa-

recer en un solo año las tres ciudades españolas, volviendo así la libertad é independencia á todas las tribus.

Aquí es de notar que, aunque Córdoba, Cañete y Londres llevaban el pomposo título de ciudades, no podían considerarse sino como fuertes militares para repeler las energías y avances de los indígenas, y proveer de medios mas eficaces para su conquista.

No revestían, pues, la importancia que algunos han pretendido darles, tanto mas cuando ninguna llegó á formarse tomando un aspecto urbano, ni se hizo notar por particularidad alguna que les hubiese dado alguna espectabilidad en su historia.

Castañeda en su derrota pasó á Chile, en 1563, para no tener que habérselas más con los calchaquíes, sucediéndole en la gobernación por segunda vez D. Francisco de Aguirre, al siguiente año.

Este apenas entrado, tuvo sus combates con las tribus indígenas calchaquinas que le pusieron en sérios aprietos, y á no ser circunstancias casuales habría perecido con todo su ejército, á manos de los indígenas.

Un hijo suyo, llamado Valeriano, quiso sentar plaza de valiente y volver por la honra de su padre, escarmentando la altivéz belicosa de esta raza; reunió lo mejor del ejército y salió en persecución de los naturales. La resistencia indígena fué, otra vez heróica, y sus ataques tan certeros que el cadáver de Aguirre quedó tendido en el campo de batalla acribillado de flechas, con una parte no pequeña del ejército; los que pudieron salvar, lo consiguieron por una apretada y vergonzosa fuga.

Las armas indígenas robozaban de júbilo; sus triunfos se celebraban con orgías interminables.

Escarmentados los conquistadores, Francisco de Aguirre no intentó proseguir, por esta parte, sus planes de conquista, corriendo así un gran lapso de tiempo, durante el cual las tribus diaguitas no tuvieron nuevos huéspedes, ni las calchaquinas motivos de vivir sobre las armas.

La guerra, con todo, era indispensable: no teniéndola en el propio suelo, la buscaron fuera de sus dominios.

Así se explican los contínuos asaltos sobre las demás ciudades españolas y las depredaciones á que se vieron sujetas especialmente Salta y Tucumán.

Gonzalo de Abreu que siguió á Aguirre por nombramiento directo de España, aunque interinamente había desempeñado el gobierno D. Gerónimo Luis de Cabrera, después del retiro de Aguirre, manifestó deseos de emprender una nueva campaña contra los calchaquies, pero nunca llegó á efectuarla.

Abreu, que entró con aires de guerra á su gobierno, solo fué para ensañarse contra los pacíficos, como sucedió con Cabrera, que fué su víctima.

A su vez, reemplazado por Hernando de Lerma, le dió su merecido, aunque Lerma la pagó igualmente con creces.

Ramírez de Velasco, el fundador de Jujuy y La Rioja, toma las riendas del gobierno en 1586, después de dos periodos de tiranía por que atravesó la gobernación.

Sus primeras providencias se dirijieron á preparar una entrada á Calchaquí, en donde se habían obrado cambios muy trascendentales en la dirección del gobierno indígena, aunque los propósitos primitivos siempre eran los mismos: de ofender y defenderse.

El cacique Silpitople sucedió á D. Juan, que pagó su tributo á la tierra, después de sus admi-

rables resistencias y proezas en el rudo batallar por la reconquista del suelo pátrio; las primeras tentativas de Silpitople fueron contra la ciudad de Salta, provocando á sus vecinos y á la guarnición militar á librar batalla; pero los esfuerzos de aquellos se reconcentraron tan solo á la defensa. Sin embargo, los daños que ocasionaba cada asalto eran incalculables, y el terror continuado que se apoderaba de los habitantes no debía ser menos.

Entró, pues, Velasco al valle, pero con miras enteramente pacíficas, auxiliado por el jesuita Alonso de Bárcena, como intermediario para proponer la paz á los calchaquíes.

Este medio mas eficáz que cien batallas que se hubiesen librado, produjo los efectos deseados: los calchaquíes depusieron las armas, optaron por la paz y el trabajo, yendo á servir á las ciudades de Tucumán y Salta.

Cuan cierto es como la bondad atrae y desarma, mientras el rigor exaspera los ánimos y los hace intransigentes.

Durante el gobierno de Zárate, sucesor de Velasco en 1593, la paz continuó, si bien fué un gobierno corto, porque en 1595 ya le sucedió don Pedro de Mercado.

Estos cambios tan contínuos en los hombres dirigentes del gobierno del Tucumán, manifestaban cierto malestar en la cosa pública, cambios observados por los indígenas que sabían aprovechar, como buena coyuntura, para nuevos sublevamientos; pero Mercado, con mano firme, supo reprimir á tiempo estos sublevamientos, no dando lugar á que tomáran cuerpo; por consiguiente, se hicieron nuevos ajustes de paz y el tiempo corrió tranquilo mientras el periodo de su gobierno.

Al resignar Mercado el mando, á fines de 1605, en manos de Alonso de la Rivera, los calcha-

quíes promovieron nuevos disturbios, según la costumbre formada, cometiendo iniquidades de todo género; pero Rivera, aleccionado por su antecesor, hizo pronto escarmiento; sofocó la sublevación y mandó ahorcar en el valle de Jocavil á cuatro de los principales promotores.

Apenas entrado al gobierno tomó á pecho la fundación de una nueva ciudad, efectuándola en 1607, en el valle de Londres, que la llamó San Juan de la Rivera. Con ella no hizo sino refundar el primitivo fuerte levantado por Zurita en 1558.

Quiñones le sucedió en 1611, y luego no más tornó sus miras hácia Calchaquí. Su gobierno paternal para con los indígenas dió mayor estabilidad á su sometimiento.

Pero alterada la paz en 1627, con motivo de las imprudencias del gobernador Albornoz, que se recibió en esa época, corrieron nuevos peligros las ciudades de Tucumán y Salta, hasta que Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, sofocó el levantamiento calchaquino; sin embargo de que la sofocación no fué sino momentánea, porque en seguida volvieron á tomar las armas y confederarse todas las tribus.

Esta vez Cabrera fué desgraciado en su empresa: arrollado por las tribus salvajes, cuyo empuje no pudo resistir, se vió obligado á replegarse sobre Londres en San Juan de la Rivera; de allí tomó el camino de La Rioja, juntamente con todos los vecinos de la ciudad asediada, que fueron también á buscar amparo allí.

Crueldades sin nombre se ejercieron sobre los europeos toda vez que llegaban á caer en manos de los indígenas; y la misma ciudad riojana llegó á ponerse en inminente peligro de ser asolada por las tribus.

El ardor bélico habíase retemplado en la raza indígena con los buenos sucesos de sus armas.

Los juramentos mútuos á que se obligaron todas las parcialidades, producían efectos terribles en cada victoria alcanzada; no había mas que una sola aspiración, el exterminio general del nombre de la conquista para volver á gozar de la libertad y paz primitivas, á la sombra de una independencia absoluta.

Un nuevo cacique estaba á la cabeza de los suyos, Coronilla.

El espanto general que se apoderó de toda la gobernación del Tucumán no tuvo límites; debilitada por las contínuas guerra había caído en una especie de postración.

El virrey del Perú acudió en su ayuda, enviando al Fiscal Ulloa, con buena tropa de milicias; pero éste fracasado en sus propósitos, con el pretexto de no querer hacer mayores gravámenes á las reales arcas, regresó en 1637.

Mientras tanto, por el extremo sud, Cabrera repuesto de las batidas anteriores, asoció en su nueva expedición al jesuita Hurtado, para intermediario con los indígenas.

La guerra, vehemente y ardorosa en un principio, de pronto comienza á flaquear en las resistencias y ataques de las tribus.

La superstición había obrado en sus ánimos con mejor éxito que las balas y la fuerza de los empujes del enemigo.

Supersticiosos en extremo habían consultado á los dioses sobre su situación futura: la respuesta fué nada favorable.

Desde esos momentos el ánimo comenzó á decaer; apagóse el ardor bélico, el temor embargó sus energías, y la derrota acabó con todo.

En los primeros encuentros depusieron las armas, pidiendo paz.

Cabrera no tuvo de que quejarse esta vez: llenó sus aspiraciones, alcanzando el triunfo mas completo, ayudado con el arma certera que

penetró en el ánimo de sus enemigos, la superstición.

En seguida volvió sus ojos hácia el pueblo abandonado: trasladólo á Poman, de donde cincuenta años mas tarde, levantóse nuevamente para formar la ciudad de San Fernando de Catamarca.

Duespués de diez años consecutivos, empleados en esta guerra, Cabrera concluyó por un tratado de paz, no sin haber decapitado antes á los dos famosos caciques Coronilla y Chelemin.

Los periodos de gobierno que siguieron, de Avendaño y Negrete, fueron de paz, cultivándola con los calchaquíes con los mas exquisitos cuidados. Mercado de Villacorta entraba en 1655.

Puede decirse que su gobierno fué uno de los mas agitados, ya con motivo de la proclamación de Bohorquez en 1657, de que hablamos en otro lugar, y del alzamiento general de las tribus que siguió á la salida del falso inca del valle Calchaquí.

La tribu de los tolombones quiso probar un esfuerzo último, acometiendo con fiereza contra las tropas de Mercado; peleó valerosamente y dejó teñidas las arenas de los campos con su sangre, pero las armas de la conquista fueron dueñas de la victoria.

Nada le valió, ni su crédito de valerosa entre los calchaquíes, ni el veneno mortífero con que enherboló sus flechas para batirse en los combates de Colalas y Tolombon; ni el ímpetu de sus ataques, ni la bravura de su brazo que no retira el arma por un segundo antes de caer; las tropas enemigas quedaron dueñas del campo, no sin haberlo sembrado también de acribillados cadáveres de los suyos.

Mercado de Villacorta dió por fin en su segundo gobierno del Tucumán el último golpe decisivo á las tribus calchaquinas.

Bajando por la Abra de Tafi cayó sobre la tribu quilmeña, de quién aunque recibió un primer rechazo, pero luego capituló, á pedido de las mujeres y niños indígenas estrechamente sitiadas por hambre por las tropas de Mercado.

Sometida la de los amaichas al propio tiempo, impuso Villacorta la condición de abandonar el valle al lugar que se le designára á las tribus que hubieron capitulado: doscientas familias tomaron el camino del ostracismo, con dirección á Buenos Aires, á donde las confinó; otras tribus, como las de Anguinahao, acalianes, pacciocas, colalaos y tolombones, fueron igualmente trasladadas á diversos lugares, cuyo número no bajaba de once mil personas. Al abandonar sus ásperas sierras celebraron sacrificios de despedida á sus dioses, como si presintieran de haber de dejarlos para siempre, como en efecto sucedió.

Hé aquí como terminó la pacificación y conquista militar de las tribus calchaquinas en 1666, después de un siglo largo de luchas y combates sangrientos.

Las misiones religiosas desempeñaron una parte muy importante en esta conquista; acabaron de perfeccionar la obra civilizando al indígena, abogando por su libertad y sus derechos é infundiéndole hábitos de vida social.

Tratarémos separadamente de esta materia, que complementa el cuadro de la conquista.

CAPÍTULO X

INFLUENCIA DE LA RELIGIÓN EN LA CONQUISTA Y CIVILIZACIÓN DE LA RAZA CALCHAQUINA

SUMARIO:—Necesidad de completar la obra iniciada con el descubrimiento de América.—Aspiraciones de Colón.—Sus propósitos.—La Religión como elemento cooperador.—Beneficios reportados en favor de las ciencias.—Las Ciencias Naturales.—Admiraciones de Colón.—Descripciones de Cantú.—El valor español y el indígena.—Retardo de la conquista.—Primeros sacerdotes.—Sus penurias.—Opiniones de Fregeiro.—Celo de las Ordenes Regulares.—Conducta del Misionero. Primeros trabajos de éste.—Las artes y las ciencias personificadas en el misionero.—Fisonomía de sus reducciones.—El templo.—Iniciación del salvaje en la vida civilizada.—Carácter del indio calchaquí.—Restos y ruinas de antiguas reducciones.—El salvajismo natural no amengua á los estados americanos.

Aunque el descubrimiento de América es un hecho que, por sí solo, inicia y encamina á la misma hácia la vida política, social y científica de las naciones europeas; sin embargo, hacíase nenesaria la intervención de otra causa que acelerára el perfeccionamiento de esta gran obra del intrépido marino genovés, Cristóbal Colón.

¿Cuál es esa causa?

He aquí lo que vamos á exponer.

Cuando nada había de real, cuando las ideas

vagaban en el anchuroso campo de la hipótesis y la duda y la inverosimilidad se manifestaban con sus caracteres y formas más dominantes, una aspiración novilísima flotaba sobre todas las ideas, arrastrada por una corriente de amor hácia Dios: levantar la enseña de la Cruz, desplegar ese estandarte de victoria que lleva consigo la luz radiante de la verdad encerrada en la palabra del Divino Maestro, foco esplendente de claridad eterna, para reunir en torno de ese signo sagrado las humanas generaciones, descarriadas en esta tierra americana, por el apartamiento del conocimiento del Dios verdadero por la abominable valla de la idolatría.

He aquí la grandiosa aspiración de Colón, sostenida con fe viva é inquebrantable, que dejaba escapar de sus labios en la exposición de su inmortal proyecto con relación al descubrimiento de América, á los reyes católicos de España.

El descubrimiento del nuevo mundo si no fué una inspiración de Dios en Colón, tenía por objeto á la misma Divinidad y luego abrir nuevos campos á las ciencias en sus múltiples ramas; enriquecer y ensanchar los conocimientos humanos con nuevos datos; y de aquí que la Religión había cooperado, desde sus comienzos, al sostenimiento de las ideas hipotéticas del atrevido navegante para colocarse más tarde en su puesto de evangelizadora de la raza americana.

La Religión ha ganado sobremanera, y ha tejido sus fragantes coronas para las vírgenes americanas, tan hermosas por sus eximias virtudes; ostenta los hermosos trofeos de gloriosas palmas teñidas en sangre de mártires, y ha patentizado que el gérmen que vive y se desarrolla en el corazón de las grandes almas, no es patrimonio solo de la vieja Europa; que el suelo americano, fecundo y exuberante, produce espíritus tan generosos, tan grandes como aquellos, dispuestos y

preparados para la adquisición de las más bellas y sublimes virtudes en las ciencias profundas del espíritu.

Las ciencias naturales han ganado también.

La Geología ha adquirido nuevos datos para arrancar los secretos de la naturaleza en el estudio de la textura de sus rocas y montañas; de las diferentes capas de la tierra, por donde conocemos que el Nuevo Mundo es tan antiguo como el viejo, y obedece á los mismos períodos de formación.

La Etnografía proyecta mayor luz sobre la existencia de los pueblos antiguos, y compara sus usos y costumbres, sus artes con los últimos alcances de la civilización.

A la arqueología se presentan campos desconocidos para ilustrar las ciencias con otros monumentos é inscripciones que revelan un pasado de páginas elocuentes.

La Botánica háse enriquecido con nuevos tesoros, con nuevas colecciones de plantas, que les da el nombre de originarias de América, formando familias de suyo diferentes entre sí, de las de su mismo reino; la Astronomía, y por fin las ciencias y las artes todas han ganado con el ensanche de los conocimientos en general, y los nuevos caminos que se abrían á las investigaciones científicas.

Cuánto bien ha hecho la Religión con el apoyo ardiente y decidido á la empresa de Colón!

Medio siglo había corrido desde 1492, en que el navegante genovés sentíase embriagado con el perfume que arrojaban las flores de las selvas vírgenes de América; cuando en expresión de Cantú, «el sol del 12 de Octubre alumbró una de las islas más bellas, en cuyos bosques brillaba un verde desconocido; con su magnífica vejetación, sus flores, sus frutos y sus aves que rivalizaban en la brillantéz de sus colores, el gran des-

cubridor exclamaba: «es la más hermosa isla que jamás vieron los ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos ríos; no sé salir de ella, y encantado decía como el pastor de Virgilio: que podía vivir eternamente en ella».

Medio siglo eterno para la raza calchaquina fué aquel lapso de tiempo hasta la entrada de los primeros sacerdotes á esta región en 1550, época en que se inició la primera conquista espiritual.

La espada y el valor español, más de una vez, pusiéronse á prueba en presencia de otro valor y de otra fuerza que no se avasallan por la violencia ultrajante.

Rojas probó este valor, sucumbiendo bajo la acción de la flecha mortífera, como innumerables oficiales y tropas aguerridas que le siguieron en los combates que tuvieron que librar con los naturales, dotados de un empuje indomable.

«La dureza de la fuerza, la fiereza de la espada podían sujetar los cuerpos, dice el historiador Lozano, pero jamás enseñorearse de las voluntades en que sólo impera la blandura amable.»

La Religión habría podido echar profundas raícos, dilatarse la fe con rapidéz y aprovechamiento, y haberse acelerado la conquista y civilización de la raza calchaquina, si la palabra de paz y de clemencia, salida de los labios del sacerdote hubiera encontrado eco en más de una ocasión, entre los encargados de la conquista militar.

Pero las ambiciones desmedidas que engendró la misma conquista en el ánimo de los Adelantados y descubridores, y se apoderó con frenesí en cada uno de ellos; ambiciones que rayaban en un absolutismo de tiranía y crueldad, llegaron á tal punto que no había más ley, más código que una voluntad caprichosa, y una soberbia y un orgullo tan insensatos que ofuscaban toda razón de justicia.

«Y como desde el principio, agrega Lozano,

sintieran pesado el yugo, se fué engendrando en los ánimos bárbaros tal aversión al nombre español que no se pudo conseguir la conversión de los más, y creciendo cada dia los motivos, se llegó la mayor parte á obstinar, de manera en sus errores, que, por miedo de sujetar sus services á la dura servidumbre, no se rindieron á la ley de Cristo, y hasta hoy grandes provincias de esta gobernación niegan rebeldes la entrada á la luz evangélica, y yacen sepultadas en las tinieblas horrorosas del gentilismo.»

Esas grandes provincias son la región calchaquina y de diaguitas que han necesitado un siglo de luchas encarnizadas para deponer su arco de guerra, y entrar en una era de regeneración por las leyes suaves del Cristianismo.

Con Núñez de Prado habían penetrado los primeros sacerdotes: Hernando Gomar y Hernando Diaz, para evangelizar estas tribus, y á los que más tarde se unieron los padres dominicanos Carvajal y Alonso, capellanes del ejército conquistador, que hubiéronse demorado en Talina.

La llegada de estos religiosos á la primera ciudad del Barco sobre las márgenes del Rio de Escoba, hoy provincia de Tucumán, que encontraron ya fundada por Prado, causó extraordinario regocijo en la naciente población.

Podemos imaginarnos las penurias por que han debido atravesar esos apóstoles de Cristo, y los que en los dos siglos que siguieron, fueron sus continuadores, cuando los mismos conquistadores extenuados por el hambre y en completa desnudéz, tenían que recurrir á hacerse vestidos de pieles para soportar los rigores de las estaciones, avergonzados de sí mismos por su situación tan deplorable, como en los tiempos de Diego de Rojas.

«Los misioneros, dice Fregeiro, rivalizaban en celo con los conquistadores por la conversión de

los indígenas, y su sometimiento á la vida regalada de los españoles.

Penetraban en las selvas y en los sitios más apartados; estudiaban el idioma y las costumbres de sus habitantes, y soportaban con admirable firmeza las más horribles privaciones; pereciendo muchos bárbaramente á manos de los indígenas.»

Así vemos que, mientras unos caían bajo el veneno de las flechas de los bárbaros sobre las márgenes del Paraná, otros eran igualmente víctimas en cada punto á donde se internaban desde el Canadá hasta los extremos de la América del Sud, y en las tribus mismas fronterizas con las calchaquinas.

La virtud todo lo soporta, ha dicho el Apóstol, y un misionero que caía de su puesto era reemplazado por otro que debía correr igual suerte en el desempeño de su ministerio.

Pero, *la sangre de los mártires es semilla fecunda de cristianos,* según el dicho de Tertuliano, y, á su tiempo, debían recojerse los frutos que se buscaban fecundados con ese gérmen de vida.

Muchas órdenes religiosas habían tomado parte en la labor evangélica de la catequización de esta raza: las órdenes dominicana, de la Merced, jesuita y franciscana, que rivalizaron en celo inimitable y formaban el gran escuadrón de obreros evangelizadores de la Iglesia del Cristo, sin más armas que la palabra desnuda, sencilla pero elocuente, convertida en arma pederosa por la verdad evangélica que inocula y transforma los corazones; y la Cruz que doblega las frentes altivas y feroces de los salvajes ante las humillaciones del Dios humanado.

La espada no ha civilizado el continente americano, «y si la raza indígena no fué del todo exterminada, dice el historiador Cantú, no se debió ni á la compasión ni al cansancio de los

españoles, sino al cuidado que tuvieron los sacerdotes, á cuyos obispos confiaron las leyes españolas la vigilancia sobre la vida y libertad de los naturales, haciéndoles sus protectores legítimos.»

La historia conserva los nombres esclarecidos de esa falange de hombres, los misioneros católicos, que sacrificaron todo por el bien de sus semejantes, y han pasado á la posteridad orlados de brillante gloria.

«Adonde la avaricia ni las bajas pasiones osaban dejarse ver, en medio de la espesura de bosques inexplorados, rodeados de fieras y reptíles venenosos, sólo Dios veía al franciscano con su tosca túnica y los pies descalzos, ó al jesuita con su gran sombrero, sus negros hábitos, el Crucifijo á la cintura y el brevario bajo el brazo, recorrer aquellos bosques vírgenes, atravesar los pantanos con el agua hasta la cintura, encaramarse á las escarpadas rocas, penetrar en las sangrientas tinieblas de las cuevas y precipicios, expuestos á ser presa de las garras del tigre, de las mordeduras de la serpiente ó de la glotonería del indio que podía creerle una caza apetitosa.

No acostumbrado el salvaje á ver en sus tierras al europeo sino para robar su oro, sus mujeres ó su libertad, admiraba á los misioneros que nada le pedían; admiraba la intrepidéz, como estos hombres desarmados hacían frente á sus amenazas, la constancia con que sufrían los tormentos más exquisitos, y se agrupaban alrededor del sacerdote que apenas sabía una palabra de su dialecto, pero que les enseñaba el cielo y una Cruz.

Allí tiene que someterse al régimen brutal de los indígenas: comer sus viandas de ranas casi crudas, ó de animales chorreando sangre, hasta inspirar confianza en el ánimo del salvaje».

Así ha llegado al puesto que anhelaba: está en el mismo centro del teatro de acción.

Ha reunido á los principales jefes y luego le rodea una población entera, á quienes instruye en los principales misterios de la religión; expone la necesidad de una vida regularizada por costumbres opuestas á las indígenas, y les exhorta á seguir en ella; en el amor á la justicia, en la práctica de la caridad fraternal y á mirar con horror el derramamiento de sangre humana. Cuando la instrucción ha producido el fruto de buena acogida y los neófitos en enseñanzas diarias se han instruido suficientemente, entonces se administraba el bautismo. Los niños forman diferente grupo, y con ellos echa la simiente de la primera escuela que se abre en medio de las selvas; son los cimientos que se unen y entrelazan con la verdad evangélica que inocula en el corazón feróz del salvaje, los primeros principios de la moral cristiana que suaviza la ferocidad de sus instintos.

Ved al jesuita tomar nota, uno por uno, de los vocablos que forman el idioma indígena, el kakano entre los calchaquìes y, á fuerza de estudio, á los pocos dias, comunicarse con los naturales; escribir el A B C de la cartilla en el mismo idioma que enseña las verdades de la Religión.

Es la cabeza dirigente de la tribu, ante quien se ha impuesto por el sacrificio de su gran corazón, que solo derrama ternura y bondad por las almas cuya salvación busca.

Rodeado de sus indios, tiene que enseñarles desde los principios más rudimentarios de la vida doméstica, hasta los más insignificantes y elementales de cualquier trabajo manual.

Es el arquitecto que modifica las habitaciones; el cocinero que cambia los gustos y modera las costumbres salvajes.

Cuánto ingenio necesitaba tener para destruir

el elemento supersticioso que constituye el carácter dominante del indio, y dejarlo convencido y en tono de buena amistad!

El, solo, el misionero representaba todas las artes y todas las ciencias, porque de todas necesita para darles una aplicación práctica.

Convertido en herrero y carpintero, en tejedor para cambiar los vestidos de sus neófitos, cultiva hasta la perfumada flor de las selvas, para adornar la frente de María, que se destaca pura y radiante de belleza en un rincón de la humilde choza.

A la vuelta de un año podemos contemplar un caserío informe pero agrupado, rodeando una blanquecina capilla: es el pueblo que ha formado con su templo para celebrar el augusto misterio de la Cruz, y que una hora después se convierte en salón de lectura y de labores.

Las costumbres se han suavizado, nuevos hábitos han venido á reemplazar á la vida viciosa y haragana del salvaje, destacándose esta con los primeros tintes de una civilización que se inicia, y que ha dado excelentes pruebas de llegar á una refinada cultura.

La experiencia ha demostrado el poder de la Religión sobre el corazón, el carácter, sobre las pasiones, las costumbres, y la historia conserva páginas brillantes de sus triunfos y conquistas, no con el cañón ni la espada que domina y hace alarde de la fuerza bruta que destruye y extermina, sino con las leyes solas del Cristo que cambiaron la faz del mundo, predicadas con la sencilléz evangélica.

En poder de los conquistadores militares, lo repetimos, la raza calchaquina habría desaparecido, y la Religión la salvó; su conquista habría sufrido retardos aun mayores, y su entrada al sendero de la vida social y civilizada mucho más, pero la Religión todo lo aceleró desde que ella lo

tiene como un precepto el *docete omnes gentes* del Cristo, enseñad á todas las naciones de la tierra; y de aquí que sus apóstoles, los intrépidos misioneros, son mártires de la ciencia, de la libertad y de la civilización!

La historia de la civilización y conquista de la raza calchaquina es la misma que la de todas las secciones componentes del territorio sudamericano, por más que sean variados los climas, largas las distancias que las separa, y diversas las personas que han actuado en ellas.

Solo sí que la raza calchaquina era más que indomable en defensa de su territorio y de su independencia, combatiendo sin trégua hasta por el último átomo de su libertad, bien que las vejaciones y crueldades provocadas por ambiciones bastardas, la hicieron más resistente y alargó los años antes de entregarse al poder de la conquista.

Aún quedan todavía montones informes de ruinas y escombros de las antiguas reducciones, como elocuente testimonio de la parte que le cupo desempeñar á la Religión en la conquista y civilización de esta raza.

Ni como americanos ni argentinos tenemos por que avergonzarnos, si un siglo atrás vagaban errantes por las selvas las tribus calchaquinas: la luz de la civilización no había iluminado sus inteligencias; pero, acaso, no es esta la misma historia, los principios por donde comenzaron también las naciones más adelantadas de Europa? ¿La Europa no fué también salvaje?

Y no falta algún historiador, aunque pudiera parecer exagerado, que asegure: que mayor civilización se encontró en muchos estados americanos, que en algunos europeos, en la época de sus conquistas.

Las doctrinas del Cristo regeneraron primero á la Europa; por esto iluminó el suelo americano con los fulgores de su civilización, que marcha hoy

por un mismo camino de perfeccionamiento en las artes y en las letras, en la vida social como en la vida política y religiosa.

En los siguientes capítulos de las misiones religiosas en el Valle Calchaquí, completamos el cuadro que iniciamos en el presente.

CAPÍTULO XI

LAS MISIONES RELIGIOSAS

SUMARIO:—Necesidad de las Misiones —Sacerdotes que penetraron á Calchaquí—Los jesuitas.—Las Ordenes de la Merced y Franciscana.—Primeros Mártires.—Vigor del espíritu cristiano.—Beneficios producidos por el Misionero San Francisco Solano.—Sus trabajos apostólicoso.—El P. Bolaños y el S. Buenaventura.—Sus reducciones.—Catecismo y Arte en Guaraní.—Las cenizas del P. Bolaños.—Necesidad de reconcentrar las misiones.—El P. Páez.—La Congregación de Salta.—El P. Torres.—Poder de la Religión.—Persecuciones á los Misioneros.—Furia salvaje.—Conducta de los conquistadores españoles.—Frutos malogrados.

Con la fundación de las ciudades españolas en las tribus diaguitas, la necesidad era más apremiante de acelerar la conquista por la conversión de los indios al catolicismo.

Para ello no había otro medio más expeditivo que instalar misiones permanentes en el corazón del mismo Valle, aunque á riesgo de la vida de los misioneres que debían evangelizarlas.

No obstante que desde los primeros momentos no faltaron sacerdotes intrépidos, como los Presbísteros Gomar y Díaz, y los Padres Carvajal y Trueno, en 1550, y Fr. Pedro de Cervantes, de la Orden de la Merced, en 1558, que afrontando toda clase de peligros se internaban en sus correrías

evangélicas hasta estas apartadas regiones; pero su acción era tran pasajera que el fruto no correspondía á tanta fatiga y sacrificio, por la falta del cuidado contínuo que requería la simiente arrojada en el corazón del salvaje.

Los misioneros jesuitas habían entrado á la gobernación del Tucuman á fines de 1586, llamados por el primer obispo de la diócesis, á la sazón Fr. Francisco de la Victoria, de la Orden de Predicadores, cuya silla estaba en la ciudad de Santiago, erigida por San Pío V, en 1570.

Cuatro padres vinieron en esa época del Perú, y cinco del Brasil, poderoso contigente que dió vida y movimiento á las grandes tareas apostólicas de aquel Prelado.

No tardaron en diseminarse armados con la Cruz por entre las tribus salvajes. El P. Barcena ganóse á los caciques calchaquinos para una segunda entrada que se prometió verificar, solo, sin la compañia de las armas españolas, pues había entrado con el ejército del Gobernador Ramírez de Velasco.

Las Ordenes de la Merced y Franciscana escalonaban sus sacerdotes, igualmente, desde los confines de La Rioja hasta Calchaquí; su celo producía los actos más heróicos por la conversión de los indígenas, mezclando á la vez la sangre de sus hijos estas dos órdenes, derramada á manos de los bárbaros.

Un padre franciscano en 1595, cuyo nombre no consigna la historia, fué la primera víctima, dirémos, el primer mártir de estas regiones entre los diaguitas, y más tarde los religiosos mercedarios Antonio Torino y Fr. Pablo, que cual semilla fecunda debían producir frutos de una obra acabada y perfecta.

El curso de los tiempos se ha encargado de comprobar esto con el sometimiento completo de toda esta raza belicosa á las leyes del Evangelio,

por la acción fecunda y perseverante del misionero católico.

La fuerza del principio cristiano que dá vigor y movimiento al espíritu del misionero está sobre todo los móviles humanos.

Le vemos lo mismo en el Japón, en la China, en Africa, en el Bósforo, dispuesto á sacrificar su vida para anunciar la verdad á los hombres, como en el Canadá, Perú, Brasil, y entre las feroces tribus de los lules, diaguitas, calchaquíes, humahuacas y del Chaco.

El mundo entero no es más que un vasto escenario donde él ejercita su apostolado por la misión que voluntariamente se ha impuesto.

Desde sus apartadas reducciones, desde las primeras letras con que inicia los rudimentos de una civilización naciente, hasta las escuelas y universidades más renombradas en que ha tomado parte, para ilustrar la inteligencia del natural, se le deben.

El apostol de América, S. Francisco Solano, no pudo ser indiferente en este concierto de predicación y labor evangélicas, que ofrecía á su celo y caridad ancho campo de victorias y triunfos, no menos que de fatigas y sudores.

«Al frente de una tropa de religiosos de su Orden, dice el Dean Funes, que le acompañaron desde el Perú, sembró por todas partes el grano de la palabra evangélica y la hizo fructificar por sus obras y sus milagros».

Evangelizó las tribus diaguitas en sus viajes á la ciudad de La Rioja, dejando huellas patentes de esa corriente de caridad que movía su espíritu, para caminar día y noche, á pié, por entre las selvas y bosques, atravesando desiertos y montañas, y haciendo brotar fuentes de agua cristalina á su paso, para regenerar las almas con el sacramento del bautismo.

Nada le arredra, ni la ferocidad del salvaje que

busca, ni los extensos territorios que recorre. De Lima á la ciudad de San Miguel de Tucumán, de aquí á La Rioja; de La Rioja á Santiago, y luego á Lima, es el itinerario que recorre á pié, sin descanso.

Su primera venida se remonta al año de 1587.

Sus compañeros, los P. P. Luis de Bolaños y Alonso de S. Buenaventura, doctrinaron las tribus guaraníes en Corrientes y Misiones con especialidad.

Algunas de sus reducciones hoy son pueblos florecientes, como si el soplo de caridad que las formó perseverára con el fuego de la palabra viva del misionero.

El P. Bolaños tradujo el catecismo Limense á la lengua guaraní en 1603, impreso en Lima, y del que se sirvieron los misioneros y párrocos más tarde.

Escribió un Arte también en guaraní que, al decir de un biógrafo suyo, «no le dió á la estampa por humildad, dejando para otros la gloria de su trabajo».

Las cenizas mortales de este venerable misionero yacen en el Convento de San Francisco de la ciudad de Buenos Aires, que algún día levantáranse llenos de gloria, cubiertas, como se hallan, con el aroma de sus grandes virtudes, y los sacrificios de una vida que se consumió por amor á Dios y al prójimo.

La línea de misiones ambulantes en diaguitas y calchaquí, abarcaba una zona de más de 1000 kilómetros.

Regularizar estos trabajos, someterlos á un plan combinado y práctico era de primera necesidad.

«Aquaviva, dice Cretineau Joly, seguía desde Roma á todos esos operarios diseminados por el nuevo continente, y aplaudía sus trabajos; pero creyó que era preciso, á fin de darles más fuerza, someterlos á una dirección uniforme.

Esas misiones ambulantes que atravesaban el desierto y que llevaban una civilización pasagera á las extremidades del mundo, no debían dejar más que un recuerdo confuso entre los salvajes. No bastaba á su vez derramar la simiente del Evangelio en una tierra, sino que era preciso hacerla germinar y cultivarla hasta que madure, á fin de que la cosecha fuese más abundante.

El P. Estevan Páez, visitador de las misiones transatlánticas, fué el encargado de poner en práctica los designios del General.

Reunió en Salta (1603), los jesuitas diseminados en el Tucumán, en el Paraguay y en las riberas del Río de la Plata, y todos convinieron en que sus excursiones, necesarias al principio para propagar el nombre de Cristo, y aguerrir á los Padres, no eran ya tan indispensables; y que sin renunciar del todo á ellas, se debía concentrar la acción para que fuese más vigorosa».

Así se hizo.

El P. Diego de Torres, nombrado Provincial del Paraguay y Chile en 1605, trajo un buen contingente de obreros desde Lima, mientras otros desembarcaban en Buenos Aires, puerto central de reunión, para ejecutar y dar mayor amplitud á las medidas adoptadas por la congregación de Salta.

Ardua empresa la del misionero, y solo Dios que forma su corazón y su espíritu, conoce la vida trabajosa y de cotidiano sacrificio que consume lentamente su existencia.

La espada que representa la fuerza, el poder militar, habría sido impotente, como ya lo hemos manifestado, sino hubiese buscado el auxilio de otro poder que subyuga con mayor eficacia; que domina sin derramamiento de sangre y quiebra las mismas armas en bien de la paz y de la concordia: la Religión.

Molestados contínuamente los misioneros, sino

por los nuevos colonizadores que los perseguían, eran por los mismos indígenas que saciaban su venganza con ellos en desagravio de las ofensas que recibían de los encargados de la conquista.

Lozano cuenta la furia salvaje que se apoderó de los indios con motivo de las vejaciones del atolondrado gobernador Albornoz que les hiciera.

«Con increible coraje pusieron fuego á cuantas casas del campo había en la comarca desde el valle calchaqui hasta la cordillera de Chile, saquearon las haciendas, mataron ó exparcieron los ganados, talaron las mieses, y lo que más lastíma el corazón, dieron atrocísimas muertes á cuantos hubieron á las manos, sin perdonar á clérigo ó religioso, y se hallaban á cada paso los cuerpos aspados de inumerables flechas ó hechos horrible pasto de las fieras, y para mayor demostración de su saña en ódio del nombre español, cometieron contra la religión mil sacrílegos desacatos, pegando fuego á los templos, rasgando las sagradas imágenes, escarneciendo las ceremonias santas, y profanando los ornamentos y vasos de la iglesia, danzando en sus fiestas con aquéllos y bebiendo con éstos en los banquetes su inmunda chicha».

Y por lo que hace á las persecuciones contínuas también de los famosos conquistadores, entre otras agrega el mismo historiador.

«Y era el caso, que en cuanto los jesuitas habían perseverado en aquel valle (calchaquí), aunque el fruto en las conversiones de aquellos obstinados idólatras, no correspondía á sus increibles fatigas y sudores, pero conseguía su celo, fuera de los párvulos que bautizaban en peligro de muerte, y algunos adultos, que los demás se mantuviesen quietos y acudiesen á servir á los españoles; pero estos que quisieran á su arbitrio oprimir en el trabajo á aquella gente y tenerla siempre

á su disposición, se quejaban contínuamente de los misioneros y conociendo que el no haberse rebelado los bárbaros todo el tiempo que entre ellos vivieron, dependía principalmente de su asistencia, los calumniaban de contínuo como si ellos fuesen el estorbo de que no pudiesen gozar á su antojo de esta servidumbre, porque los defendían de los agravios y volvían por ellos. Por tanto desearon dichos españoles que esta reducción no corriese por cuenta de los jesuitas y les hicieron tales tratamientos, que concurriendo otras urgentes razones, la Compañía se vió obligada á abandonar el valle y sacar de allí á sus misioneros.

Conocieron presto la falta del bien que no supieron estimar, porque como dueños del campo oprimiesen los encomenderos sin oposición á los mitayos calchaquíes y los afligiesen, no los hallaron tan sufridos como hasta allí habían estado por el celo de los misioneros á quienes los bárbaros, aunque no se convertían, profesaban amor y respeto y por el que les tenían, se mantenían quietos, disimulando su sentimiento».

Por uno ú otro motivo, el hecho es que las misiones sufrían notables retrasos con la separación de los misioneros, que veían así malograrse los frutos de largos años, alcanzados por su constancia y por sus fatigas.

El salvaje volvía á sus antros; viéndose solo sentía renacer sus instintos feroces, y con ellos la guerra y la depredación, su propio salvajismo.

Pero el abnegado misionero, bajo de una forma ú otra, con su admirable constancia es el que al fin, después de luchas y más luchas, ha vencido la inconstancia del indómito salvaje y lo ha incorporado al seno de una sociedad civilizada.

CAPÍTULO XII

MISIÓN DE SANTA MARÍA

SUMARIO.—La Compañia de Jesús funda la primera misión.—Ubicación.—Fuerte español.—Ruinas—Obstáculos á los misioneros.—Conducta de los jesuitas.—Quiñones restablece las Misiones.—Fundaciones de otras.—Abandono de las Misiones —Vejaciones de Albornoz á los indios.—El P. Hurtado y el General Luis de Cabrera.—El P. Torreblanca.—Embajada Calchaquina.—Negrete.—El Obispo Maldonado.—Celada contra su vida.—Bohorquez y Villacorta.—Error y engaños.—Juicio del Obispo.—Plegarias.—Resultados definitivos.—Destrucción de las Misiones.—Persecución á muerte de los misioneros.—Fuga de los P.P. Eugenio y Juan de León.

La Compañía de Jesús, cuerpo de avanzada de la Iglesia Católica, fué la que primero se posesionó en Calchaqui con residencia fija, y fundó la primera mision, de acuerdo con las decisiones de la congregación de Salta, ordenada por el general de la orden, Claudio Aquaviva.

El valle de Yocavil, que comenzaba por Santa María, fué el punto elegido, si bien no precisamente en la población actual de este nombre, sino como á una legua hácia el N. E., protejida por un fuerte de las armas españolas que se levantó para contener las irrupciones de los quilmes y calchaquíes por el norte, y diaguitas por el sud, le servía de defensa al propio tiempo, á la misión existente allí.

En otro tiempo se notaban las ruinas y to-

rreones de este fuerte; hoy no existe más que el lugar denominado «Fuerte quemado», en donde se ha levantado una pequeña población, con que ha querido conservarse tal vez su nombre y el suceso histórico de su destrucción por el fuego, con motivo de la rebelión de Bohorquez, titulado descendiente de la familia de los Incas, contra la dominación de las armas españolas, en reconquista de pretendidos derechos.

Esta misión húbose fundado en los comienzos de 1605, por dos padres jesuitas que vinieron de la ciudad de San Miguel de Tucumán, á donde habíase trasladado toda la comunidad desde Santiago.

Los PP. Dario y Marcelli, vinieron, pues, á poner la primera piedra de la misión, y á proponer la paz á los calchaquíes, como un acto prévio, después de haber recorrido las tribus diaguitas en toda su extensión.

Desgraciadamente, la acción civilizadora del misionero era obstaculizada, en mucho por la avaricia y el sórdido interes de las nuevas colonias de aquellos tiempos.

«Los españoles solo pensaban en enriquecerse, dice Cretineau Joly, y si se ocupaban en civilizar á los bárbaros, era solo para tener operarios más activos, esclavos más inteligentes.»

Los mismos obstáculos que se oponían á los esfuerzos del misionero, inspirados por el bien de los indígenas, y esterilizaban los sacrificios á que se sometía con abnegación admirable, se producían igualmente en el Paraguay, en el Río de la Plata, como en las misiones del Tucumán y calchaquínas. Se quería ocultar los planes y cálculos más odiosos, bajo la elocuencia de la palabra del misionero y remachar las cadenas de una esclavitud degradante, cuando su misión no tenía otro norte que llevar la luz de la verdad, la libertad y la civilización cristiana.

Las protestas surgían aquí como allá; la persecución al misionero entonces revestía todas las odiosidades de que podía echarse mano con el propósito de alejarlo de su puesto.

Esta causa fué el motivo para que á los pocos años de fundada la misión de Santa María en Yocavil,se viese abandonada, y los padres obligados á alejarse por la fuerza antes de asociarse á la perfidia de los colonizadores.

La inflexible firmeza del jesuita que abogaba por los derechos del pobre neófito, cargado de excesivo trabajo y tratado con una crueldad sin medida, venía á estrellarse de contínuo contra los principios establecidos por la conquista.

Cuando Quiñones Osorio, en 1611, llegaba á la gobernación del Tucumán, todas las misiones calchaquinas habían sido abandonadas de cuatro á cinco años antes: la Compañía de Jesús expatriada de Santiago, y casi todas las demás misiones de la gobernación sin sacerdotes.

Indudablemente debía alejarse al misionero para que no fuera testigo de la consumación de actos reprochables.

Pero Quiñones,dotado de sentimientos más elevados y justicieros, concentró sus primeros esfuerzos en restablecer á los jesuitas á su primitiva casa de Santiago, y restituirlos á sus misiones en Calchaquí, entregándoles además la sección de la tribus diaguitas hasta confinar con La Rioja, como las más difíciles de convertirlas.

Comprendía el inmenso bien que reportaba á su gobierno, procurando la paz de los indígenas y su catequización para someterlos á la vida civilizada por la religión del Cristo, y creó nuevas misiones en el territorio de su mando.

Las tribus indígenas que residían en la jurisdicción de Jujuy fueron adjudicadas á la Religión Seráfica, para su conversión, por recomendación especial de Quiñones; misión no menos arriesga-

da y dificultosa que las otras. También el jesuita se lanzó hácia ese campo, con el mismo ardor que los suyos, en Calchaquí.

Apenas Quiñones Osorio bajó de su gobierno, en el cual habían florecido las misiones después de un largo abandono, vuelven á sus alternativas, desgraciadamente: en 1623 los jesuitas las abandonan por las mismas causas que ya hemos apuntado.

Algunos padres de la Merced habían penetrado á Calchaquí, en sustitución de los jesuitas, y llegaron hasta fines de 1627, en que fueron echados por los indígenas, á su vez, en desquite de los agravios inferidos á los caciques calchaquínos, á quienes les mandó azotar y cortarles el cabello el gobernador Albornoz; afrenta que los llenó de cólera y levantaron sus armas con furor diabólico.

El jesuita Hurtado había llegado á penetrar en 1635 á las tribus diaguitas, valido de los respetos que los indígenas prestaban á los miembros de la Compañía, y afianzó más esos respetos con los cuidados espirituales que les prodigó con admirable celo y caridad.

Su presencia se hizo de tal manera necesaria, que el general Luís de Cabrera, en su empeño de llevarlo consigo en la nueva campaña proyectada, no trepidó decir al superior: *que dejaría la jornada si no le acompañaba en ella el P. Hurtado.*

Y el P. Hurtado marchó con la orden del superior.

Más tarde, en 1637, volvieron dos padres al Fuerte del Pantano, en diaguitas, pero sin conseguir fruto alguno.

Las misiones calchaquinas, mientras tanto, recien en 1643 vuelven á ser ocupadas por sus respectivos misioneros: el padre Torreblanca con un compañero en Yocavil, en la misión de Santa

María, perseveró hasta 1650, en que regresó á Santiago con algunos caciques de su reducción, para felicitar al nuevo gobernador Negrete, que se recibía por ese tiempo.

Negrete, hombre de corte, acostumbrado á los recibimientos ceremoniosos, recibió la embajada calchaquina con los honores debidos, siendo tal el ascendiente que ejerció desde el momento sobre el ánimo de los indígenas, y el aprecio que se captó, que habiéndoles ordenado cortarse el pelo y llevarlo como todos los demás cristianos, lo ejecutaron al punto de buen grado, ejemplo que fué imitado por el resto de las tribus calchaquinas en su región.

Aunque tengamos que retrogradar en nuestra narración, cinco años atrás, á 1645, añadirémos que hubo de producirse un hecho muy doloroso en aquel tiempo.

El ilustrísimo Obispo, señor Melchor Maldonado, tan celoso como infatigable en su ministerio pastoral, arrastrado en alas de ese mismo celo corrió desde su Sede en Santiago hacia Calchaquí, juzgando que su presencia aquietaría los ánimos salvajes. Error lamentable.

Llegado al Fuerte del Pantano, con algunos religiosos jesuitas, los indios les tendieron una celada que, por poco, no perece con toda su comitiva, teniendo que regresar inmediatamente hasta ponerse en salvo de la ferocidad indomable de estos salvajes.

Otro suceso tuvo lugar en los últimos años de su gobierno espiscopal, en 1658, que también pudo traer consecuencias peores que las que produjo.

Nos referimos al alzamiento del andaluz Pedro Bohorquez, que hicimos mención al principio de este capítulo.

Engañado don Alonso Mercado de Villacorta, gobernador á la sazón del Tucumán, con pro-

testas fingidas por falso inca, pero más ilusionado con la promesa de hacer pasar á las reales arcas las huacas y tesoros del Inca, secreto que él guardaba y prometía revelarlo; el gobernador dominado ya por el metal, cuyo brillo no le dejaba sosiego, simuló observar precauciones de prudencia, asesorándose con el dictámen del Obispo, aunque no lo tuvo en cuenta porque contrariaba sus inclinaciones ya formadas.

El Dean Funes, hablando de este mismo hecho dice: «Sin las lisonjas que sugiere á las almas serviles el deseo de complacer la credulidad de los que mandan, se opuso este prelado á la pretensión de Bohorquez, fundándose en que llevaba su proyecto todo el carácter de la impostura, y en que siempre reprobaría la prudencia haber expuesto al Estado á nuevas guerras con la introducción de un nuevo Inca, aventurando la paz presente por la asecución de un bien sin esperanza.

Sintió Mercado vivamente este golpe; pero su partido estaba tomado ya, y no era génio que rindiera homenaje al juicio de otros. Aprovechando los momentos partió para Córdoba, la víspera del Corpus, y se puso en Poman, frontera de Calchaquí, donde tenía emplazado á Bohorquez, con otros caciques de su séquito para el ajuste de los artículos de que había de constar este tratado.

Entre tanto, el Obispo Maldonado mandaba interesar al cielo con oraciones públicas, como se acostumbra en los grandes peligros de la patria.»

El prudente juicio del prelado se confirmó con el resultado del error de Villacorta y la impostura del andaluz, si bien este gozó por un momento de sus insignias y del ampuloso título de Inca en sus nuevos dominios desde Salta hasta Calchaquí, y los valles de Conando y Famatina.

Las misiones calchaquinas sufrieron horrible-

mente: el Inca previendo que su impostura no sería reconocida por los misioneros, hizo tabla rasa de ellas.

Mandó destruirlas inmediatamente y perseguir á los misioneros, con órdenes terminantes hasta de matarlos.

Los indios fueron más compasivos porque pudiendo cumplir tal orden, solo se contentaron con tirarles algunos flechazos.

Los padres Eugenio Sancho y Juan de León habían reemplazado al P. Torreblanca y su compañero en Yocavil. Eran las víctimas primeras con que se saciaba su furor. El P. Juan de León recibió un flechazo á su salida.

Zumbando de miedo pudieron llegar á Andalgalá desde donde escribieron las peripecias y peligros á que se vieron expuestos, hasta decir que la salvación de la vida era una verdadero milagro.

Lozano cuenta así la fuga de dichos padres:

«Siendo el padre Juan de León de génio medroso y por otra parte corto de vista, á cada paso se tragaba la muerte, porque es de saber que hay por aquel país unos árboles muy derechos, llamados cardones, esparcidos y divididos á trechos, los cuales le parecían indios que venían siguiéndoles, y avisaba al compañero que ya llegaban á matarlos. Con lo que el padre Eugenio sobre la fatiga del camino y congoja de su fuga, se le añadía el trabajo de haber de desengañarle con la verdad y alentarle.

En dicho valle Calchaquí dice el mismo padre, tuvieron dos reducciones los jesuitas, Santa María y San Carlos; pero cuando el traidor Bohorquez sublevó los indios contra la corona de España, fueron ambos asolados por el tirano.»

La misión de Santa María quedó abandonada esta vez para siempre.

CAPÍTULO XIII

MISIÓN DE SAN CARLOS

Sumario: — Segunda Misión. — Población de los Angastacos. — Pucará y Pucarilla. — Ciudad de D. Juan Galchaquí. — Piedra Pintada. — Ubicación de la Misión. — Descripción del Sr. Ambrosetti. — Ruinas. — Restauración de la Capilla. — Antigüedad de una cruz de madera.

La segunda misión jesuítica estaba fundada á 150 kilómetros al Norte de la Santa María, y siete kilómetros antes de llegar á la desembocadura del Río de Angastaco.

La tribu de este nombre, también muy belicosa, como sus convecinas, residía en este punto, de quien quedan algunos vestigios de ruinas de paredes de piedras de sus covachas, sobre la margen derecha del río que allí se une con el Calchaquí.

Siguiendo el curso de la misma quebrada, hácia sus cabeceras, se da con Pucará, nombre que le viene de otra población ó fortaleza indígena que allí existió; y como á 5 leguas más allá está Pucarilla, asiento del grueso de toda la población de los angastacos. A esta población es á la que nos hemos referido en otro lugar, que había construído una especie de ciudad con sus callejuelas,

terraplenes de diversas longitudes para sembradíos, y otros espacios que semejan á plazas.

La ciudad indígena está situada en una áspera falda, lo que explica los espacios terraplenados para las siembras y otros usos y servidumbre de la población; abarca una extensión considerable.

No es improbable creer que el gran cacique calchaquino, Don Juan, haya tenido por acá su residencia habitual.

La primera población en la desembocadura del río, debió ser un cuerpo de avanzada antes de llegar al Pucará ó fortaleza principal, que ponía á salvo á Pucarilla, de resistencia más débil, por hallarse allí ya la ciudad con la masa total de la población de mujeres y niños.

Este escalonamiento de poblaciones sobre un mismo trayecto no indica otra cosa, sino que esta última, asiento de la ciudad, debía componerse de todas las familias de los jefes principales, en especial de la de Don Juan y de todos sus subalternos. Las guerras eran tan contínuas y largas, y todas ellas en el país de los diaguitas, á más de 40 leguas de distancia, que la población principal debía quedar asegurada de la manera que lo idearon.

Hoy se llama Piedra Pintada el lugar en que se fundó la misión, por las figuras y petroglifos que se encuentran allí.

Su situación no podía ser mejor, levantada sobre una alta meseta en una de las cuencas del Río Calchaquí que forma en esa parte, de donde el misionero dominaba todos los alrededores, especialmente la desembocadura del Angastacos, residencia de la tribu, en previsión de azonadas y otros peligros de los naturales.

El distinguido é ilustrado miembro del Instituto Geográfico Argentino, Sr. Ambrosetti, ha descrito este lugar en su folleto «Las Grutas Pintadas

y los Petroglifos de la Provincia de Salta», aunque sin darse cuenta de que los restos de antiguas ruinas de una capilla allí existente, eran memoria de una misión jesuítica que databa del siglo XVI.

He aquí sus palabras:

«Este paraje, de las Piedras Pintadas, un poco alejado de la costa, se halla formado por una prolongación de la meseta que baja del cerro y que concluye allí en una punta. La meseta está constituída por una masa de rodados mezclados con arena, y se conoce que su orígen se remonta á una época en que el paso de las Flechas se hallaba obstruído, formando un dique de roca que las aguas destruyeron después.

Sobre la punta de la meseta se hallan las ruínas de una capilla de adobes, y dentro de ella, consérvase aún, en un extremo, una antigua cruz de madera.

El sitio no puede ser más pintoresco, y esas pocas ruínas, con sus paredes aún en pié, denotan por los restos de las aberturas que el buen gusto presidió á su construcción».

Una mano piadosa, llevada por sus sentimientos religiosos, ha conservado esta reliquia para la historia, restaurando, aunque grotescamente, con paredes de adobes, el circuito que ocupaba la capilla de la antigua misión jesuítica, y encerró en él la Cruz de la misión, ante la cual iba á doblar la rodilla el indio angastaco, y á dulcificar su corazón con otros sentimientos, inspirados en el gran misterio de amor y confraternidad que ella encierra y predica.

Allí es en donde aprendió á levantar su corazón más allá de la materia que sus ojos veían y sus manos tocaban, á Dios, ó á trasportarse á las cumbres del Gólgota, para adorar el misterio de la redención del hombre por Jesucristo.

Lástima que esas débiles paredes levantadas

para salvar del olvido el recuerdo de ese lugar histórico tengan que desaparecer mañana en aquel solitario sitio y borrarse así esos vestigios de tan alta significación social, religiosa y política.

La misión de San Carlos, fundada por el mismo tiempo que la de Santa María, estuvo á cargo de dos padres jesuitas.

Los PP., viendo que sólo la necesidad pudo internarlos á las Flechas ó Piedra Pintada, como más aparente para el objeto de la misión, no descuidaron de escojer un sitio adecuado para echar los cimientos de una población civilizada, formada por los frutos de la misión: los neófitos que sucesivamente cambiaban sus costumbres por los hábitos sociales de la vida cristiana, venían á vecindarse en la naciente población.

Desde luego se construyó una segunda capilla en el mismo pueblo, como á la mitad de la larga calle de entrada que actualmente tiene, y los padres misioneros hacían por turno, según las necesidades, la atención de la misión ó de los reducidos en el nuevo pueblo.

Hasta 1658 muy poco había progresado, sea porque los recién convertidos optaban por quedarse en sus guaridas ó por otras causas que no conocemos, pero contaba ya con algunas familias indígenas.

El P. Torreblanca, cambiado de la de Santa María á la de San Carlos, vino á asociarse al P. Pedro Patricio superior de esta misión. Todo marchaba bien; los padres eran idolatrados por los indios; podían estar satisfechos de sus grandes trabajos y gozosos de sus frutos.

En esto estalló la rebelión de Bohorquez, que dejamos relatada: asolada la misión de Santa María corrió en triunfo al pueblo de las tribus de los tolombones, conducido con regocijos extraordinarios por más de un centenar de caciques.

Dada la fama de esta tribu escojió 300 flecheros de los más aguerridos para la pelea, que le sirvieran de guardia de corps; construyó un pequeño fuerte en previsión de ser batido al descubrirse su impostura, y luego siguió su marcha triunfal hasta San Carlos.

Los misioneros eran su pesadilla, porque bien comprendía que á éstos no podía engañarlos ni recibir de ellos los honores reales que se hacía tributar.

Los PP. reunidos en San Carlos recibieron orden de abandonar la misión: el 3 de Agosto de 1658, entre los sentimientos y lágrimas de los pobres neófitos á quienes consolaban con la promesa de un pronto regreso, se marcharon á Salta, á todo escape, por temor de ser asaltados en el camino, por orden de Bohorquez, llegando el 5 del mismo mes á aquella ciudad.

Bohorquez que no había saciado del todo su furia con los PP., una vez alejados, quemó la Iglesia y redujo á cenizas cuanto encontró, destruyendo la misma población de modo que no quedáran señales de haber sido aquello una reducción cristiana, esparciéndose los indios fugitivos por las montañas próximas, por el temor que inspiraba el devastador.

La misión no volvió á ser ocupada, quedando abandonada del todo.

Cuando D. Alonso Mercado de Villacorta hizo su entrada á Calchaquí, después de la captura y remisión á Lima del falso Inca, para pacificar las tribus alzadas, trajo de capellanes á los padres Patricio y Torreblanca, que le ayudaron poderosamente. Aunque de una manera transitoria en Calchaquí, con este motivo hicieron cuantos esfuerzos estuvo de su parte los referidos PP. para reconstruir su obra, volviendo á los neófitos á las prácticas de que se creyeron libres con la falta de presencia de los misioneros.

El P. Sancho por el Sud había llegado también hasta Londres, en una excursión ligera, ya que con la última expulsión de los PP. se abandonó la idea de volver á ocupar las misiones de una manera estable.

El Valle Calchaquí debe á la Compañía de Jesús más de medio siglo de trabajo, y los primeros gérmenes de la predicación de la doctrina cristiana que sirvieron de base para el completo triunfo de la religión sobre la barbarie.

CAPÍTULO XIV

MISION DEL ROSARIO

SUMARIO.—Labor de las Ordenes religiosas.—Causas para a fundación de una tercera misión—Su ubicación.—Vestigios y ruinas.—Corral de Piedra.—Hallazgo de una campana y un Cristo.—Local de la misión—Los P.P. Franciscanos.—Capítulo Provincial de 1743—Titular de la misión.—Se conserva la imágen en la parroquia actual—Duración de la misión—Viceparroquias de S. Cárlos y Molinos.—Segunda capilla.—Origenes de la fundación del pueblo de Cafayate.—Donación de la Sª. Frias—Viñedos.—Canal de agua, como obra científica—Ideal del misionero en sus trabajos.—Juicios del general Mitre.

El vasto campo que se abría á la religión en la catequización de la raza americana, ponía en movimiento contínuo á las ordenes religiosas existentes en el país, lo hemos dicho, que, cual ejército disciplinado y aguerrido, esperaba la oportunidad primera para entrar en batalla.

Con las destrucciones de las misiones calchaquinas, en 1658, y la fuga de los misioneros, los jesuitas no volvieron á restablecerlas después de más de medio siglo que habían trabajado en ellas.

Acaecida la pacificación completa de los calchaquíes en 1666, adoptaron su primitivo sistema de la catequización temporal y en los lugares más apropiados.

Sea por las alternativas indicadas, ó sea que, dada la diversidad de parcialidades que habitaban

en Calchaquí, proporcionaba abundante mies á los obreros para regarla con la ciencia del Evangelio, es un hecho constatado que antes de la mitad del pasado siglo, se estableció una tercera misión en el intermedio del Fuerte Quemado y la Piedra Pintada, es decir, entre Santa María y San Carlos, quedando situada precisamente en Cafayate, como á dos kilómetros del actual pueblo, hácia el poniente, en un local muy pintoresco, formado por los primeros declives de la sierra que queda al Occidente.

Su fundación data de 1740 á 1743, época en que recién comenzaban á erigirse las viceparroquias de Molinos en Calchaquí y Santa María, dependientes de Belen, erigido en parroquia á fines del siglo XVI; si mal no recordamos, después de 1680.

Quedaba, pues, un intermedio entre la misión de Santa María y la Piedra Pintada de 150 kilómetros, que encerraba las poblaciones indígenas de Amaicha, Quilmes, Colalas, Pacciocas y Tolombones por el sud, y de Cafayate, Animaná y Angastaco por el norte, con las demás restantes á lo largo del valle, muy numerosas, hasta Cachi y la Poma con sus extremos.

Imponíase de suyo la necesidad de una tercera misión, necesidad que fué llenada por los padres de la Orden de San Francisco.

En los primeros años de este siglo aún se veía un cuadrado de muros de piedra que indicaba ser el de una capilla, por su forma y la construcción especial de aquellos tiempos en edificios de esta índole. Aunque hoy todo ha desaparecido, se llega á notar los cimientos de piedra que sostuvieron dicha capilla.

Otras ruinas también han permanecido hasta la mitad del siglo, como un corral de piedra con cuyo nombre se denominaba ese paraje, y algunas más que debieron ser de las casas de los indios ya reducidos.

Por las cercanías, en una escavación casual que se hizo se encontró una campana de formas rústicas, que debió ser fundida allí mismo en la misión, por ciertos vestigios de escorias de cobre que se notaban muy cerca del local de la capilla. También se encontró un Cristo de tierra cocida, cuyo dueño lo hizo retocar y lo conserva como una verdadera reliquia.

La misión ocupaba un lindísimo plano de más de dos kilómetros cuadrados, cuyos contornos estaban bordados por los tugurios de la población indígena.

Por el occidente y sud tiene el paredón del macizo de los Quilmes que la resguardaba, y un grupo de colinas encadenadas por el norte que se desprenden del mismo macizo y recorren un espacio como de 800 metros.

Sobre la última colina, que es la más baja, formada artificialmente con piedra y tierra casi en su totalidad, estaba la casa del misionero, de donde podía dominar todos sus contornos, y el fondo del valle de una segunda colina unida á la anterior, en cuya cúspide se notan también ruinas ó cimientos de algún edificio que allí se levantó.

La misión corría á cargo de los PP. Franciscanos del Convento de Salta, que en aquel tiempo formaba parte de la provincia de la Asunción del Río de la Plata.

En el archivo de este mismo convento, hoy bajo la dirección de los PP. Misioneros de Propaganda Fide, existe un «Libro de circulares de 1704 á 1748», y en la página 282, se hace mención de la misión del Rosario en Calchaquí, de la manera siguiente:

«Y últimamente se leyó la disposicion de la nueva reducción del Rosario de Calchaquí, la qual ni se aprovó ni se reprovó por no hallarse en ella cossa alguna digna de aplauso ni vituperio.»

Esta disposición se leyó en el Capítulo Provin-

cial celebrado en Diciembre de 1743, y véese, desde luego, que la fundación debió verificarse en el intermedio de 1740 á 1743, después del Capítulo de 1740, por cuanto se celebraban cada tres años.

El título del Rosario y el hecho de estar en este lugar, coincide con el titular de la parroquia y patrona de Cafayate, que viene de tiempos muy atrás, mucho antes de los comienzos de este siglo, en cuya época y hasta 1834 no ha existido en todo el valle Calchaquí otra advocación con el mismo nombre.

La imágen que se veneraba por patrona de la misión, se conserva en la iglesia parroquial de Cafayate, cuyo aspecto revela su antigüedad, como la postura que tiene de hallarse sentada en una pequeña silla, fácil de trasportarse aún á caballo, según el uso de aquellos tiempos.

No obstante la decisión del Capítulo Franciscano de no hallarse cosa alguna de aplauso en la fundación de esta misión, tal vez por el poco fruto que pudo recojerse en su principio, la misión tuvo una existencia de cerca de medio siglo, perdiéndose el último éco de sus enseñanzas cuando la revolución francesa hacía los primeros conatos de ensayo, para lanzarse con el torbellino de ideas y de hechos con que convulsionó el mundo.

Por esa misma época se erigió la viceparroquia de San Carlos anexa á Molinos, y esta á su vez fué segregada de Belén, pasando Cafayate á pertenecer á San Carlos.

La semilla arrojada por la misión del Rosario no debía quedar estacionaria: la palabra del fraile evangelizador había caído en buena tierra y produjo los frutos que más tarde se recogieron.

Dios velaba por la fé de este *pusillus grex*, pequeño rebaño de neófitos que buscaba un local propio para agruparse y vivir en sociedad.

Aproximándonos hacia nuestros tiempos, dejó-

se el antiguo local de la misión, y, años después, se construyó una pequeña capilla de ocho metros de largo, por cuatro de ancho, por el cura Delgado de San Carlos en 1808, que, cuando en Junio de 1825 se hizo la traza del actual pueblo de Cafayate, quedó en uno de los ángulos de la plaza pública.

La Iglesia ha sido siempre la primera piedra del cimiento de todo edificio social, sobre que se proyectaba levantar un pueblo para formarlo en las máximas cristianas con el espíritu de Jesucristo.

Así lo manifiesta el doctor Ignacio del Portal, sucesor del señor Delgado, en Marzo de 1824 en un memorial dirigido al Gobierno de Salta; siendo estos los orígenes del actual pueblo de Cafayate. Dice así:

«Los sagrados deberes del ministerio pastoral y el deseo de ser útil á mis semejantes, me imponen la grata obligación de promover la doble felicidad de esta feligresía de que me hallo encargado, y consultar los medios de fomentar, adelantar y asegurar su naciente población, sin perder de vista el interesante asunto de formar sus costumbres por las máximas y preceptos de nuestra santa, divina Religión.

Los habitantes del partido de Cafayate, viceparroquia de esta Iglesia, vagan dispersos por las selvas y bosques de su campaña: sus costumbres se afectan necesariamente de la localidad, solicitan un punto que fije su vida errante y los reuna en sociedad.

Es conocido que un establecimiento seguro que concentre su población, felicitaría la oportuna administración de sacramentos, pondría á los fieles en la dulce necesidad de oir con más frecuencia la divina palabra; nivelaría sus costumbres por las reglas y decentes usos que prescribe el orden de la sociedad.»

La señora Josefa Frías de Arámburu hizo donación de nueve manzanas de terreno á la referida capilla, en torno de la cual se ha levantado la floreciente población actual.

Para terminar este capítulo, agregarémos que el local de la primitiva misión del Rosario, hoy está convertido en un hermoso plantel de vid, denominado San Isidro, de cerca de un kilómetro, de propiedad del señor J. Peñalva. Un conducto de agua de aquellos tiempos, que recorría más de cinco kilómetros por una áspera falda, y atravesaba la cima de una alta colina para precipitarse en hermosas cascadas de cerca de cien metros, hácia el llano de la misión, ha sido utilizado para formar el hermoso lago que allí tiene el señor Peñalva, al pié de la colina y de sus viñedos.

El canal fué trazado con tanta habilidad que, diríase intervino la mano de uno de nuestros mejores ingenieros.

El misionero ha luchado solo por un ideal, ha expuesto su vida por una causa, y por ella ha vertido su sangre ó ha consumido su existencia en la oscuridad de una vida trabajada: la fe y la civilización. Ha dilatado el reino de Jesucristo, ha levantado el carácter del indígena, ha luchado por su libertad y su decoro y lo ha encaminado por los principios de una cultura regular, sin más recompensa y sin otras aspiraciones que las promesas fundadas en la palabra del Divino Maestro.

Recojemos las palabras de un eminente escritor argentino, el general Mitre, que ha dicho con tanta verdad como oportunidad:

«Los orígenes de nuestra civilización actual, no se pierden en la oscuridad de los tiempos, como sucede á las naciones del viejo mundo, aun no se ha borrado en el polvo del desierto la huella que ha dejado tras sí la sandalia del misionero.»

He aquí, pues, bosquejadas rápidamente las

misiones religiosas en la región calchaquina, que tanto hicieron en favor de esta raza.

Notable por otros hechos históricos esta región, por su posición geográfica, que la hace fronteriza con la República de Chile, agregamos un estudio sobre el paso del Adelantado Diego de Almagro por ella, y un segundo escrito relacionado con el primero, con motivo de haber sido impugnadas nuestras ideas sostenidas en él.

CAPÍTULO XV

EL PASO DE DIEGO DE ALMAGRO POR EL VALLE CALCHAQUÍ

Sumario: — El paso de los Andes por San Martín.—Almagro lo verifica primero.—Importancia sobre el de Anibal y Napoleón. Conocimiento práctico del Valle Calchaquí. - Opiniones hipotéticas sobre la ruta de Almagro.—Improbabilidad de las mismas.—Dificultades naturales.—Importancia de la ubicación de los lugares Tolombon y Ciénega. — Origen de los mismos. — ¿Cuál fué el itinerario de Almagro?— Punto de partida.—Primeros reconocimientos.—Escoipe.—Cuesta del Obispo. — Cachi-pampa.—La Quebrada de Amaicha.—Paipote.— Comercio por Amaicha. — Nevadas en la Cordillera.—Pérdida del ejército de Almagro.—La región de San Francisco. — Trascendencia del paso de Almagro.

Siempre se ha admirado como un hecho titánico y propio del genio que lo realizó, el paso de los Andes argentinos por el benemérito guerrero de nuestra independencia, una de las figuras más culminantes de nuestra patria, el General D. José de San Martín, al frente del ejército expedicionario á Chile, compuesto de más de cuatro mil hombres, que coronó sus sienes con los laureles de las victorias alcanzadas en las jornadas de Chacabuco y Maipú.

Ciertamente que es un gran hecho que ha brillado en el cielo de la libertad y de la independen-

cia americana por la audacia del genio que lo realizó.

Pero antes de San Martín, otro héroe le había ganado la delantera. Diego de Almagro, al frente de 15.000 soldados entre castellanos y criollos, cuando por vez primera, llegaba á estas tierras inexploradas, buscando una vía que lo condujera á Chile, desde el dilatado y lejano reino del Alto Perú, si bien con motivos diferentes y fines completamente extraños al ideal patriótico del genio guerrero de San Martín.

El paso de Almagro, aunque es un hecho histórico, verídico, deja dudas profundas respecto al camino que pudo tomar, por las contradicciones de los primitivos historiadores y las dificultades que ofrecen para conformar sus relatos con la geografía local del Valle Calchaquí, en contradicción también con ellos.

El sabio jesuita Lozano nos ha dejado verdaderos monumentos de investigaciones científicas en su famosa obra: «Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán», y no obstante las prolijas narraciones que hace de los hechos acaecidos por estas tierras, ha quedado como envuelto en misterio el tránsito de Almagro por el Valle Calchaquí, sin embargo de ser una verdad histórica su paso por él y haber trasmontado el gran maciso de los Andes, tres siglos antes que San Martín.

Esto prueba que, cuando se persigue un ideal, no hay barreras que contengan la fuerza de una voluntad poderosa.

Anibal trasmontó los Alpes, Napoleón I también, San Martín, los Andes con sus nieves eternas, sus cumbres de elevados picos, y Diego de Almagro explorador y conquistador, medio siglo después del descubrimiento de América, se lanza al través de escarpadas montañas, aún inaccesibles, con un valor bien probado, para soportar

las inclemencias del tiempo y las resistencias de los naturales, especialmente de las tribus indígenas que habitaban el Valle Calchaquí.

Veinte años de residencia entre las breñas de este valle, me han proporcionado un conocimiento práctico en su mayor extensión, en la cual quedaban encerradas las parcialidades de D. Juan Calchaquí, Angastacos, Animanaes, Tolombones, Colalaos y Quilmes; no obstante que, esto sólo, no me autoriza para dilucidar cuestiones que requieren investigaciones prolijas, si bien he tomado mis apuntes por algo que he visto, he inquirido al respecto, ó he deducido de estudios, aunque ligeros, á que en mis ratos de ocio me he entregado, por más de una vez, sobre la historia de este Valle.

Puedo equivocarme, puedo errar; yo me inclino ante la verdad, cuando ella se manifiesta con la seducción de sus propios colores en la pluma del que la presenta.

Muchas son las opiniones hipotéticas sobre la ruta que pudo tomar, una vez de encontrarse en Calchaquí, el conquistador Almagro. Hay quien lo lleva hasta el Valle del Cajón, que queda al occidente, pero sin encontrar sus huellas ni saberse por donde remontó las ásperas crestas de la montaña intermedia, si por la quebrada de Angastaco, como pretenden unos, ó por las de Tolombon, Quilmes ó Colalao, ó por la de Loroguasi también, y aunque esta última ofreciera menos dificultades, no es concebible que Almagro, por menos inexperto que fuera en conocimientos geográficos, aunque justificables, puesto que recién llegaba á estas regiones, no se diera cuenta, como es de suponer, por las noticias de los indios amigos, que el pequeño Valle del Cajón es paralelo al de Santa María y parte del Calchaquí; que muy bien podía recorrer este último y luego el de Santa María, continuación del Calchaquí,

sin tropiezos de ningún género, por lo que hace á la naturaleza del terreno, para llegar á la salida única que le presentara el Cajón, por su extremo Sud.

No es creíble que Almagro fuera á encajonarse en él, pasando la escarpada sierra de los Quilmes, sumamente fragosa en toda su extensión, y llena de peligros por las resistencias de los naturales, cuando perfectamente podía hacer su tránsito por el plano del Valle Calchaquí y Santa María, como lo hemos dicho, hasta ponerse en la abertura de la boca del Cajón, punto indispensable, tanto para los que viajan por este lado, como para los que recorren aquel valle.

Pero es lo cierto que Almagro no fué al Cajón, aunque pudiera haber encontrado camino por alguna de las numerosas quebradas ya anteriormente indicadas, como la de Loroguasi, frente á Cafayate; y digo Loroguasi, porque es esta la que ofrece menos dificultades, á estar á los informes y datos tomados, que los considero de fuente segura, de personas que habitan en las cumbres de la «Sierra de los Quilmes» en sus inclinaciones al Cajón, que tan pronto transitan por una como por otra. El indio montañes es un verdadero guanaco para *traginar*, como él dice, por caminos que no son caminos, de á pié, á caballo, pues más de una vez he quedado maravillado de verlos bajar y ascender por verdaderos precipicios que dan vértigo.

Ahora, pues, si dificultades ofrecen los ascensos por los declives que presenta la Sierra de los Quilmes al Valle Calchaquí y Santa María, son más las que quedan al occidente del Cajón: montañas ásperas y quebradas, que en aquella época sería más que difícil atravesarlas, como aún en la actualidad ofrecen sérias dificultades, con mayor razón para Almagro que marchaba con un numeroso ejército.

Es de creer que ni sendas habría, como las que se encuentran actualmente, en diversos puntos, aunque sólo para uso de los naturales acostumbrados á ellas.

Además, no vemos importancia alguna de que en el Valle del Cajón, se encuentre ó no otro lugar con el nombre de Tolombon para el asunto que me ocupa, por el anhelo de querer hacer aparecer lo que nunca ha existido, como no hay lugar con este nombre, como originario, que date de siglos atrás. A no ser que el lugar denominado «Real de Tolombon», que efectivamente existe entre el espacio intermedio de Cafayate y Tolombon, en los declives de la Sierra de los Quilmes hácia el Cajón, se clasifique como tal, es decir, dándole una antigüedad que suba á los tiempos de la conquista, lo que es completamente inadmisible, porque su historia no pasa de este siglo.

He aquí esa historia, muy conocida desde sus principios por los ancianos montañeses de aquel lugar.

En años atrás, los moradores de Tolombon, como los de Colalao, etc., etc., se dedicaban á la caza de vicuñas y guanacos, muy abundantes en esos tiempos, por aquellos lugares, en una escala que sale de lo ordinario, sea por afición á esta clase de caza, sea porque la agricultura estaba menos desarrollada y requería menor tiempo de atención, ó porque la principal ocupación consistía en el comercio de pieles ó tejidos de vicuña, el hecho es que se hacían grandes *corridas* por numerosa gente, y cada grupo de diferentes lugares, tenía su *Real* ó punto de parada. La gente que marchaba de Tolombon era más numerosa y se había posesionado del mejor local, á pocas cuadras de una vertiente de agua que se denomina «Ciénega Redonda».

Esta operación de caza se repetía todos los años

en el Valle del Cajón y sus contornos, empleándose muchos dias en ella, y cada grupo se dirigía á su *Real* después de los trabajos verificados durante el dia entero. De aquí el «Real de Tolombon».

Esto mismo se ve en la quebrada de Quilmes al Cajón, por cuyo paso se dirigían los aficionados á la caza, de las poblaciones de Quilmes y Colalao que, al caer sobre el Valle del Cajón sentaban su *Real* en las cercanías de otra vertiente, que la han denominado «Ciénega Real».

Tampoco tiene importancia para mí, el hecho de encontrarse lugares denominados con el vocablo de «Ciénega», porque es un nombre genérico que el indio natural aplica á toda vertiente de agua, y queda con este bautismo para la posteridad, en el caso que quiera suponerse ó determinar el paso de Almagro por estas montañas, como indicio de certeza, por la existencia de una ó más ciénegas.

Las vertientes son tan abundantes en las cumbres del macizo de los Quilmes, que allí hay lagos, pozos, como aguadas por el lado del Cajón, con los nombres de «Ciénega Larga», «Ciénega Redonda», «Cieneguilla», «Ciénega Real», y otras inumerables, como las hay también por este lado del Valle Calchaquí con la misma denominación de «ciénega» en toda la línea de la sierra.

Tenemos, pues, el punto principal á despejarse, puesto que de ninguna manera pudo tomar la vía del Cajón.

¿Por donde cruzó Almagro el Valle Calchaquí, en su paso para Chile?

¿Cuál fué el itenerario que se trazó ó el camino más viable para conducir un ejército numeroso al través de estas fragosas montañas, sólo holladas por la planta de los naturales?

Es un hecho histórico, constatado, que Diego de Almagro en su expedición desde el Perú por

el año de 1535, pasando por Jujuy y Salta, ciudades aún no fundadas, llegó hasta «Chicoana», que se halla como á la mitad del Valle de Lerma, dejando á sus espaldas, á poca distancia, hácia el poniente, el hermoso campo de Pulares, asiento de la tribu del mismo nombre.

Fué verdaderamente el punto donde Almagro tomó nuevos alientos, demorando el tiempo suficiente hasta formar la traza de la ruta á seguir, para continuar su largo camino que debía conducirlo, juntamente con su ejército de más de 15.000 hombres, al través de fragosas montañas, de extensas y estrechas quebradas, para luego remontar las cumbres nevadas por desfiladeros vertiginosos de los macizos de tierra y granito que lo separaban de Chile.

Desde Chicoana tiene ocasión de pulsar el valor indomable de los calchaquíes, en los primeros reconocimientos que hizo personalmente de este Valle, antes de mover su ejército.

¿Dónde se verificaron estos sucesos?

Es lógico creer que no vendría á buscar la quebrada de «Las Conchas», para salir al Valle Calchaquí, cuando tenía ante sus ojos, y á una legua de distancia, el boquete de la quebrada de «Escoipe», cruzando sólo el campo de Pulares, y con un día de camino por esta quebrada, remontando la «Cuesta del Obispo», estaba en Calchaquí en la «Abra de Cachi-pampa».

Téngase en cuenta que Almagro en este lugar se encontraba, más ó menos, en el corazón del verdadero Valle Calchaquí, conocido como tal en aquella época.

Por esta misma quebrada, la de «Escoipe», movió el grueso de su ejército, y penetró en el Valle Calchaquí, en dirección á Molinos, para entrar luego en la quebrada de «Amaicha» que le facilitaba el paso cómodamente á «Antofagasta de la Sierra», pasando por Tacuil como camino

más recto ó Hualfin, como más llano; ó bien de cualquiera de estos dos lugares tomó la ruta de San Francisco, dejando siempre el Valle del Cajón á su izquierda, que se conoce por los altos picos del «Pabellón», línea de montaña que corta dicho Valle de naciente á poniente, y va á encadenarse con los Andes.

De Antofagasta se facilita más el camino, ó siguiendo el «Paso de San Francisco», para llegar al boquete de la quebrada del «Paipote» que lo puso en el territorio de Chile.

Es fuera de duda que Almagro penetró por esta quebrada, que es paralela á la otra de San Lorenzo, á pocas leguas, y á donde converjen la mayor parte de los caminos de la Argentina para Chile, especialmente de Salta y Catamarca.

En otro tiempo, cuando el comercio de Salta lo hacía con Chile, surtiendo sus tiendas con las mercaderías de aquella nación, el arriero como el viajante tenía el camino expedido á Púquios, sobre la costa del Pacífico, por esa ruta, que se halla á seis leguas de Paipote, para regresar por el Paso de San Francisco ó Antofagasta, y bajar por Amaicha á Molinos, por donde igualmente se llevaban grandes tropas de ganado, de la Argentina á Chile.

Hoy mismo es uno de los caminos muy transitados; por cualquier punto que se dirija á Chile, siempre se lo toma en cualquier altura para continuarlo como más llano, aunque no dejará de ofrecer también sus dificultades, dada la extensión de la enorme masa de sierra que debe trasmontarse.

Una persona á caballo puede, cómodamente, llegar de Antofagasta de la Sierra á Molinos en tres días, y viceversa.

Las cumbres son tan elevadas, y tan intensos los fríos, que desde el término de la quebrada de Amaicha, se comienza á ascender los diversos

contrafuertes que tiene por este lado el gran maciso de los Andes, y como los temporales y cambios atmosféricos, repentinos, no son extraños en esas regiones, y á veces fuertes nevadas, que llegan, de vez en cuando, hasta el Valle Calchaquí, es, sin duda, que el ejército de Almagro se vió envuelto por alguna de ellas, y perdió más de diez mil hombres, que son los que consigna la historia, helados por el frío.

El indio natural, pasando la Sierra de los Quilmes, todo lo demás lo clasifica como *cordillera* hasta llegar á Chile, lo que prueba la verosimilidad del desgraciado percance del ejército de Almagro.

Hoy es conocida como más peligrosa, por ser más fría, la región de San Francisco adelante, á donde pereció, probablemente el ejército conquistador.

Estudios posteriores que nos prometemos hacer, arrojarán mayor luz, para ver con claridad y descorrer el velo que aún cubre el paso de Almagro por Calchaquí.

Hecho histórico de gran trascendencia, revela que si en aquellos remotos tiempos pudo trasmontarse la gran cordillera argentina con más de 15.000 soldados; sea por Amaicha de Molinos, sea por el Valle de Santa María, tocando Balasto, como quieren otros, menos difícil será hoy cubrir todos los pasos de aquella magestuosa montaña con el bizarro y valiente soldado argentino.

Rehecho este escrito, publicado ya á fines de 1895, en forma de carta, en el diario *El Cívico*, de Salta, por algunos apuntes que hemos conservado, no dudamos que en algo difiera de aquella, pero en el fondo hemos mantenido la sustancia del asunto, ajustándonos en mucha parte á la letra del primitivo escrito.

CAPÍTULO XVI

EL PASO DE ALMAGRO POR EL VALLE CALCHAQUÍ

SUMARIO:—Importancia del esclarecimiento del paso de Almagro por Calchaquí—Relaciones de Chile con la Argentina.—Diversos pasos por la Cordillera.—Camino que pudo tomar Almagro.—Otros itinerarios —Buscábase las vias mas cortas.—Almagro se adelanta del ejército —Camino de los Incas—Número de soldados del ejército conquistador. —Cautela sobre las apreciaciones de los historiadores antiguos.—Análisis del itinerario de Herrera.—Imposibilidad de la fundación de Córdoba sobre las márgenes del Río Calchaquí—Nuestro itinerario.—Efectos ópticos.—Amaicha.—S. Francisco—Antofagasta.—Paipote.

Cafayate, Febrero 20 de 1896.

Señor director de «La Actualidad»:

Debo una contestación á la carta del señor Lafone, publicada en los números 7, 8 y 10 del corriente, del diario *El Cívico*, con cuyo motivo vengo á ocupar las columnas de su diario.

La cuestión que nos ocupa, por más de un concepto, es de una actualidad palpitante, dadas las relaciones internacionales con la vecina república de Chile, basadas en una política que, si bien hace esfuerzos por zanjar cuestiones y cimentar una paz duradera, no puede ocultar los horizontes

nebulosos que se dibujan, por momentos, en cada acto administrativo de uno y otro gobierno, y que, á la verdad, parten de una desconfianza recíproca, cosa que manifiesta el terreno resbaladizo y poco seguro de esa misma política, que, asi como puede llevarlos á la paz ansiada, puede también lanzarlos á las peripecias de una guerra sin vuelta.

La luz nace de la discusión, se ha dicho, y, tanto mejor, cuando ésta más arroja para los intereses que se defienden y otros que pueden ser beneficiados. Hoy para nadie es un problema que el macizo de los Andes, que nos separa de Chile, tiene tantas entradas cuantas se quieran, perfectamente conocidas: por el sud, por la vía de Mendoza, que es tan expedita; Catamarca nos ofrece otra de fácil acceso, y Salta por sus numerosas quebradas que bajan al Valle Calchaquí, especialmente las de Amaicha y Luracatao de Molinos.

No nos ciega el vanidoso deseo de ver cubiertas aquellas cumbres por el bizarro soldado argentino, como en los tiempos de San Martin, cuyo hecho levanta la figura simpática y patriótica del héroe de la independencia, y manifiesta, á la vez que, el ardor de su ideal, el gran poder de aquel espíritu valiente y generoso, á quien nada arredra, ni los peligros que ha de salvar, ni las barreras que la naturaleza le opone, ni menos el enemigo que busca para vencer ó morir en gloriosa y encarnizada lucha.

Ni como en los tiempos del conquistador Almagro, medio siglo después del descubrimiento de América, y tres siglos antes de San Martín, que coronó esas mismas cumbres con soldados criollos y castellanos; pero que hoy menos difícil será enarbolar el pabellón argentino en guarda de sagrados derechos, cuando obligados á sostenerlos por la fuerza, sea necesario ocupar una ó muchas de esas numerosas entradas.

Pero debo concretarme á mi objeto: el paso de Almagro por Calchaquí.

El señor Lafone comienza por manifestar extrañeza «de que se le atribuya la intención de meter al Cajón de Santa María al conquistador Almagro, cuando nada más distante de sus propósitos.»

Efectivamente, he combatido esta idea, porque es un error de historia, impasable, repelido por el buen sentido, porque si Almagro no tomó la vía de Amaicha por Molinos, debió hacerlo por el plano del Valle hasta dar con Santa María, y de ningún modo trepar la montaña para salir á la boca del Cajón; ya también porque había comprendido así el sentido de la carta en que se me pedía el escrito anteriormente publicado, de predominar esta idea, y por algo que recordaba, aunque vagamente, de opiniones vertidas por el mismo Sr. Lafone, cuando tuve el honor de recibir su visita, en esta su casa, hace cuatro ó cinco años, en que buscaba ya las huellas de Almagro en esa pequeña garganta al occidente de Calchaquí, á donde no podía llegar el conquistador sin recorrer el laberinto de montañas que la ocultan, y menos por la quebrada de Angastaco.

Lo cierto es que el señor Lafone no ha confeccionado su itinerario sino después que han aparecido las conclusiones á que he arribado en mi anterior escrito, porque, á no dudar, estaba desorientado, y en esa misma época (cuando buscaba noticias de Almagro), hasta se mostraba inclinado á seguir el itinerario del señor Barros Arana, que hoy justamente combate, haciéndole remontar el río Pasage ó Juramento, hasta sus cabeceras, para sacar al conquistador al Valle de Lerma. Pero como el historiador Herrera nada dice al respecto, ni Matienzo, ni Garcilaso, ni Molina, era de aventurar cualquiera opinión, tanto más no conociéndose la topografía del terreno; pero este punto queda dilucidado en mi escrito, y

se ve que la entrada á Calchaquí por el conquistador, era lo más natural, por «Escoipe», y remontar en un solo día la «Cuesta del Obispo», para estar en pleno Valle Calchaguí.

Lo que tengo manifestado en mi escrito ya publicado, á este respecto, y cuanto atañe á lo del Cajón, queda subsistente, y me alegro de haber contribuído á que el señor Lafone baje á lo plano para llevar al conquistador famoso por Santa María, Balasto, etc., si bien ha robustecido más mi razonamiento con la cita de los autores que ha consultado. Y no se diga, por más que él lo advierta, que no entraba en sus propósitos de llevar á Almagro por el Cajón, porque revela á cada paso la idea contraria que lo ha dominado, pues ahora mismo en su última carta, dice, después de transcribir las siguientes palabras: «saliendo de una quebrada descubrieron grandes sierras».... y *esta quebrada bien pudo ser la del Cajón.*

Nada mas sobre esto.

Pero continúo sobre los otros puntos.

El señor Lafone repite que Almagro no buscaba las vías cortas para llegar á su destino, y se dejaba llevar por los indios vaqueanos, evitando los encuentros con las tribus que poblaban estas tierras, porque el itinerario que le hemos presentado acorta las distancias y satisface los deseos del conquistador, de llegar cuanto antes á la tierra que él creía cuajada de oro, evitando más con esto el choque con las tribus calchaquinas.

Abramos á Campe. «Reunió, dice, un ejército de cerca de seiscientos europeos y un cuerpo auxiliar de quince mil peruanos que Manco le proporcionó. Había dos caminos para ir desde el Cuzco á Chile: el uno atravesando por unas llanuras que se extendían á lo largo de las costas del mar, y si tomaba el otro camino *mucho más corto*, pero solo practicable en el verano, era preciso escalar altas montañas, escarpadas, y por lo

regular cubiertas de nieve, por lo que reina en ellas un frío excesivo. Los peruanos inducían á los españoles á que siguiesen el camino largo, porque era más seguro y el más fácil; pero la altivéz castellana despreciaba este consejo. Almagro y sus compañeros querían probar á los peruanos que no había obstáculo capáz de intimidarles, y que nada se resistía á sus esfuerzos.»

La sed de gloria y de verse dueño, en posesión de aquellas tierras que formaban su sueño dorado, era más que un aguijón que lo espoleaba, unido al delirio por el oro que creía verle brotar, como por encanto, al alcance de sus manos. De aquí, que cuando empezó á remontar los primeros picos de la cordillera, se adelantó con buena tropa de caballos, para procurar, á la vez, á su ejército el auxilio que en seguida envió.

Poco ó nada debía temer á las tribus indígenas cuando se separaba de su ejército, y mucho menos al frente de él, para afrontar los encuentros lo mismo en lo llano, en los desfiladeros, como en las estrechas gargantas y ásperas quebradas de la montaña.

Y aquí, dice Prescot, que el conquistador al salir del Cuzco, «en las primeras jornadas se « aprovechó del gran camino militar de los Incas, « que se estendía á lo lejos por la llanura hácia el « Sur; pero al acercarse á Chile se encontró em- « peñado en los desfiladeros de las montañas, « donde ningun vestigio de camino se descubría. »

Por esto se vé también que Almagro no tomó el camino del Inca, donde lo pone el señor Lafone, pues que habría tenido una vía más que expedita, como la tuvo de su salida del Cuzco.

«Almagro, dice, no iba descubriendo caminos», pero lo cierto es que se encontró en la cordillera envuelto en el laberinto sin término de profundos abismos y de escarpadas alturas, sin vestigio de camino.

Los historiadores mucho difieren en la narración de unos mismos hechos, por manera que nada hay de extraño que citen extremos tan opuestos en el camino del Inca que llegó á aprovechar Almagro, dejando la duda para los que más tarde se empeñan en la verificación de esos mismos hechos; y exponiéndolos á toda clase de errores, con perjuicio de la verdad histórica.

Eso que el señor Lafone juzga de leyenda, de los 15 mil soldados de que se componía todo el ejército de Almagro, puede ser como afirma dicho señor; pero los mismos historiadores citados por él, especialmente Garcilaso, dicen lo contrario.

El jesuita Cappa, moderno historiador, en sus «Estudios Críticos sobre la conquista del Perú», dice en una nota aclaratoria del texto de su obra, lo que sigue:

«El historiador Zárate dice que Saavedra (jefe de la vanguardia), llevó cien hombres; y al final del capítulo, que es el primero del libro III, asegura que la expedición de Almagro sólo constó de doscientos, sin contar los veinticinco que más tarde le llevó Orgoñez, y ochenta y ocho Juan de Herrada. Según Garcilaso, llevó Saavedra ciento cincuenta soldados, *quince mil* fueron los indios que de orden del inca Manco se dieron á Almagro, á más del Villac-Umu (sacerdote), y de Paullu, hermano del inca, para que con su autoridad ayudasen á Almagro, de quien esperaba la restitución real de su imperio».

No he hecho, pues, en la consignación de la cifra de quince mil soldados, sino seguir las opiniones de los primitivos historiadores, como se ve por lo que queda trascrito.

Y es muy verosímil, dada la corte con que debió rodearse el Inca Paullu, como representante de su hermano Manco; el sumo sacerdote Villac-Umu, que regresó de Tupiza, huido, al Cuzco,

con mucha parte de su gente; la indiada que trajo Saavedra, por separado, la de Juan de Herrada, Orgoñez y la misma de Almagro, que en un todo podría llegar perfectamente á ese número.

Ya he dicho que nada hay de extraño en la apreciación, más ó menos aproximada de la verdad, tanto en esto como en las afirmaciones del señor Lafone, del itinerario de Herrera que nos cita, lleno de inexactitudes también, porque como dice Cappa, «lo que queda encerrado hasta la muerte de Almagro, uno de los períodos históricos del virreinato de más difícil conocimiento, y que el historiador debe tratar con la mayor cautela y desconfianza en sus juicios, por la naturaleza de los asuntos que en él se sucedieron, por lo oculto de las pasiones que cual fuertes resortes lo movieron y agitaron, y sobre todo esto, por lo remontada que anda la verdad en los documentos, que en contrariedad y oposición unos con otros acerca de unos mismos hechos, no permite hallar suelo donde poner la frágua de la verdad histórica».

Analicemos ahora el itinerario del señor Lafone.

«De Chicoana á Guascuil, cuatro leguas». ¿Dónde se halla situado este lugar de Guascuil? No lo dice el señor Lafone, ni Herrera que lo escribió.

Todos los nombres primitivos se han conservado, especialmente en Calchaquí, hasta lo presente, y son muy pocos los que han sufrido alguna transformación, pero siempre conservando el parecido. En todo el espacio que abarca el Valle desde que se desciende la «Cuesta del Obispo», y á lo largo de la quebrada de «Escoipe», no existe tal lugar; hallándose sólo Tintin, camino á Molinos, y de Chicoana á Tintin hay próximamente de 18 á 20 leguas; remontando la quebrada de

Amaicha se encuentra Tacuil, que, para mí, es el Guascuil de Herrera.

Desde luego se comprende que haya confusión de nombres, distancias y ubicaciones de lugares, porque escribió su obra á centenares de leguas de distancia, y por referencias ó relaciones no concordes, por la ligereza con que se anotaron.

Así, pues, las cuatro leguas que marca es una inexactitud inaceptable, como las cuatro leguas siguientes de Guascuil á Angastaco, de manera que de Chicoana á Angastaco son ocho leguas, cuando en verdad no bajan de 30 leguas, y para dos jornadas del ejército conquistador es más que una exageración.

Ahora, poner la ciudad de Córdoba á seis leguas de Angastaco, por la demarcación de las distancias referidas, se verá si esto puede tener visos de verdad, tanto más que no hay planos aparentes, tales como solían escoger los españoles para fundar las ciudades. Además, el río Calchaquí no se presta en este trayecto, para sostener sobre sus márgenes una ciudad, por sus aguas insalubres y muy escasas en ciertas épocas del año, como son escasos todos los filones de agua, aunque de mejor condición, que se desprenden de la montaña occidental; Cafayate es el que ofrece más comodidad en este sentido; pero ni aun así, ni Lozano que escribió la historia de este Valle, y relata los acontecimientos de que fué teatro, como de las misiones que fundaron los PP. Jesuítas al Sud por Santa María, y al Norte más allá de San Carlos, no da otras señas sino que fué fundada en Calchaquí, 40 leguas de Londres al Norte, sin precisar otras circunstancias, 40 leguas que alcanzan por ahí, por las cercanías de San José de Santa María. Es mucho error en Herrera.

En cuanto á las declaraciones tomadas de la obra de Molina, el castellano que las dió, como

todos los de aquella época, llevaban á mucha honra y como el mejor timbre de gloria, ser hombres que habían descubierto muchas tierras y fundado muchas ciudades, porque en esto hacían cifrar sus méritos para obtener mercedes y ascensos, abultando los hechos, en mucho, con provecho propio. Bien pudo pasar por Calchaquí, Valle en el cual se fundó efectivamente la ciudad de Córdoba, pero esto no prueba que pasó por el mismo lugar donde ella tuvo su asiento más tarde.

El itinerario que, por nuestra parte, hemos expuesto, está basado en razonamientos lógicos y prudentes, que consultan la economía del tiempo, la posición de Almagro al frente de un camino que le evitaba innumerables encuentros con las tribus indígenas, y en algunas jornadas, como dice otro historiador, llegar á tierra chilena.

No dudo que pueda ser susceptible de enmienda en algún punto, tanto en lo llano como en la montaña, pero indicamos los puntos principales que manifiestan claramente una ruta más fácil de adoptarse, sin negar en absoluto que pudo tomar el conquistador, ó parte de su ejército, la vía plana del Valle Calchaquì.

Otras investigaciones, con más tiempo, tal vez arrojen luz suficiente para despejar el secreto que se presenta tan lleno de oscuridad.

Mientras tanto, mantenemos nuestra palabra y hacemos mover á Almagro desde el Cuzco, punto de partida, el 12 de Setiembre de 1535; caminó 130 leguas y llegó á Pária, en donde le esperaba Saavedra con la vanguardia del ejercito; luego vino á Tupiza y se demoró algún tiempo, recibiendo aquí noventa mil pesos oro fino de las contribuciones impuestas á diversas provincias; arribó á Jujuy, y se demoró dos meses, según Cappa y luego pasó por Salta á Chicoana.

Lleva siete meses de viaje.

Por el mes de Abril, probablemente á fines, levantó su campo y se dirije á Calchaquí por «Escoipe», que ya había reconocido de antemano; remonta la «Cuesta del Obispo» y se encuentra en la extensa planicie de «Cachi-Pampa», tierra llana, salada, que corresponde á los «salitrales de tierra triste y estéril» de los historiadores, y á los del Campo de los Pozuelos del señor Lafone.

La extensión de aquella planicie varía entre 8, 12 y 15 leguas, según el punto en que se la atraviesa. El aspecto que presenta es triste, lo mismo que, como dice Mantin de Moussi, «las sierras que bordan sus contornos, y están á la vista, por el Oeste el macizo de la Cordillera, y por el Este las sierras menos elevadas y más áridas, como de La Pacheta.

Los efectos ópticos que se experimentan en aquella llanura, por efecto del espejismo de la parte salitrosa, la hacen aún más fantástica y memorable.

Almagro debió hacer algunas jornadas hasta llegar á los algarrobales de las islas, que se encuentran en abundancia en la boca y contornos de la quebrada de Amaicha, para reunir bastimentos, y luego remontarla, para ir por Tacuil ó Hualfin, y seguir la ruta de Antofagasta de la Sierra ó ladearse más á la izquierda, para tomar por el Paso de San Francisco y llegar al boquete de Paipote que lo puso en territorio chileno.

Téngase en cuenta que al salir de la quebrada de Amaicha, «y saliendo de una quebrada», se avistan «las grandes sierras cubiertas de nieve», que consignan los historiadores.

Por lo demás, tengo plena confianza que, aunque alejados por el momento con el señor Lafone, en la manera diversa de apreciar el paso de Almagro por Calchaquí; que así como nos encontramos por Escoipe y más tarde en San Fran-

cisco y Paipote, llegarémos igualmente á encontrarnos en el punto medio que queda entre Calchaquí y San Francisco.

Como se hace demasiado largo este artículo, ponemos término aquí.

Saludo al señor Director con mi consideración distinguida—*J. Toscano.*

CAPÍTULO XVII

CONCLUSIÓN

SUMARIO:—Motivo de la brevedad de este escrito.—Estudios de la raza calchaquina.—Relaciones íntimas entre la escritura y la pintura.—Deducciones por sus artes y civilización.—Sus ideas en religión.—Actitud en los diversos acontecimientos en que intervino.—Causas en el retardo de su vida civilizada.—Triunfo de la religión.—Juicios de notables historiadores.—Una promesa cumplida.—El itinerario de Diego de Almagro por el centro del Valle Calchaquí.

Acabamos de trazar la última palabra de este escrito.

El vasto campo que se nos abría á medida que lo comenzamos se ensanchaba á muy ámplias proporciones, pudiendo haber abarcado doble extensión; pero la precipitación con que lo hemos confeccionado, previendo que nos faltára el tiempo material por las obligaciones que nos incumbe desempeñar, hemos tenido que tocar muy ligeramente cada uno de los puntos tratados, y suprimir otras consideraciones oportunas que naturalmente fluían.

Deploramos sobremanera este incidente, que nos ha obligado á reducir y encerrar nuestras

ideas en estas cortas páginas, por lo mismo que el asunto que forma el tema principal de este escrito, son restos de un pasado que tiende á desaparecer por completo; pero hemos construído el fundamento, hemos colocado la primera piedra, susceptibles de nuevas ampliaciones que pueden realizarse en momentos más desahogados.

La raza calchaquina en las múltiples fases que ofrece para su estudio, manifiesta la importancia que envuelven esos restos que aun quedan como preciosos monumentos de lo que fué, y las vinculaciones que la ligaban con las demás razas humanas de la tierra.

La escritura y la pintura presentan un mismo origen, una misma escuela, por no decir que fué una misma la mano que las trazó, no obstante los lugares tan diferentes y distantes donde ellas se encuentran.

La relación que guardan entre sí no deja dudas de lo afirmado.

La civilización que manifiesta por sus artes es un poco menos que nula, aunque, es verdad, esto explica un alejamiento muy remoto en favor de esta raza, con la reclusión voluntaría á que se sometió, como si decepciones trascendentales ó su propio salvajismo hubieran influído en el género de vida que adoptó, para olvidar que más allá habían seres con sus propias formas y sentimientos más ó menos elevados.

Las consecuencias que se desprenden de sus ideas en materia de religión son las de todos los pueblos de la tierra: el hombre es esencialmente religioso. El indígena al través de su salvajismo feróz busca instintivamente un ser supremo, imaginario, cualquiera que sea, para comunicarse en su vida íntima y derrarmar en él su espíritu.

La materia domina sus instintos, pero la natu-

raleza habla con su propia elocuencia. En cuantos acontecimientos se han desarrollado relacionados con esta raza, ha manifestado una entereza que no se doblega así no más: la defensa del territorio patrio le debe los actos más heróicos; el sentimiento nacional, dirémos así, tomaba creces á medida que veía fraccionarse los territorios y peligraba la independencia y libertad de las tribus.

Con la fuerza y superioridad de las armas de la conquista, amén de otras causas que auxiliaron á esta, vino el sometimiento, y á no haber sido tan defectuoso el sistema de colonización que se implantó desde un principio, la civilización habría sido un hecho rápido, digno de que los conquistadores hubieran recojido la gratitud de los prueblos y no la execración que lleva miras, después de tres siglos, de pasar indefinidamente á la posteridad.

El progreso y la civilización no podían componerse con la esclavitud.

Tan peregrinas eran aquellas palabras en boca de los llamados á la conquista que carecían de sentido y más de aplicación práctica. Duro es consignarlo, pero la verdad está ahí hablando con los hechos, con la experieneia y con los tiempos que pasaron.

Robertson decía: «los conquistadores de esa desgraciada parte del globo no habían tenido otro objeto que despojar, encadenar y exterminar sus habitantes».

La humanidad, la caridad y el ejemplo digno de imitarse, se conoció con la predicación del Evangelio; la civilización comenzó á iniciarse y constituyó un triunfo exclusivo de la Religión.

Nada hace más honor á la Religión, agrega Buffon, en su Historia Natural, que haber civilizado aquellos pueblos. Las misiones han formado más hombres en las naciones bárbaras

que no han destruído los ejércitos victoriosos de los príncipes que los han subyugado.

Dos palabras más debemos agregar, para terminar.

Una promesa dejamos pendiente al final del escrito del capítulo XV acerca de la ruta del Adelantado Diego de Almagro por el Valle Calchaquí, en su camino á Chile.

Los estudios que nos hemos visto precisados á hacer con motivo del trabajo que acabamos de terminar, estudios íntimamente ligados con la historia de la región calchaquina en todos sus detalles, nos han llevado muchas veces á investigaciones de todo género, y por allí hemos concluído de que si bien Almagro pudo tomar la ruta de la quebrada de Amaicha de Molinos, después de salir de Chicoana por Escoipe, como un camino más corto y tal vez menos dificultoso, que recogía muchas probabilidades de elección, su ruta fué, sin embargo, por el centro del Valle, recorriéndolo de Norte á Sud, hasta tocar su extremo por Santa María y luego por Balasto.

No necesitamos amontonar citar y nombres de autores antiguos y modernos que han escrito difusamente sobre esto.

La razón de la elección del camino es muy óbvia.

Almagro marchaba al frente de un numeroso ejército; tomar el camino de la montaña por Amaicha, era exponerse á las emboscadas de los naturales, de quienes debía recelar precisamente en aquel paraje y sus contornos, por la recepción hostil que le hicieron en los llanos de Calchipampa, en su primer reconocimiento del Valle.

Almagro debió saber que los calchaquíes llevaban nombre de valientes, y la prudencia aconsejarle guardar las precauciones convenientes.

Por el centro del Valle podía evolucionar con su ejército en caso de ataques, y evitar que su gran bagaje cayese como botín de guerra en poder de los indios; además se evitaban contínuos encuentros con los naturales, cuyas poblaciones se extendían compactas sobre toda la vertiente oriental de la sierra de los Quilmes y á lo largo de las quebradas que bajan de la misma.

La perspectiva que ofrece en su parte plana el extenso Valle, visto desde las cumbres de la Cuesta del Obispo, todo pudo contribuir, además de otras razones que le indujeron á dar esta enorme vuelta, pasando por el Campo de los Pozuelos, para luego entrar en los «puertos» de la cordillera.

Mas tarde, Diego de Rojas y Juan Núnez de Prado, como lo hemos enunciado ya en otro lugar, reavivando las huellas de Almagro, entraron á Calchaquí, dejando á Escoipe para penetrar por la quebrada de Las Conchas, y continuaron la misma vía por Santa María y Balasto, hasta dar con las tribus del pueblo de Tucmanaho.

Los itinerarios de los primitivos historiadores adolecen de notables inexactitudes; muchos de sus datos no son concordantes ni con la verdad de los hechos narrados, ni con las ubicaciones de lugares que tanto importan en materia de historia, pero se explica fácilmente puesto que la mayor parte carecían de los conocimientos necesarios sobre la topografía particular de esta región.

Descartando cuanto carece de fundamento, queda, sin embargo, en el fondo la conclusión de la verdad de que Almagro ni penetró por Amaicha, como sostuvimos en nuestra primera opinión,

ni por la quebrada de Angastaco, como erróneamente sostienen otros, ni fué á meterse, remontando el laberinto de ásperas sierras, al pequeño Valle del Cajón, sino que derechamente dobló por Santa María y Balasto, para seguir á San Francisco y entrar por Paipote al territorio de su gobernación.

Hemos concluído.

ÍNDICE


GETTY RESEARCH INSTITUTE
3 3125 01028 5787